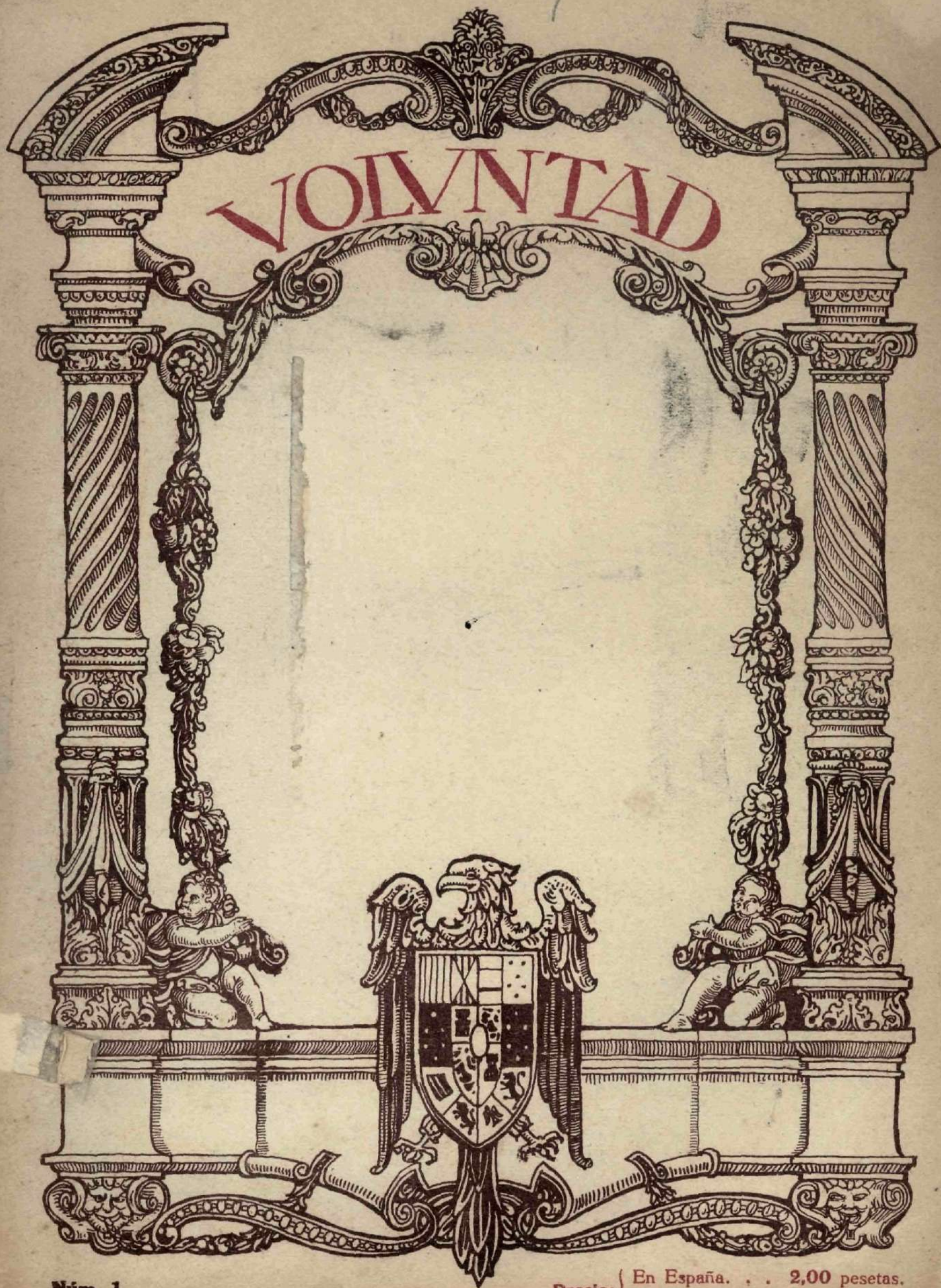
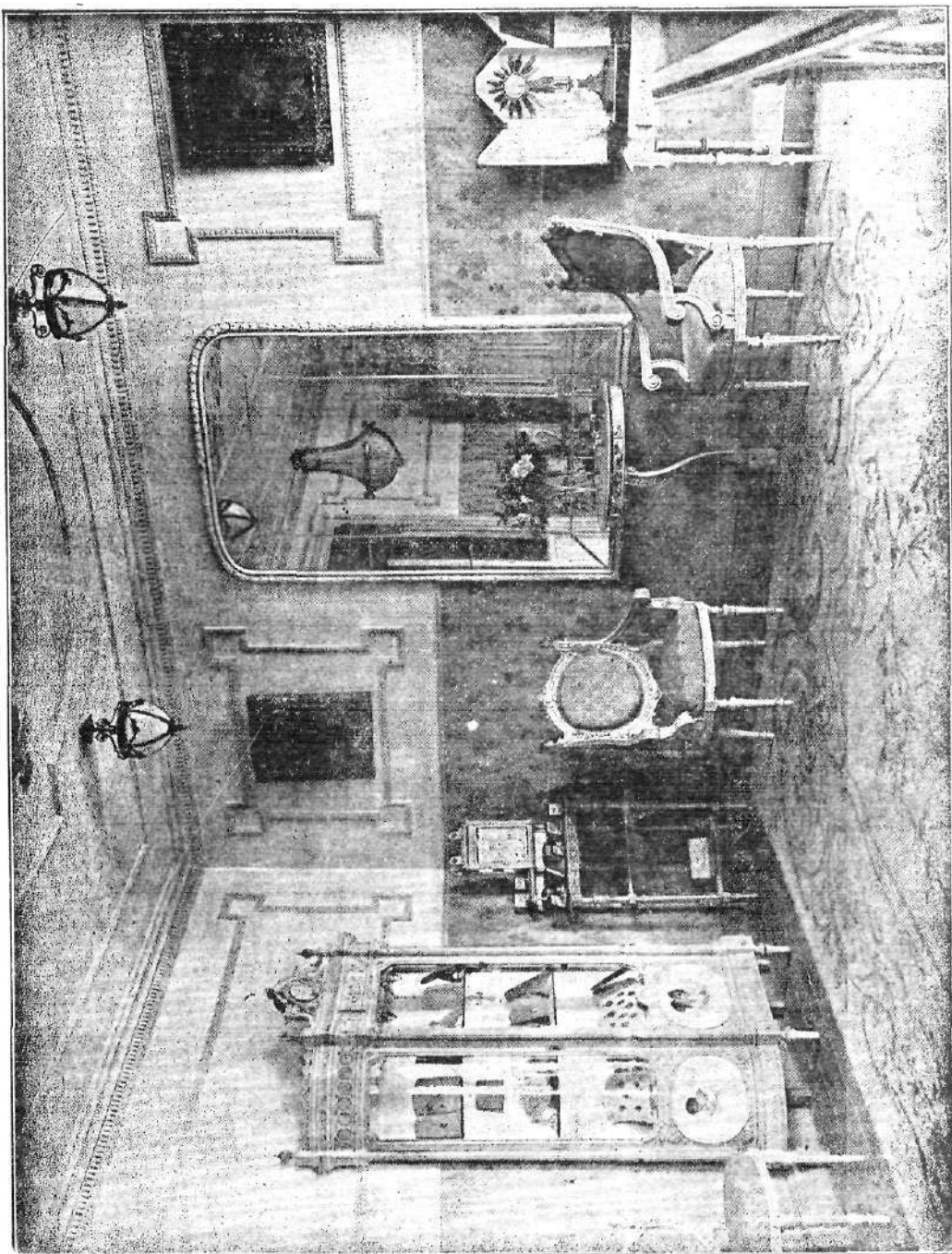


VOLUNTAD



Núm. 1.

Precio: { En España. . . 2,00 pesetas.
En el extranjero. 3,50 »



INTERIOR DE LA

JOYERIA MARABINI

UNO DE SUS SALONES

Carrera de San Jerónimo

15, entresuelo.

Carrera de San Jerónimo



AUTOMOVILES

GARAGE

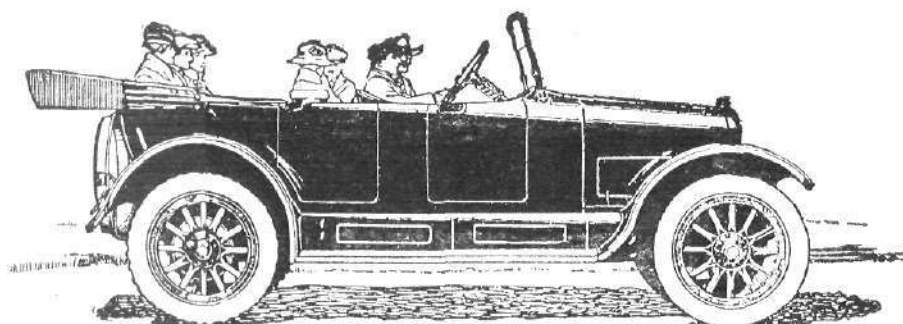
TALLERES

EXCELSIOR

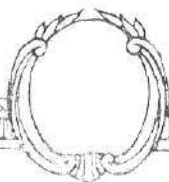
ALVAREZ BAENA, 7 TEL S 4-26

Willys-Overland
TRADE MARK

Proveedores efectivos de S. M. el Rey



Séptimo automóvil Overland adquirido por la Real Casa, para S. M. la Reina doña Victoria
Limousine, 4 cilindros sin válvulas



No debe Vd. ignorar
que en

**LA FIEBRE TIFOIDEA y PARAFITICAS y EN TODAS LAS
INFECCIOSAS DE ORIGEN DIGESTIVO**

recetan la casi totalidad de médicos

EL "FEBROXIL CERA"

Por que?

Preparado por E. Cera-médico, farmacéutico

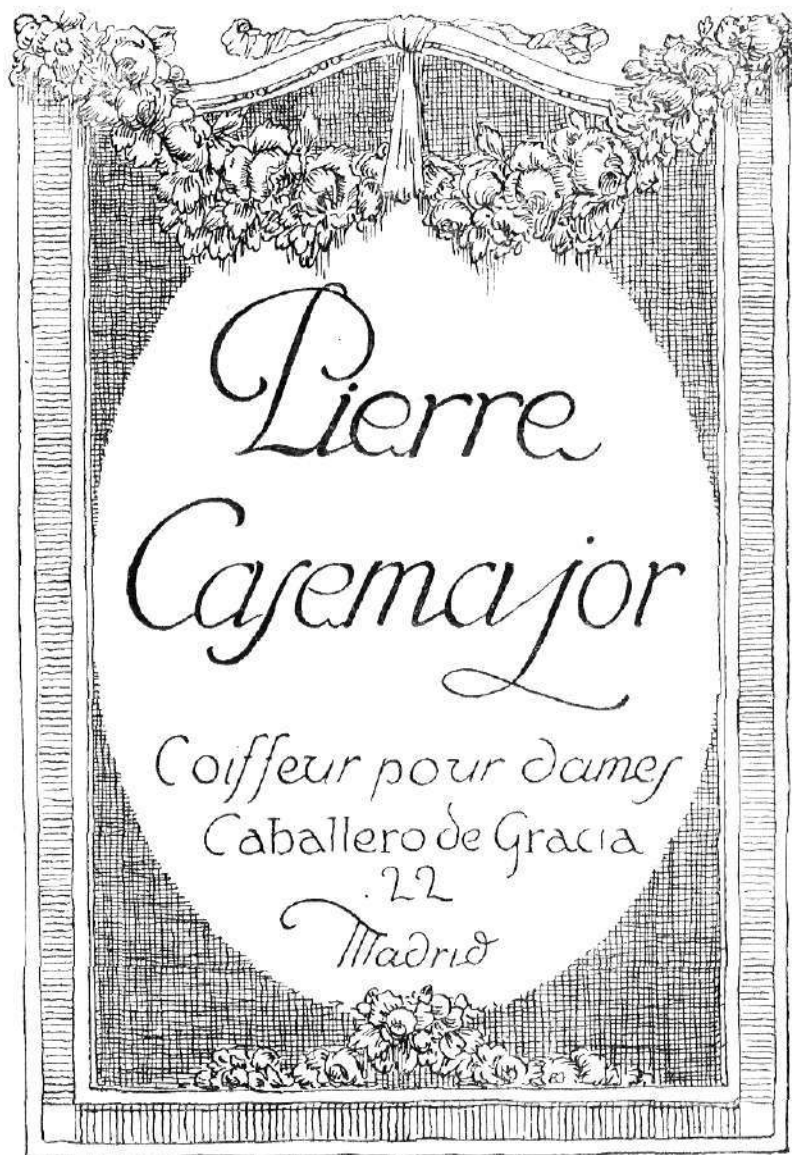
**PRECISAMENTE PORQUE LOS MÉDICOS LOGRAN CON EL FEBROXIL CERA
RESULTADOS QUE NO LLEGAN A OBTENER CON OTROS TRATAMIENTOS**

No es el FEBROXIL CERA ningún purgante ni febrífugo, es decir, no es ningún remedio paliativo; es el
verdadero medicamento curativo de las fiebres infecciosas endodigestivas, gracias a su enérgica acción
desinfectante gastro-intestinal.

SIN INTENSO PODER BACTERICIDA, SIN EL MAS MÍNIMO EFECTO TÓXICO ES EL ÚNICO SECRETO
DEL FEBROXIL CERA. HE AQUÍ PORQUE LO SUBSCRIBEN LOS MÉDICOS CON SU FIRMA.

BUSQUE SIEMPRE EN LOS MEDICAMENTOS LA GARANTÍA DE HABER SIDO SANCIONADOS
POR LA CLASE MÉDICA Y LA DE QUE SU AUTOR LE DIGA, SEGURO DE UNA CONTE-
STACIÓN AFIRMATIVA, CONSÚLTELO CON SU MÉDICO

PIDA FOLLETO Y REFERENCIAS A ESTOS LABORATORIOS :: Vico, 18 y Negreiros, 13, 17 y 19.-BARCELONA



**Pierre
Casemajor**

Coiffeur pour dames
Caballero de Gracia
22
Madrid

TROUSEAUX-LAYETTE

COSTUMES D'ENFANTS



Marie Louise



Claudio Coello, 1. - Teléfono S. 786

MADRID

CORSETS MODERNE



Proveedor de la Real Casa

CORSETS DE STYLE

Mme. Lucienne

LA JOUVENCE

Montera, 14
MADRID

Corsets sur mesure

Dernier Modele LE DIVIS

Jacobo SCHNEIDER

INGENIERO:

ALFONSO XII N° 32 MADRID

Instalaciones de CUARTO de BAÑOS
CALIENTA-BAÑOS por gas y leña
ACCESORIOS PARA TOCADOR.



EXPOSICION PERMANENTE DE TODA CLASE
DE APARATOS SANITARIOS DE LOS MODELOS
MAS MODERNOS. PRESUPUESTO GRATIS

DE VENTA EN ESPAÑA. REPUBLICAS HISPANO-AMERICANAS. PORTUGAL. BRASIL Y FILIPINAS

ARTRITISMO·REUMA·GOTA PIPERAZINA DR. GRAU

BARCELONA (ESPAÑA)

OBTENIDAS LAS MAS ALTAS RECOMPENSAS EN CUANTAS EXPOSICIONES SE HA PRESENTADO



NEURASTENICOS
ANEMICOS
CONVALECIENTES

Los niños y señoras lo toman con deleite. Un solo frasco basta para notar una muy notable mejoría.

EL
FOSFO-GLICO-KOLA
DOMENECH

lo recomiendan los médicos más afamados del mundo. (Poderoso tónico reconstituyente).

Para muestras gratis dirigirse al autor

B. DOMENECH
FARMACÉUTICO
Ronda San Pablo, 71
BARCELONA



Unicos depósitos **LA CAMERANA**

Patentado núm. 10.003

Arenal, 7 MADRID Montera, 43

TROUSSEaux LAYETTES



COSTUMES D'ENFANTS

M^{lle} Game

Plaza Independencia, 9

MADRID

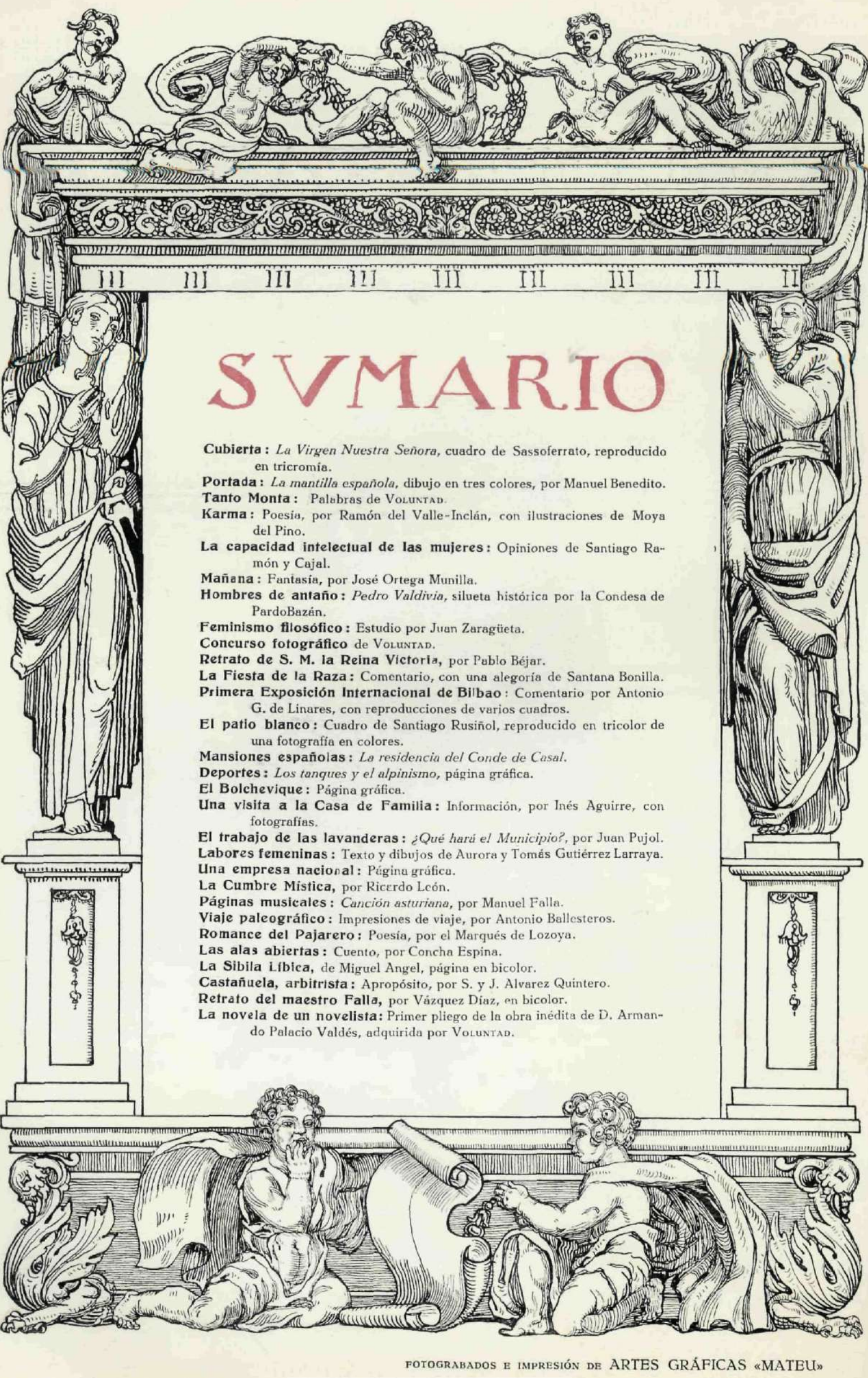
Teléfono M 43-14

Madrid, día de Nuestra Señora del Pilar, 1919



LA MANTILLA ESPAÑOLA

Dibujo por *Manuel Benedito*



SVMARIO

Cubierta: *La Virgen Nuestra Señora*, cuadro de Sassoferrato, reproducido en tricromía.

Portada: *La mantilla española*, dibujo en tres colores, por Manuel Benedito.

Tanto Monta: Palabras de VOLUNTAD.

Karma: Poesía, por Ramón del Valle-Inclán, con ilustraciones de Moya del Pino.

La capacidad intelectual de las mujeres: Opiniones de Santiago Ramón y Cajal.

Mañana: Fantasía, por José Ortega Munilla.

Hombres de antaño: *Pedro Valdivia*, silueta histórica por la Condesa de Pardo Bazán.

Feminismo filosófico: Estudio por Juan Zaragüeta.

Concurso fotográfico de VOLUNTAD.

Retrato de S. M. la Reina Victoria, por Pablo Béjar.

La Fiesta de la Raza: Comentario, con una alegoría de Santana Bonilla.

Primera Exposición Internacional de Bilbao: Comentario por Antonio G. de Linares, con reproducciones de varios cuadros.

El patio blanco: Cuadro de Santiago Rusiñol, reproducido en tricolor de una fotografía en colores.

Mansiones españolas: *La residencia del Conde de Casal*.

Deportes: *Los tanques y el alpinismo*, página gráfica.

El Bolchevique: Página gráfica.

Una visita a la Casa de Familia: Información, por Inés Aguirre, con fotografías.

El trabajo de las lavanderas: *¿Qué hará el Municipio?*, por Juan Pujol.

Labores femeninas: Texto y dibujos de Aurora y Tomás Gutiérrez Larraya.

Una empresa nacional: Página gráfica.

La Cumbre Mística, por Riceldo León.

Páginas musicales: *Canción asturiana*, por Manuel Falla.

Viaje paleográfico: Impresiones de viaje, por Antonio Ballesteros.

Romance del Pajarero: Poesía, por el Marqués de Lozoya.

Las alas abiertas: Cuento, por Concha Espina.

La Sibila Líbica, de Miguel Angel, página en bicolor.

Castañuela, arbitrista: Apropósito, por S. y J. Alvarez Quintero.

Retrato del maestro Falla, por Vázquez Díaz, en bicolor.

La novela de un novelista: Primer pliego de la obra inédita de D. Armando Palacio Valdés, adquirida por VOLUNTAD.



Tanto - Monta



NA FELIZ INSPIRACION, UN VIVO AMOR DE CARIDAD, encendidos en almas fervorosas de mujer al golpe de los duros odios en que batalla nuestro siglo, donde toda impiedad tiene su asiento, dan hoy a luz esta Revista.

Nace, por dichosa ventura, de claro y limpio solar, de añejos y gloriosos timbres, pues nace cristiana y española, con pura vocación de misionera, el día de la Virgen del Pilar, nuestra Señora y Capitana, en cuya ardiente devoción se unge; mas, conforme a los tiempos rigurosos en que viene al mundo, sale de punta en blanco, escoltada por nobles caballeros, dispuesta a correr por esos caminos, como

las santas y las princesas de su alcuña, briosas féminas andantes de la Corona y de la Cruz, y trae por nombre VOLUNTAD, que si a juicio del vulgo es privilegio de varón, tuvo siempre en la historia, y singularmente en España, nombre y virtudes de mujer.

Quiso la providencia de Dios que en siglos de marcial estruendo, de anarquía moral, cuando muchos hombres, ciegos, cobardes o bellacos, desamparaban o embestían el altar o el trono, los cimientos de la fe y de la patria, poner delante de esos hombres una mujer que con sus manos empuñase la cruz, el cetro, la pluma o la bandera, y diese a todos rotundo y portentoso ejemplo de lealtad y abnegación, de prudencia y sabiduría, de ardor civil o de entereza militar. Así la santa Teresa de Jesús, la pobrecilla monja castellana, restauró, con sus manos blancas y puras, las piedras gloriosas del Carmelo, a punto de hundirse en los profundos cenagales del siglo, y, haciendo frente a las crudas herejías, al huracán racionalista y pagano, a la soberbia y al furor de los hombres, edificó sus celestiales *Moradas*, el más hermoso y formidable Castillo que pudo levantar en la tierra el ímpetu de un alma embriagada del cielo. Y así también, la Reina Católica, llamada a gobernar un pueblo caído en podredumbre y anarquía, se alzó valiente y justiciera, como un arcángel vengador; impuso a todos, implacable, las férreas coyundas de la ley; purgó a España de malvados e infieles; forjó la paz y la unidad de su imperio; rompió las cadenas de los mares, y, en los bronce de la historia universal, dejó esculpido, para siempre, el *Tanto Monta...*, la divisa heráldica en que se cifran los derechos y los deberes de la Mujer en el mundo.

Hoy, que corren también lóbregos tiempos de trágica alteración de hombres y cosas, Cristo, nuestro Señor, «helado de frío, la cabeza escarchada, y llenos los cabellos del rocío de la noche», llama a todas las puertas, y con más afán allí donde late un corazón sensible de mujer. ¿Le dejaréis marchar vosotras, mujeres de España, quietas y felices en vuestro apartamiento, sin acudir a la necesidad del Amado, que padece en sus criaturas hambre y sed, frío, tribulación, abandono, y otras muchas miserias morales y materiales? ¿Le dejaréis marchar vosotras, hijas de España, las que nacisteis en este pío solar de santas y de reinas, en

esta sede amorosa, madre y maestra de pueblos, a quien le plugo siempre ejercer un alto magisterio de naciones y de almas? ¿Cerraréis la puerta al Señor y le diréis: *mañana te abriremos*, como decía el poeta, *para lo mismo repetir mañana*?

Ved que *mañana* será tarde. Advertid cómo todos los problemas jurídicos, sociales y económicos, planteados ayer, lejos de resolverse por la guerra, se alzan hoy, sobre las ruinas y los despojos humeantes, más agudos, más imperiosos y violentos que nunca. Mirad también que aun los derechos más legítimos, las más generosas vindicaciones, las que tienen su raíz y su ley en la divina Redención cristiana, vienen con aires de novedad y rebeldía, por los atajos del desorden, a encomendar al odio los suaves y apacibles oficios del Amor, a disfrazar y esconder con nombres modernos, falaces y aduladores, de socialismo y feminismo, los fueros sagrados de su purísima tradición evangélica.

Mujeres cristianas y españolas, que fuisteis ejemplo de voluntad invencible, ¿os dejaréis arrebatar vuestra bandera y convertirse en negros corceles de batalla, ideas que son por su origen y su espíritu, por su piadosa misión, hermanas de la Caridad, nacidas al pie de la Cruz? ¿No es triste y grosera paradoja que esos puros y nobles ideales —la paz y la justicia de los hombres, la dignidad del trabajo, la rehabilitación de la mujer—, sellados por Cristo con su palabra y con su sangre, hoy los secuestren, los encubran bajo motes profanos y capciosos, con humos de laicismo y de anarquía, hasta parecer ajenos, cuando no contrarios y hostiles, a la ley de Dios?

Y esto que en otras tierras es como el fruto natural del paganismo que alentaba a los hombres del Renacimiento y de la Revolución, eco tardío de aquellas furibundas reacciones contra las viejas servidumbres feudales, en la España católica, popular y democrática, es un agravio de todo punto insufrible. Si en alguna parte del mundo todo fuere de libertad y de cultura, toda idea social y feminista tienen la obligación de profesar y de servir en las banderas tradicionales y católicas, es en España, donde acertaron a florecer los venerables concilios, los gloriosos concejos, las doctas escuelas, el derecho de gentes, la justicia popular, las leyes de Indias, las empresas apostólicas, los santos misioneros, los prudentes colonizadores, las hembras de muchas y brías almas, tan diestras en los negocios temporales como en las cosas eternas... ¿Acaso no fué España el templo vivo del Amor y la Voluntad?

Plugo siempre a cristianos y españoles poner la Voluntad bien asentada y firme en elevado trono, como reina y señora en la augusta monarquía del espíritu. Pues si bien es notorio que, en orden a nuestras facultades, el Entendimiento es la más noble y eminente y sutil, por lo absoluto y simple de su objeto que es la verdad, cuya razón está en el alma, también la Voluntad le excede en cierto modo por la virtud del fin a que se ordena, que es el bien en sí mismo, la caridad, el amor...

De tal suerte coincidieron aquí las más altas especulaciones filosóficas y el práctico sentido de la raza, que, en términos castizos y vulgares, son sinónimos la *voluntad* y el *afecto*, el *querer* y el *amar*. Para el pueblo español, teólogo hasta la medula de sus huesos, voluntad quiere decir juntamente inclinación y movimiento, potencia y acto, deseo y obra, apetito y gozo, albedrío y complacencia, operación y virtud, asimilando por instinto, cuando no por reflexión, el querer y el hacer, la actividad y el sentimiento, conforme al refrán castellano: *obras son amores, y no buenas razones*, y de acuerdo también con la más sana filosofía, que pone el amor en los dominios de la voluntad.

De igual manera, y según la doctrina de sus Místicos, fué grato a los españoles todos preferir las escuelas de la actividad y del afecto a las de la fría razón, pues aunque es cierto que la vida contemplativa, tan del gusto de nuestra raza, tiene por esencia y fin la contemplación de la verdad, y la verdad pertenece a la inteligencia, también es cierto que la intención de contemplar es ya un acto de amor, un deseo del bien, y allí donde está el bien están igualmente el corazón y la voluntad. Es necesario, pues, lo mismo en la vida profana que en la vida religiosa, adornarse con ambos estudios, el del amor y el de la ciencia, mas si alguno de

ellos hubiere de faltar, falte el de la ciencia, nunca el del amor, pues, como dicen nuestros más gloriosos y populares contempladores, más vale tener ardiente afecto que entendimiento frío, y ser iluminado por el mucho amar que por el mucho saber.

Ello no quiere decir, en modo alguno, que al desplegar como bandera y símbolo de esta empresa católica y femenina, la firme y rotunda palabra *VOLUNTAD*, exaltemos la acción, como suelen los pragmatistas de hogaño, con mengua y desvío del pensamiento y de la idea. Semejante propósito ya no sería español ni cristiano. Voluntad quiere decir acción, pero la acción para que sea fecunda no ha de ejercerse a espaldas del puro entendimiento. Precisamente, las más hondas contradicciones del espíritu moderno, que en última instancia se reducen al trágico divorcio, al agudo conflicto de la Inteligencia y la Voluntad, del Pensamiento y de la Acción, están resueltas en robusta unidad y concertada síntesis, en la gloriosa tradición cristiana y española. Más aún que la psicología contemporánea, con todos sus humos de ciencia experimental y positiva, nos advierten y aleccionan en punto a nuestra vida interior, a la esencia de nuestras almas, a sus virtudes y operaciones, aquellas doctrinas armoniosas con que los padres y los doctores de la Iglesia nos declaran la unidad, el concierto y la armonía de nuestro ser, donde conviven y se ayuntan amorosamente, sin mengua, contradicción ni divorcio, entendimiento y voluntad.

Ese amor, esa dulcísima concordia que se extiende y abraza a todas las potencias y los móviles, profundo y generoso ideal de la filosofía española en todo tiempo, no se redujo al solitario numen de las especulaciones teóricas: fué doctrina vital, regla de conducta para la vida devota y la profana, de tal suerte, que, al cabo de los siglos, hoy nos ofrece todavía el mas luminoso magisterio, la más perfecta solución para afrontar y resolver los arduos problemas contemporáneos.

En punto a la Mujer, que es lo que importa señaladamente aquí, nada más propio y útil para educarla y disponerla frente a las nuevas orientaciones del siglo, que esa cabal pedagogía española que tiene por raíces las fibras más tiernas y sensibles del corazón, vaso de inspiraciones y ternuras; por flores, los puros y delicados pensamientos, nacidos de una robusta y bien cultivada inteligencia, y por fruto, las obras, los sabrosos manjares con que brinda el Amor en las cumbres de la solícita voluntad.

En ninguna parte como en España, donde fué siempre la mujer dechado de sensibilidad exquisita, de entendimiento claro y sutil, de virtudes activas y heroicas, resplandecen la unidad y armonía del espíritu. A manos llenas podríamos traer los ejemplos; basten por ahora aquellos dos que, en lo divino y en lo humano, cifran y encarnan el alma española y el tipo ideal de la Mujer: Teresa de Jesús e Isabel de Castilla. La Santa de Avila en las empresas espirituales y la Reina Católica en los negocios del siglo, nos muestran patentes las gloriosas alturas a que puede arribar con la gracia del Señor, un alma femenina, cuando en ella se unen y conciertan el profundo sentir, el alto pensar y el vigoroso querer...

Por juro de heredad y por derecho propio, corresponde, pues, a la casta de las Teresas e Isabeles llevar la voz del feminismo cristiano; intervenir en las luchas de la caridad y el saber; en todos los asuntos de la Humanidad y de la patria; recoger en limpias y luminosas turquesas las alteradas crecientes sociales; catolizar, en suma, los hogares y los pueblos, como lo manda Dios y lo piden también, a gritos y sollozos, las presentes y agudas tribulaciones humanas.

Para unir, ejercitar y traer a cumplir esos propósitos, esos derechos y obligaciones apremiantes a todas las mujeres de estirpe y lengua españolas, sale hoy a la luz del mundo la Revista *VOLUNTAD*.

Muy pocas veces, por no decir ninguna, consagraron los hombres en la Prensa al alma de la Mujer otros más puros deleites que la murmuración y el galanteo, las frívolas artes de la moda —de una moda sensual y forastera—, las crónicas de salón, de juegos y deportes, los truculentos folletines de la realidad o la fantasía. ¿Cómo extrañar que mujeres, educadas y li-

sonjeadas así, únicamente a modo de frágiles y ociosas muñecas, se alcen un día, en actitud implacable como la Nora de Ibsen, a rescatar de golpe, con acritudes y energías de varón, todos los fueros de su espíritu? ¿Cómo no han de parar en trágica, indefectible bancarrota, sociedades así, donde se hurta o se desvía el problema de la mujer, que es el problema de los hijos, el porvenir de los hombres, la suerte futura de la humanidad?

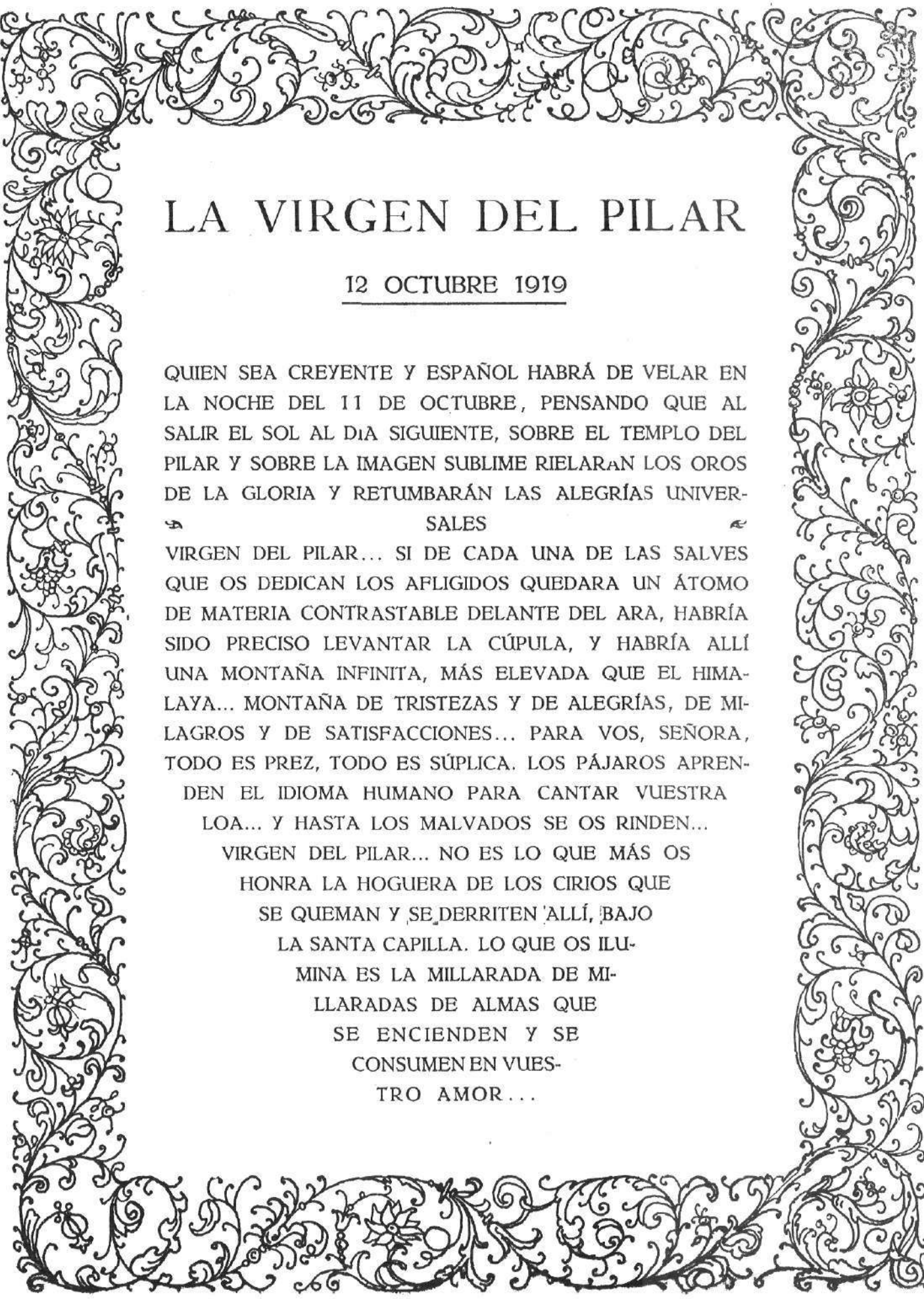
Mientras se eduque y se tenga a las mujeres como simples hembras, como flores de harén o de salón, como objetos de comercio y de lujo, y, en el caso más honroso, como máquinas domésticas al servicio exclusivo del varón y de la prole, serán posibles todas las catástrofes. La mitad más preciosa y útil del género humano vive inerte y pasiva, incapacitada de hecho y de derecho para impulsar directa y eficazmente la cultura del mundo, para imponer en las grandes cuestiones universales el sello de su gracia, de su piedad y buen sentido. Y cuando logra salir de esa penumbra, como le faltan a la mujer preparación y apoyo, es muy frecuente verla romper todas las trabas, lanzarse a todos los acasos y convertirse en una parodia del hombre, en una criatura sin sexo donde reviven la soberbia, la presunción y fealdad del ángel caído.

Construir un eje de acción y pensamiento católicos para encauzar esos ímpetus, para ilustrar y dirigir esas modernas ambiciones, y traerlas al servicio de Dios, al progreso de la especie humana; crear una Revista para la mujer, para la mujer que no aspire a dejar de serlo sino a serlo cada vez más, con toda la plenitud de su corazón, de su voluntad e inteligencia; una Revista, en fin, que sirva también para recreo y enseñanza del hombre, que lleve a su hogar, con acento español y cristiano, ideas generosas y fecundas, castos y píos sentimientos, móviles sanos de actividad y virtud, aderezado todo ello con arte, con el primor y elegancia de las más bellas publicaciones de ahora: he aquí un programa que es, juntamente, una profesión de fe.

Mas por ser tan difícil y tan nueva la obra que se inicia aquí, necesita, para llegar a términos de perfección y eficacia, el auxilio divino y la solicitud cariñosa de todos los hombres de «buena voluntad» y de maduro consejo. A los hombres, en igual medida que a las mujeres—*tanto monta*—, y a la Prensa de idioma castellano, a cuantos luchan por la verdad y el amor, se dirige al nacer, pidiendo albricias e indulgencias la nueva Revista

VOLUNTAD





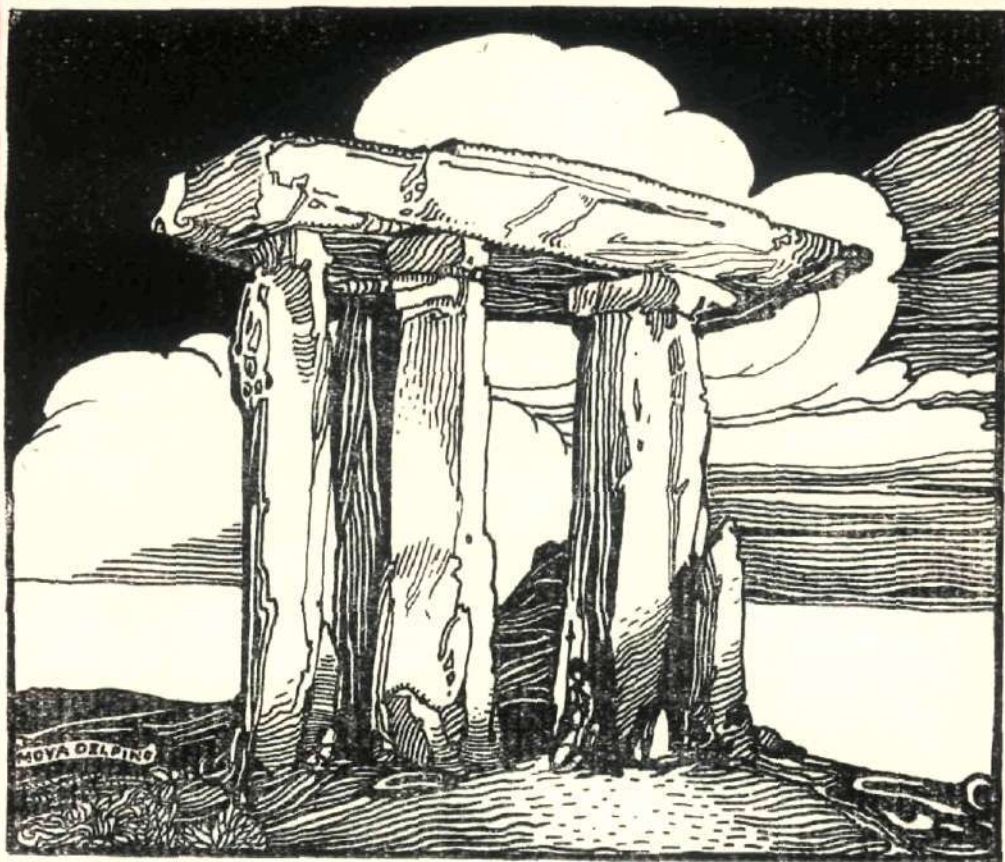
LA VIRGEN DEL PILAR

12 OCTUBRE 1919

QUIEN SEA CREYENTE Y ESPAÑOL HABRÁ DE VELAR EN LA NOCHE DEL 11 DE OCTUBRE, PENSANDO QUE AL SALIR EL SOL AL DÍA SIGUIENTE, SOBRE EL TEMPLO DEL PILAR Y SOBRE LA IMAGEN SUBLIME RIELARÁN LOS OROS DE LA GLORIA Y RETUMBARÁN LAS ALEGRÍAS UNIVERSALES

VIRGEN DEL PILAR... SI DE CADA UNA DE LAS SALVES QUE OS DEDICAN LOS AFLIGIDOS QUEDARA UN ÁTOMO DE MATERIA CONTRASTABLE DELANTE DEL ARA, HABRÍA SIDO PRECISO LEVANTAR LA CÚPULA, Y HABRÍA ALLÍ UNA MONTAÑA INFINITA, MÁS ELEVADA QUE EL HIMALAYA... MONTAÑA DE TRISTEZAS Y DE ALEGRÍAS, DE MILAGROS Y DE SATISFACCIONES... PARA VOS, SEÑORA, TODO ES PREZ, TODO ES SÚPLICA. LOS PÁJAROS APRENDEN EL IDIOMA HUMANO PARA CANTAR VUESTRA LOA... Y HASTA LOS MALVADOS SE OS RINDEN...

VIRGEN DEL PILAR... NO ES LO QUE MÁS OS HONRA LA HOGUERA DE LOS CIRIOS QUE SE QUEMAN Y SE DERRITEN ALLÍ, BAJO LA SANTA CAPILLA. LO QUE OS ILUMINA ES LA MILLARADA DE MILLARADAS DE ALMAS QUE SE ENCIENDEN Y SE CONSUMEN EN VUESTRO AMOR...



KARMA



QUIERO UNA CASA EDIFICAR

Como el sentido de mi vida,
Quiero en piedra mi alma dejar
Erigida.

Quiero labrar mi eremitorio
En medio de un huerto latino,
Latin horaciano y grimorio
Bizantino.

Quiero mi honesta varonía
Transmitir al hijo y al nieto,
Renovar en la vara mía
El respeto.

Mi casa, como una pirámide,
Ha de ser templo funerario,
El rumor que mueve mi clámide
Es de Terciario.

Quiero hacer mi casa aldeana
Con una solana al Oriente,
Y meditar en la solana
Devotamente.

Quiero hacer una casa estóica
Murada en piedra de Barbanza,
La Casa de Séneca, heroica
De templanza.

Y sea labrada de piedra,
La Casa-Karma de mi clán,
Y un día decore la yedra
Sobre el Dólmen de

VALLE-INCLÁN



LA CAPACIDAD INTELECTUAL DE LAS MUJERES



CERCA DE LA CAPACIDAD DE LAS MUJERES PARA EL cultivo de las ciencias y de las artes se han hecho por el sexo fuerte críticas apasionadas, inspiradas en un criterio excesivamente aristocrático. Prescindiendo de los juicios despectivos que nuestra carmita mereció a griegos y romanos, a los pueblos musulmanes y orientales, los detractores de la mentalidad de la mujer se cuentan por docenas. Mencionemos entre otros a nuestro Huarte, a Chamford, Rousseau, Voltaire, Napoleón, etc., a los que hay que añadir los modernos anatómicos y fisiólogos que alegan en favor de dicha tesis, como argumento decisivo, el volumen y peso exigüos del cerebro femenino.

Sin invocar la existencia de mujeres insignes en las ciencias y en las artes (argumentos repetidamente esgrimidos), el sexo débil podría defenderse contra anatómicos, filósofos y literatos, con estas cuatro razones irrecusables:

1.^a La inmensa mayoría de los genios y talentos superiores poseyeron un cerebro pequeño o mediano, igual al promedio dimensional del de la mujer. De mí se decir que, habiendo contemplado en la Sociedad Real de Londres el vaciado de la cabeza de Newton quedé admirado de la exigüidad de su capacidad craneal. Igual decepción experimentará cualquiera al examinar el pequeño busto de Aristóteles—suponiendo, naturalmente, que la copia conservada en los museos sea trasunto fiel de la realidad—en contraste con la voluminosa testa de Augusto, prototipo de inteligencia mediocre. Y entre nosotros ¿quién no ha conocido talentos superiores encerrados en modestas cajas craneales, y hasta en cabezas reducidísimas? Acuden a mi memoria los pequeños bustos de Larra, Castelar, Sagasta, Silvela, Echegaray, para no mentar sino a muertos ilustres. Y al revés, cabezas enormes asóciense a menudas capacidades intelectuales, vulgares y adocenadas. No es, pues, la masa bruta, sino la fina organización nerviosa, la condición esencial de un intelecto superior. Ocurre en el hombre algo de lo que se observa en los animales. ¿Quién será capaz de parangonar la inteligencia de un himenóptero con la imbecilidad del conejo o del conejo de indias, no obstante la enorme diferencia en la dotación de substancia gris?

2.^a Descontando las áreas extensas adscritas en el cerebro masculino al regimiento y coordinación de la prepotente masa masculina y a la inervación del extenso revestimiento cutáneo, el contraste de peso entre ambos encéfalos atenúase notablemente.

3.^a A menudo, varones de superior talento, son fidelísimo trasunto físico y moral de la madre; fuera, por tanto, inverosímil admitir que la mujer sea susceptible de transmitir a la prole excelencias de que carece.

4.^a Y citemos finalmente el argumento de la educación divergente. Aunque se demuestre—y ello desgraciadamente tiene algunos visos de verdad—, que la mujer actual vale, tomada en conjunto, intelectualmente menos que el hombre siempre podrán las feministas argüirnos:

«Esperad que la sociedad conceda a todas las jóvenes de clase media el mismo tipo de educación e instrucción que al hombre, dispensando además a las más inteligentes de la pre-ocupación y cuidado de la prole, y ...entonces hablaremos.»

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

MAÑANA

EL HÉROE DE LA FE



cuando los viajeros, que por vez primera llegaban a aquel pueblo, vieron que estaba desierto, pensaron que sobre él habían caído las grandes catástrofes, las que Dios envía para prueba de la humanidad... Sabían que la región había sido destrozada por dos causas: la crueldad de los enemigos y la inconsciencia de las víctimas. Abundaban allí los altos, grandes y gloriosos monumentos, y en sus pórticos y en sus fachadas había escudos militantes con emblemas de triunfos antiguos. En el centro de la villa destacábase una Iglesia con ingente torre; en sus huecos campanas, y encima una cruz de hierro. Los viajeros penetraron en la casa de Dios que estaba vacía de seres humanos, pero llena, por que allí se encontraba su Dueño. Dios queda en su solar cuando los fieles huyen.

Nada más triste, ni más alegre al propio tiempo, que una Iglesia abandonada. Han sido arrojados los sacerdotes, han sido expulsados los creyentes, no arde la cera en las lámparas. Las imágenes reposan en los altares, sin que nadie ore ante ellas, que es cuando ellas oran por los que se fueron. ¿Imagináis fantasía más sublime que la de imaginar que el Cristo, clavado en la cruz, inicia el Padre Nuestro, y le contestan los santos, y la Virgen Madre cuenta entre sus dedos marfileños los granos de dolor y de esperanza, encadenados en el Rosario? Pues bien, esos viajeros lograron la inmensa ventura de asistir a esta escena.

Cuando con el alma estremecida salieron del templo a las calles silenciosas, creyeron ver a lo lejos un ser humano, que se movía como en fuga. Quisieron alcanzarle. Fué como una carcería.

Dieron con él los devotos curiosos, y hallaron que era un niño de poco más de diez años. Vestía de andrajos, sus pies estaban desnudos.

—¿Quién eres tú? — Le preguntaron.

Y él, parándose, sereno, repuso:

—Soy el Mañana.

—¿No tienes otro nombre?

—Tuve uno, pero se me ha olvidado, un nombre de familia, un nombre bautismal. Solo de éste recuerdo: me llamé Juan.

—¿Cómo estás aquí, qué haces?

—Soy el último viviente de este lugar que un día se llamó Villa-Rica, y luego fué nombrado Aldea-Perdida.

—¿Y cuál ha sido la causa de tales cambios, y cuál la de tu soledad?

—Verán los señores. Hubo hambres, hubo epidemias, hubo tempestades furiosas. Soldados extranjeros concluyeron el daño. Al golpe de la fiebre, o al de los crueles cuchillos, fueron muriendo todos los míos. Sólo quedamos un viejo y yo. Después de haberse saneado el país, y de alejarse los conquistadores, el anciano me dijo: «—Yo también voy a irme, porque la muerte me llama, y tu quedarás solo, y señor, como representación de tu raza. El espanto que rodea a nuestra villa hará que pasen muchos tiempos sin que nadie se atreva a acercarse a ella, por lo que tu infancia ignorante ha de proveer a que no se borre y desaparezca el noble memorar de un linaje que en los siglos hizo famosa nuestra tierra. Ella lo fué por su bizarría, y aún más por su amor a Dios... Vendrán un día gentes investigadoras y tú serás quien pueda recibirlas... Ese día ha llegado y las gentes investigadoras también... ¿Qué queréis de mí?

Los viajeros habían oído atentamente aquellas palabras, que no eran propias de un niño, sino un símbolo expresivo de viejos trenos. Ellos se dijeron entre sí:

—Hemos dado en el pueblo que fué en lo pretérito, que dejó de ser en un instante de la historia, y que volverá a ser en esta criatura.

Entonces el niño harapiento exclamó:

—Venid conmigo, señores, si queréis favorecerme, al lugar donde oiréis la confirmación de mis palabras; pero habéis de entrar donde yo os lleve en silencio respetuoso, siguiéndome despacio, y no interrumpiendo con palabras curiosas lo que habéis de ver.

El niño delante, los viajeros detrás, entraron en la Iglesia.

Cuando todos estuvieron postrados ante la imagen de Cristo, ocurrió algo maravilloso. Ilumináronse los altares con muchos y brillantes cirios, sonó el órgano, retumbando en los ámbitos una música triunfal. Y, en medio de los estruendos de la armonía,

se destacó una voz que dijo: «Y cuando oyereis guerras y sediciones no os espantéis; por que es necesario que esto acontezca primero, pero no será luego el fin».

Postrados sobre las losas quedaron los viajeros tan largo tiempo, que fué preciso que el niño les tocara en los hombros para que se levantaran y surgieran. Y al volver todos a la plaza donde radicaba el templo hallaron los expedicionarios que el pueblo estaba lleno de gente que iba y venía a sus trabajos, de carros cargados de mieses, de obreros que retornaban del campo con sus herramientas agrícolas, de hidalgos, caballeros en poderosos bridones, de damas relumbrantes de adornos, con sus escuderos y criadas. Entonces fué el asombro de los viajeros; pero el niño no participaba de ese sentimiento, sino que dijo:

—Es que sus mercedes han roto el encanto de dolor en que Villa-Rica dormía. Es que hubo un tiempo en que aquí se sufrió de una inmensa amargura: la de vivir entre un pasado caído en el desprecio y un porvenir inédito.

¶Faltó la memoria. Faltó la esperanza. Y cuando ni se recuerda ni se anhela, el corazón se detiene, la muerte domina, la angustia triunfa, las generaciones se aniquilan, hasta quedar representadas no más que por un niño, por un ser ignorante, a quien Dios ha otorgado la gloria de unir lo que fué con lo que será...

Es esta una relación que cierto fraile soriano me refirió un día cuando yo andaba por las tierras del Cid. El me aconsejó que no me adoleciera demasiado con las tristezas de la vida, que confiara en lo venidero, que contara con el esfuerzo de una raza que fué muchas veces traicionada; nunca vencida en lid leal.

Era el crepúsculo de un día veraniego. El fraile y yo retornábamos de un largo camino por tierras montuosas, en las que aquí y allá se interrumpía el verdor de los panes con los pedruscos de prístinos y derrocados castillos. Estaba allí la historia de España, allí los linajes, también los recuerdos de cinco siglos de reyertas. Y el fraile me decía.

—Todo se hundió, todo se hundió, menos las Cruces.

Y mirando yo en torno, vi que, en las faldas de las lomas, en los valles, en los altos riscos, punteaban las iglesias y las ermitas. Por ser aquella la hora de las ánimas, cien lenguas de bronce entonaron la salmodia que pide al Eterno perdón para las culpas de los fallecidos.

Nunca olvidaré esta escena, ni aquella fabulosa narración. Y ahora, en el momento en que defallecemos, adquieren ambas en mi mente un valor trascendental.

La generación pasada ha descaecido en la desventura de sus contiendas, sin triunfo. La generación subsiguiente, que es en la que vivimos, ocúpase con preferencia, aparte de excepciones individuales, en destruir y borrar lo que hicieron los viejos. Escuela, libro, periódico, se afanan porque nos avergoncemos de lo pretérito. Gentes que abominan de sus linajes son como los tristes frutos de la Inclusa, como esos seres que nacieron de padres ignorados, y que han de constituirse por sí mismos una familia. Entra el ayer desdeñado y el mañana desconocido, hay un lapso de energías y de ideales.

Por eso, al pensar en los problemas que nos rodean, en las dudas que nos aniquilan, en el dolor que nos acobarda, solo cabe poner cuanto nos quede de voluntad en el último viviente de Aldea-Perdida.

Pensemos en el niño, en el sér inocente. El que está libre de responsabilidades, él que no puede sentir remordimiento, es el mañana, es la Fe. En su frente luce la estrella guiadora; en su corazón late el brío no contaminado de culpas; sus manos, ágiles y tiernas, son el instrumento que la Providencia ha deparado para la obra de la reconstrucción. Pensad todas y todos en el niño, dedicadle las más exquisitas atenciones, haced de su cuna un trono, de su escuela un templo, de su salud y de su alegría, el primer cuidado de vuestras solicitudes...

Pensad en que en esta horrenda catástrofe que nos circunda, todos los hombres y todas las mujeres tenemos una parte de pecado. Observad cómo, junto al crimen odioso, está la debilidad coadyuvante. Deteneos frente al espectáculo que se os ofrece. Laboremos por el mañana, empleemos todas nuestras energías, capitalicemos todos nuestros esfuerzos, unamos todas nuestras voluntades, para defender al héroe que ha de continuar la historia humana, y que ha de corregirla y dignificarla... Allá está el guardián de Aldea-Perdida. Cúbrele jirones. Él se tambalea en el abandono. Ciertamente es que no le ha de olvidar la gracia de Dios y que con ella le baste. Cooperemos.

J. ORTEGA MUNILLA

PEDRO DE VALDIVIA



L ABATIR SU VUELO nuestros gerifaltes sobre las costas de América, encontraron en ellas también,—como en la antigüedad heroica de Europa—, el ejemplo de la conquista.

La fuerte y arraigada dominación de los Incas se había propagado a Chi-

le, empezando por las fronteras del Norte, y extendiéndose luego al interior del país: supónese que el Inca Tupanquí impuso a los invadidos, «de grado o por fuerza», nueva religión, nuevas instituciones. Vinieron los españoles, que habían de emprender la misma incursión, por cuenta propia, y, fuerza es reconocerlo, no lo hicieron del modo previsor, sabiamente cauteloso, que los Incas, por lo cual el empeño fué tan árduo y terrible, que requirió los esfuerzos consecutivos de tres recios luchadores: Almagro, Valdivia y Hurtado de Mendoza.

Valdivia es quizás el de más empuje, y determina su suerte esa pundonorosa exaltación y ese espíritu caballeresco que durante la Conquista ha costado tantas preciosas vidas, entre ellas la de Magallanes. Comportábanse aquellos hombres forjados en fragua, no como quien lidia en tierra desconocida y erizada de peligros, a inmensa distancia del mundo civilizado, sin medios ni recursos, no diré para atacar, para resistir, sino como el que, en gallardo torneo, sólo atiende a llenar cumplidamente las condiciones que impone la honra, porque le miran los ojos de su dama, y le observan los otros paladines.

«¡Que no pueda haber sospecha de cobardía!» «¡Mejor morir!»

Casi adueñados ya los españoles del Imperio —o más exactamente de la teocracia comunista del Perú— excitó la imaginación del tuerto Almagro, uno de los analfabetos de la epopeya, lo que de las riquezas de Chile se oía contar. No le intimidó la majestuosa cadena andina, sus desfiladeros y barrancos, sus simas y abismos, sus nevados picos, sus volcanes humeantes, sus vastas lagunas, sus valles sombríos; no le aterraron las enfermedades crueles que causa la temperatura, el horror de los senderos abiertos en las rocas y en que no cabe el pie, los desiertos, los terremotos. No era hombre de arredrarse por cosa alguna, y le acuciaba, además, no tanto esa sed de oro que se alegra como suprema explicación histórica de milagrosas proezas, sino el afán de superar en grandeza y prez a su émulo, aquel otro analfabeto que se llamó Francisco

Pizarro. Metióse el tuerto hacia Chile, escogiendo (según habitualmente hacían los conquistadores), el camino más corto y de más riesgo. Lo sufrido en tal expedición sería incontable. Los dedos se les helaban, se les caían a pedazos. Entre torturas, avanzaban e iban reduciendo a las tribus; pero las noticias de la insurrección del Perú movieron a Almagro a regresar, dejando lo conquistado sin defensa ni guarnición alguna. El resto de la historia de Almagro se resume en el dramático duelo a muerte entre él y Francisco Pizarro...

Aparece entonces en escena Pedro de Valdivia, de quien pregonaba la fama que no había mejor «hombre de guerra» entre los que España enviaba al continente americano. Era todavía joven, vigoroso, entendido, alentado, había asistido al descubrimiento de Venezuela y a la conquista del Perú con Pizarro, y sido lugarteniente del Conquistador. Iba a recoger lo abandonado por Almagro, a atar el hilo roto de la Conquista chilena. Al primer paso, le acechaba ya la traición: Pedro Sánchez de la Hoz, poseedor de una Real cédula que le encomendaba descubrir al Sur del Estrecho de Magallanes, intentó darle muerte; Valdivia sabedor del intento, le perdonó. En tal guerra, se indultaba a veces a los enemigos, por no restar gente castellana.

Llevaba Valdivia, por junto, ciento cincuenta soldados españoles. Uno de los varios aspectos por los cuales se asemeja la historia de la Conquista a un portentoso libro de caballerías, es éste: el número increíble por lo corto, de los andantes. Verdad que era copioso el contingente de indios auxiliares; mas no habrá quien no comprenda que los indios auxiliares constituían un nuevo peligro. De los muy adictos, de los familiares, no se podía fiar.

Al ir conquistando, iba colonizando y fundando ciudades Valdivia. Fué la primera Santiago de Chile, que a propósito situó a bastante distancia del Perú; más tarde dió el nombre de la Serena, en recuerdo de su pueblo natal, a otra villa. Llevaba en su impedimenta semillas, herramientas, animales de carga y ganado lanar. Jamás descuidaron tal aspecto de su empresa los conquistadores. No pensaban en esto como los de la andante caballería, que ni prevenían de beber ni de comer, por ser cosa impropia de su instituto. A los Conquistadores de Chile debemos la patata—dicho sea con paz de Parmentier.

Mas no era aquella jornada de las que se ganan de buenas a primeras. La resistencia de los araucanos, gradualmente, se intensificaba; destruían los fuertes, arrasaban los cultivos, preparaban emboscadas y les bullía el anhelo de exterminar a los «barbudos».

Tuvo por entonces Valdivia nuevas del Perú, que le

obligaron a dirigirse allá: la tiranía y alzamiento de Gonzalo Pizarro contra la autoridad real y su representante el virrey Pedro de Lagasca le empujaron a acorrer a éste su brazo y experiencia militar, y al presentarse la decisiva batalla de Jaquijaguama, fatal a los Pizarros, dijo Francisco de Carvajal, su maestre de campo, viendo el orden de las tropas leales, que allí andaba o el diablo o Pedro de Valdivia, el experto en las guerras europeas. Ninguno otro sino él pudo ordenar de tal manera aquel ejército.

Lograda la victoria, deshechos los rebeldes, ejecutados los más culpables, Carvajal entre ellos, Valdivia, alma secreta de aquel triunfo, no pensó más que en volverse a Chile, donde había dejado empeñada la prenda de su gloria. Una delación le obligó a retornar al Perú para justificarse ante el Virrey, y lo hizo plenamente. Sin tardanza emprendió su tercer viaje a la tierra de Chile, que le atraía. Había de ser el último.

Con la poca gente de costumbre, pobló Valdivia la bella ciudad de la Concepción, fué descubriendo varias provincias de Chile, e imprimió actividad a la explotación de las minas de oro, fundando a la vez otras varias ciudades: la Imperial, la que llamó de Valdivia, la Rica, sobre la cual se yergue la nevada Cordillera.

Ya se desbordaba la sublevación entre los de Arauco. Era el momento en que la Musa épica—erudita y culta, y muy impregnada del jugo del Renacimiento— se dispone a aureolar la frente del capitán extremeño, con los tres primeros cantos de la «Araucana». Era también, el momento en que, como dijo otro poeta,

«del fondo de los bosques Caupolicán surgió...»

Surgió el guerrero, dispuesto a defender la independencia de su país, y lleno de fiera y rabia. El destino, duro e inalterable, le ayudaba a preparar el desastre de Valdivia. Aquella experiencia militar, aquel dón de calcular las probabilidades del éxito, por Valdivia demostrados en tan largas aventuras, le faltaron entonces, o le cegó lo que a tantos: el irrevocable propósito de no retroceder, la confianza en el propio va-

lor, fundados en las hazañas increíbles realizadas sin elementos, ni fuerza, ni ayuda humana. Desoyendo el aviso prudente de Maldonado, que acababa de librarse milagrosamente de los indios en la casa-fuerte de Tucapel, se obstinó en salir de la ciudad de la Concepción, y seguir adelante a pecho descubierto—al modo esencialmente hispánico.— Todavía por segunda vez le advirtió el mismo experto capitán, recomendándole que se fortificase en Arauco; pero él siguió hacia Tucapel; le escocía la derrota allí sufrida por los suyos. Por el camino pudieran serle triste presagio los cortados brazos de españoles, que de los árboles colgaban; pero con su temeraria valentía, continuó hasta verse envuelto por muchedumbre innumerable, armada de picas y flechas. Defendiéronse Valdivia y los

suyos como acosados leones; una de las mejores octavas de Ercilla describe esta desesperada defensa. Por su mal cayó vivo Valdivia en manos de la gente de Caupolicán.

Hay dos versiones sobre la última hora de Valdivia. Una quiere que lo acogotasen de un mazazo en el cráneo; otra, que, atado a un árbol, según la costumbre india, le descarnasen el cuerpo con sus cuchillos de conchas, rayendo su carne hasta el hueso. Nada dice el cronista Herrera del modo de morir Valdivia, y en cuanto a Ercilla, opta por la primera versión, con su bien conocida tendencia a enaltecer siempre a los araucanos, por los cuales sentía

predilección singular y verdadera. Y no me admira tal movimiento de simpatía hacia aquella gente brava, que si no ostentaba el heroísmo a la romana y a la griega conque la reviste Don Alonso el de Bermeo, en lo íntimo y en lo real no desmerecerá de los varones ensalzados por Plutarco.

El suplicio de Valdivia mediante las duras y desgarrantes conchas tiene más aspecto de realidad; y lo que no pudo acabar tal héroe, lo acabó Hurtado de Mendoza, —aunque todavía por mucho tiempo, casi hasta nuestros días, se mantuviesen indomables los araucanos, a diferencia de otras razas indígenas presto sometidas.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN





FEMINISMO FILOSÓFICO



APESAR DE MI ESPECIAL simpatía por los ideales que acaricia y los arrestos con que nace VOLUNTAD hubiera preferido no figurar entre sus colaboradores de vanguardia, cediendo gustoso este honor a plumas mejor templadas que la mía para este género de literatura. Pero ¿cómo resistir a las tan reiteradas como apremiantes invitaciones de la Dirección de la nueva Revista, ni a la sugestión que sobre todo espíritu español ejerce la gloriosa fecha de su aparición, el 12 de Octubre, consagrado ya como «fiesta de la Raza»...?

En una de aquellas me ha llamado la atención una frase que no deja de ser significativa. La Dirección de VOLUNTAD no vacila en declarar, como una de sus preocupaciones preferentes, la de «divulgar entre el público femenino los goces supremos de la inteligencia». Entre estos goces debe de figurar, a juicio de la Revista, el cultivo de las disciplinas filosóficas, ya que a título de consagrado a ellas me veo honrado con un requerimiento de colaboración «amplia y asidua».

Al recibirlo en forma tan insinuante, me preguntaba yo: ¿Cómo sonarían estas palabras en el oído de la mujer española, de la mayoría de las mujeres de nuestra sociedad, incluso de las que, por su posición privilegiada, pudieran estimarse acreedoras a un título especial de ilustración?

Se ha exagerado, seguramente, en la depreciación de la cultura de la mujer española por parte de ciertos detractores sistemáticos de nuestros valores nacionales. Pero ¿habrá exceso en no advertir aún la «aclimatación» de cierta clase de problemas entre nuestros público femenino? Reconozcamos de buen grado que es cada día mayor, afortunadamente, el número de las que—aún a riesgo de ser tildadas de «bachilleras» por quienes quisieran ver a la mujer perpetuamente vinculada al yugo de los «quehaceres domésticos»—encuentran perfectamente compatibles sus augustas funciones familiares con una amplia iniciación a los horizontes del Arte, a las creaciones de la Literatura y aún a los intrincados laberintos de la Historia. Pero en el terreno ya más árido de las disciplinas científicas, los nombres femeninos van escaseando hasta la singularidad—por lo menos en nuestro medio español—y a

medida que de la abstracción científica nos elevamos a las regiones de la especulación metafísica... ¿no les parece a mis buenas lectoras que va acentuándose aquella penuria, hasta producir la siniestra sensación del vacío?

Cabe dar de este hecho, como de todos los hechos, explicaciones más o menos satisfactorias. Las intentadas hasta el presente podrían agruparse en dos categorías.

Según algunos, la estructura mental femenina es naturalmente refractaria a una elevada labor intelectual: los pocos casos que en contrario se citan, o son productos forzados del ambiente o excepciones que confirman la regla general. Para otros, en cambio, no hay diferencia natural de la mujer al hombre, en orden a las funciones intelectuales más abstrusas; pero la inveterada cuanto generalizada costumbre de recluir a la mujer en el hogar doméstico, al servicio exclusivo de los intereses familiares, la tiene deformada y retrasada en su natural desenvolvimiento.

Por mi parte, confieso que no puedo hacerme a la idea de que todo sea artificial en las características espirituales del hombre y de la mujer; así como sería injusto desconocer la magna parte que en la actual mentalidad de ambos sexos corresponde a nuestras costumbres sociales e instituciones jurídicas.

Pero hay aquí un problema latente, de mayor interés que el de la parte asignable a la Naturaleza o a la Sociedad en la creación del tipo mental femenino. Es el problema de la índole peculiar de este tipo: el de la determinación de sus cualidades esenciales, y como tales universales y permanentes—siempre con esa relativa universalidad y permanencia propia de los hechos que son resultado de causas muy complejas.

En el punto concreto que aquí nos ocupa, cabe preguntarse si la nota distintiva del espíritu femenino en orden a la especulación filosófica será una relativa *incapacidad* (cuantitativa) o más bien una singular *modalidad* (cualitativa) que la induce a enfocar los grandes problemas de la vida en una dirección y un sentido característicos, quizá contrapuestos a los que de ordinario prevalecen en estos mismos problemas cuando son tratados por temperamentos masculinos.

Planteado el asunto en estos términos, acaso fuera posible hallar, en el mismo concepto de la Filosofía y en su desenvolvimiento histórico, margen a múltiples orientaciones, dotadas de diverso grado de afinidad hacia los distintos sectores de humanidad señalados

por diferencias étnicas (raza) o por variedades individuales (edad-sexo). En este caso, la pretendida pobreza de espíritu filosófico en la grey femenina, argüiría más bien pobreza de conocimiento, por parte de sus detractores masculinos, de la vibración espiritual que, en las cumbres del pensamiento, se halla más a tono con el alma de la mujer y es capaz de evocar en ella armoniosas resonancias...

En los albores del pensamiento griego—ese maravilloso ejemplar, único en la historia, de evolución colectiva del espíritu humano, en extraña coincidencia con el desarrollo lógico de los problemas—los filósofos helenos parecían obsesionados por el magnífico espectáculo del mundo exterior, oscilando siempre entre el reposo que inicia y el reposo que termina una serie de fenómenos, a través del impenetrable misterio del movimiento. Fué preciso que, estimulado por la demoledora crítica de los Sofistas, señalara Sócrates el «Conocimiento de sí mismo» como principio y postulado de toda verdadera sabiduría, para que la Filosofía adoptara una actitud que no había ya de abandonar jamás, pero dentro de la cual quedaba aún lugar para los más heterogéneos problemas, las más divergentes direcciones.

El mismo Sócrates representa la primera de ellas con su enigmática identificación del *saber* con la *virtud*, dos ideales humanos cuya respectiva preponderancia, en el seno de una misma conciencia, ha de constituir el centro de gravedad de toda la especulación filosófica posterior.

La del genio griego alcanza su apogeo con Platón «el divino» y Aristóteles, idealista el primero en fuerza del contraste de la realidad física con la vida interior del hombre, realista el segundo por su sagacidad al descubrir en la propia cantera del mundo físico el germen de las más encumbradas elevaciones del espíritu humano, pero ambos preocupados por dar a los problemas del mundo y de la vida una solución armónica, si bien en ambos matizada de un tinte acentuadamente «intelectual».

Estas preocupaciones intelectuales son relativamente postergadas en los períodos siguientes, para dar la preferencia a los problemas morales (estoicismo, epicureísmo) y religiosos (neo-platonismo) con cuyo desenvolvimiento termina el espléndido ciclo de la filosofía helénica.

La savia renovadora del Cristianismo, si bien destinada ante todo, en frase de su Divino Fundador, a los «pequeños» de este mundo, no pudo menos de influir en la vida mental de la humanidad pensadora, de los «sabios» y «prudentes» de la tierra, ganados ya por la humildad del Crucificado, pero deseosos de armonizar sus nuevas normas de creencia y de acción con las exigencias siempre vivas de la «filosofía perenne». Y la Iglesia, que salvó del naufragio de la barbarie tantas exquisitas efflorescencias de la Literatura y del Arte antiguos, prohió también e hizo revivir bajo la pluma de sus Padres y Doctores, a la sombra de sus Monasterios, en las estudiosas aulas de sus Universidades y de sus Ordenes religiosas, aquel inmenso tesoro yacente de la cultura filosófica greco-romana, subsanan-

do sus deficiencias, purificándola de sus errores, pero al propio tiempo asimilándose e incorporándose la médula incorruptible de su doctrina, para satisfacción de quienes abrigaran la legítima aspiración de vivir reflexivamente la doctrina de Cristo.

Y así se abre el nuevo ciclo de la filosofía moderna. Su perspectiva inicial no es tanto la del mundo exterior como la de la propia conciencia humana, cuyos abismos trata de sondear; su problema central es el problema del conocimiento, en cuya solución espera hallar la clave descifradora de todos los misterios de la Naturaleza y del espíritu. Así se desarrollan, efectivamente, en direcciones divergentes, la filosofía *empirista*, por un lado, la filosofía *racionalista* por otro, hasta que una nueva actitud espiritual determina, a fines del siglo XVIII un nuevo centro de gravedad en la especulación metafísica.

Esta nueva actitud se halla representada por la obra crítica de Kant. Kant considera también el hombre, al igual que sus predecesores modernos, como objeto central de sus preocupaciones filosóficas, pero en lugar de limitarse a una revisión de su capacidad cognoscitiva, descubre en él tres aspectos a primera vista distintos y aún irreductibles —el hombre de pensamiento, el hombre de acción, el hombre de sensibilidad—, y aborda audazmente el temeroso problema del valor de la vida humana en cada uno de estos tres aspectos y en sus mutuas relaciones.

A esto responden las tres *Críticas* de Kant —la de la *Razón pura*, la de la *Razón práctica*, la del *Juicio*— en cuya detenida exposición no podemos entrar aquí, pero a las que justamente cabe asignar el comienzo de una nueva era en el desenvolvimiento del espíritu filosófico. «Nada hay nuevo debajo del sol», se puede decir en este como en tantos otros órdenes de la vida humana, pero es un hecho que los problemas vitales de la filosofía acusan desde la obra de Kant un relieve que no habían alcanzado en épocas anteriores, y que va destacándose cada día más en la labor filosófica posterior y contemporánea.

Este relieve se debe sobre todo, en mi entender, al contraste, a la contraposición de problemas divergentes, de soluciones antagónicas que a una primera reflexión ofrece el espectáculo del mundo y de la vida, y se hallan particularmente agudizados ante la refinada especulación moderna. Basta ojear, para percatarse de ello, cualquiera obra representativa de esta mentalidad, v. gr. la del filósofo alemán Rodolfo Eucken: *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo* (1). Bajo las rúbricas: *El problema del conocimiento, el problema del mundo, los problemas de la vida humana*, expone y comenta el célebre catedrático de Jena las grandes antítesis en que —hoy como en tiempo de los griegos, pero quizás con más plena conciencia de las dificultades de solución armónica— se agita el espíritu humano en su esfuerzo por traducir y asimilar en forma reflexiva los objetos que se ofrecen y los productos que se deben al curso incesante de su propia actividad.

(1) Editada en castellano, en casa de Daniel Jorro. Madrid, 1912.

Si nos preguntamos cuál será la íntima estructura del mundo exterior, nos vemos perplejos ante las interpretaciones perpetuamente riveles del *mecanicismo* y del *finalismo*, del *monismo* y del *dualismo*, del *evolucionismo* y del *fijismo*...

Si, volviendo la vista a la vida interior del espíritu, escudriñamos el origen del conocimiento, tendremos dos respuestas al parecer inconciliables en el *empirismo* y el *racionalismo*; y si oteamos con preferencia el horizonte de los fines morales de la humana actividad, nos salen al paso los enamorados del placer y los predicadores del deber, los buscadores de sí mismos y los sacrificados por los demás, los que ponderan la exaltación del individuo y los que preconizan la sumisión a los imperativos de la autoridad social... todos reclamando para sus fragmentarios puntos de vista el homenaje de una aceptación incondicional, de una adhesión sin reserva.

Y todavía sobre estas antítesis relativamente secundarias, culminan las que se refieren a lo que el propio Eucken llama «idea fundamental de la vida del espíritu»: lo *subjetivo* y lo *objetivo*, el *ideal* y la *realidad*, la *teoría* y la *práctica*, como polos opuestos, sí, pero al propio tiempo extremos de un eje en cuyo torno gira todo el drama de la humana existencia. Esta existencia ¿será sólo un episodio en la historia del mundo, cuyo espejismo nos sugestiona por breves años para reaparecer en interminable serie de conciencias igualmente seducidas, o habrá algún fondo de objetividad, de realidad, de *autenticidad*, en la invencible propensión del hombre a atribuir a los frutos de su propio espíritu —frutos de verdad, de belleza, de bondad— un sentido y un valor trascendentales?

Recoger esta herencia de la filosofía del pasado, rebotante de vida bajo la aparente incongruencia de sus tendencias; organizar éstas, depurándolas de estrechos exclusivismos, bajo la idea directriz de síntesis superiores; abrir al pensamiento y a la vida del hombre la perspectiva de horizontes más amplios, más luminosos, más fecundos que los que han servido de marco y suministrado alimento espiritual a las generaciones pretéritas, ¡qué misión tan grande y tan noble se halla aún reservada a los que, por encima de las condiciones físicas, de las necesidades económicas, de todo linaje de intereses utilitarios de la existencia humana, estiman como el mayor de sus bienes la progresiva perfección del espíritu hasta asimilarse, en frase de Cristo, al que es Padre y Fuente soberana de toda perfección!

Pero observo que, insensiblemente, voy dando a estos comentarios un aire de gravedad doctrinal muy ajeno a mi primer propósito. Era este, sencillamente, el de llamar la atención de nuestro público femenino sobre la índole peculiar de los problemas filosóficos, y sobre el grado de interés que en el alma de la mujer han de despertar y la forma de capacidad asimilativa y aún creadora que en ella pudieran encontrar las grandes interrogantes que señalan el más alto nivel de la cultura humana.

Por lo que se refiere al interés, no creo que se pueda desconocer —considerada la colectividad del gremio

femenino— el que hayan de merecerle las cuestiones que han sido y continúan siendo objeto de preocupación para la porción más selecta de la humanidad pensadora.

Afirmar otra cosa sería dar un voto favorable a los que han osado poner en duda, entre tantas aberraciones como la historia nos presenta, si las mujeres tendrán un alma verdaderamente humana... Porque la filosofía no es, como el vulgo fácilmente se imagina, entretenimiento de espíritus excéntricos o desocupados, ni tampoco excursión desenfrenada por regiones privadas de todo contacto con la vida humana, sino sencillamente una penetración más honda y permanente de esta misma vida, en contraposición a los aspectos superficiales y transitorios que ofrece a la mirada de la mayoría de las gentes. En este concepto hasta el vulgo tiene también su filosofía—siquiera sea incoherente y fragmentaria—cristalizada en esos admirables «refranes» que son como una expresión gráfica de su experiencia y de su reflexión maduras.

En cuanto a la capacidad femenina para abordar con fruto y provecho estos problemas, ¿será necesario también denunciar aquí los prejuicios populares—justificados a menudo, es verdad, por engañosas apariencias—que suponen en el candidato a filósofo cualidades propias de un tipo excepcional cuando no extravagante en el mundo de los mortales?

No pocas personas que tienen de estas cosas ideas en perfecta oposición con las que llamaba Descartes «claras y distintas», se hallan plenamente convencidas de que, para merecer el dictado de filósofo, se hace preciso renunciar a los encantos de la vida, abstraerse del mundo exterior, aislarse de la sociedad y reconcentrarse en el propio yo con un ensimismamiento al que solo un tradicional respecto exime del calificativo de locura. El tipo de Adrián Sixto en *Le disciple*, de Bourget, sería un ejemplo de esta caricatura de filósofo...; y no seré yo ciertamente quien se lo recomiende a las lectoras de *VOLUNTAD*! Tomen su modelo, más bien, de aquella princesa Isabel, hija del Rey de Bohemia, que no necesitó abdicar de su realeza para mantener con el propio Descartes, interesante correspondencia sobre las más abstrusas cuestiones; o si prefieren, de Santa Catalina de Alejandría, de quien afirma la Iglesia en su Breviario que cultivó los altos estudios con tanta fortuna que a los diez y ocho años descollaba por su erudición en aquella culta ciudad, y, puesta en trance de abjurar de su fe cristiana, logró persuadir de ella a los mismos filósofos enviados para arrancársela.

No; la condición de «filósofo», sin que se halle al alcance de todas la fortunas mentales—entra en esto por mucho, como en toda vocación, además de la capacidad general, el factor personal de orientación y de carácter—no es tampoco lote privilegiado de hombres excepcionales, ni mucho menos monopolio del sexo masculino.

A decir verdad, si por «filósofo» se entiende una especie de inteligencia ambulante, exclusivamente preocupada de distribuir el mundo en el casillero de sus categorías, descubrir la trama de sus relaciones con la

indiferencia de quien descifra documentos exóticos, y proyectar sobre él la sombra de su propia conciencia, despojada de aquella simpatía por los objetos y de aquel calor de personal intimidad que sólo es capaz de conservar un valor humano... mucho me temo que semejante silueta de filósofo «intelectualista», con ribetes de escéptico encuentre insuperables resistencias en el alma femenina. El alma de la mujer, que por ventura siente la vida con intuiciones más penetrantes y adhesiones más fervorosas que las del hombre, difícilmente se persuadirá de la necesidad de sacrificarlas en aras de artificiosas abstracciones o de sutilezas reflexivas para recobrar una emoción vital que el tal filósofo estima contrastada, cuando es de temer que haya quedado desvirtuada y adulterada por el tamiz de su crítica.

Pero sí, como de hecho sucede, esta concepción pseudo-intelectualista de la filosofía va pasando a la historia; si cada día es mayor el número de los que comprenden la necesidad de incorporar la especulación, sin por ello desnaturalizar su sentido crítico, al gran cauce de la vida integral del hombre para ampliar su márgenes, elevar su nivel y regenerar su curso bajo la acción creadora del espíritu, ¿por qué no habría de participar de este movimiento de progresiva renovación el alma femenina, imprimiéndole el sello de su peculiar y encantadora modalidad?

El nombre de VOLUNTAD, titular de esta Revista, pudiera a este propósito representar, para el público femenino español, un estímulo a la vez que una orientación.

JUAN ZARAGÜETA.



Los concursos de "VOLUNTAD,,

PRIMER CONCURSO FOTOGRÁFICO PERMANENTE

Para obtener documentos fotográficos interesantes y contribuir al desarrollo del arte fotográfico, VOLUNTAD abre un concurso permanente entre los profesionales y aficionados, con arreglo a las siguientes bases:

- 1.ª Serán objeto del concurso las fotografías inéditas de residencias señoriales, jardines, paisajes, usos y costumbres locales y regionales, composiciones de interior y al aire libre, y en general todas las que tengan valor artístico, así como las que sobre asuntos de actualidad ofrezcan interés por la novedad con que hayan sido tratados.
- 2.ª Las fotografías se remitirán al Director de VOLUNTAD, calle de Columela, 8, Madrid, llevando al dorso una breve explicación del asunto a que se refieran.
- 3.ª En cada número de la Revista se publicarán los originales premiados, con expresión del nombre de su autor. Los premios se otorgarán por la Dirección artística, y por el hecho de tomar parte en el concurso se entiende que los interesados aceptan todas las condiciones de él.
- 4.ª Las fotografías no premiadas, pero consideradas publicables, podrán ser reproducidas por VOLUNTAD al precio de diez pesetas cada una.
- 5.ª Sean premiadas o no, en ningún caso se devolverán las fotografías que tomen parte en el concurso.
- 6.ª Para hacer efectivos los premios concedidos, es condición indispensable que los autores premiados envíen a la Dirección de VOLUNTAD los negativos originales.
- 7.ª Mensualmente se otorgarán los premios siguientes:

Uno de pesetas.	150
Uno » »	100
Uno » »	75
Uno » »	50
Cinco de pesetas 25.	125
Total pesetas	500

- 8.ª La primera adjudicación de premios corresponderá a las fotografías recibidas durante el presente mes de Octubre. Mensualmente se harán las adjudicaciones sucesivas.



NUESTRA SOBERANA

Entre todas las mujeres españolas destaca en primer término, por su rango y por sus cualidades personales, la Soberana de España. En ella se perpetúa la tradición de las Reinas llenas de caridad, que iban dulcificando con mano suave los dolores de sus súbditos. Por que no hay necesidad donde no acuda, con el regalo doblemente regio de su limosna y de sus palabras de consuelo, ni miseria popular sobre la que no caiga el bálsamo de su atención piadosa. Y tiene, sobre todo, una preocupación que la transfigura, que la convierte de Reina terrenal en heroína de cuentos y baladas infantiles: y es la ternura hacia los niños pobres o doloridos, sobre cuyas vidas precozmente atormentadas, su bello rostro se inclina con frecuencia, iluminado por la aureola de sus cabellos rubios y por el resplandor de su sonrisa maternal.

Las revistas de actualidad la sorprenden muchas veces en sus visitas a hospicios y asilos y casas de maternidad y hospitales, donde se acumula esa tristeza enorme de la infancia abandonada o doliente. Otras veces es en los sanatorios donde pasa, poniendo la nota clara de su figura elegante, entre los pobres seres entecos, para quienes la existencia es un melancólico panorama. Y a menudo, viéndola entre sus pequeños y tristes amigos, nos hemos preguntado:

—¿Qué pensarán los niños de ella?

¿Qué pensarán, en efecto, los infelices a quienes toda alegría infantil fué negada, y qué sentirán los débiles corazoncitos en su presencia? Ella pasa por entre las pequeñas vidas, tan humildes, tan a ras de tierra... Y ese tesoro del amor maternal, inagotable, parece que se le acrecentó para los niños desvalidos. Cierta día, en un Sanatorio, mientras acariciaba a una niña, la contemplaba arrobado, absorto, un jorobadito, al que acababa de hablar, con su sonrisa luminosa. La contemplaba extático, como se mira rutilar, en el cielo oscuro del ocaso, una sola estrella. Y es seguro que de todos los sueños, de todas las ambiciones, de todas las venturas y aventuras que la vida guarda para el jorobadito, nada valdrá lo que el minuto aquel, en que su alma infantil se inundó de dulzuras y de ternuras imprevistas, se perfumó, se hizo ingravida, y en vez de la deformidad abrumadora sintió que le nacían alas, por el maravilloso influjo de los regios ojos azules...



S. M. LA REINA DE ESPAÑA

Retrato, por *Pablo Bójar*



LA FIESTA DE LA RAZA

Colón había andado de Corte en Corte. Sólo encontró amparo en la de Castilla; a pesar de que la Reina Isabel la Católica tenía empeñadas sus rentas en la guerra de la Reconquista.

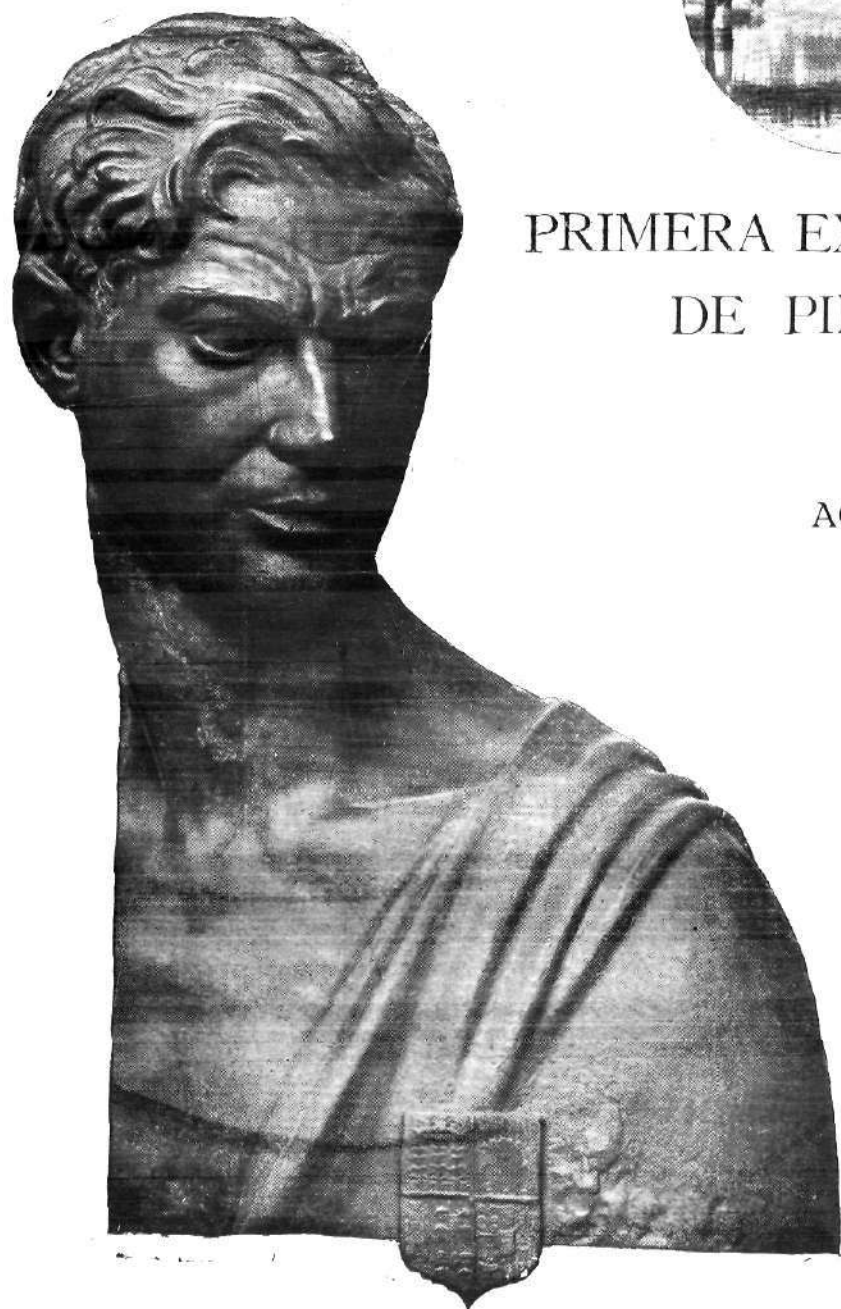
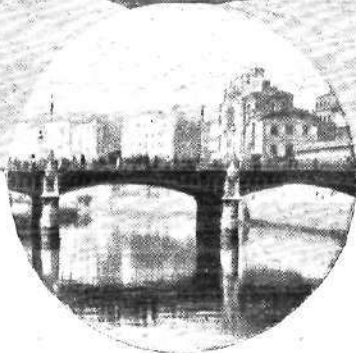
Y el triste aventurero que caminaba a pie, y sufría hambre, y la angustia de que su hijo pereciera en la lucha por el pan nuestro de cada día, halló en el corazón de Isabel, no la Primera, sino la Unica, cuanto le era necesario para arrancar a las negruras de lo ignoto un Mundo Nuevo.

Eso bastaría para que España fuera la primer nación del Universo. Porque adivinó al genio; porque se jugó la seriedad de sus Maestros cosmógrafos; porque sin dejar la guerra contra los infieles, se embarcó en la mayor proeza que existe en la memoria humana... Sólo porque la iniquidad infernal nos acosa, y porque abundan aquí los malnacidos servidores del odio a lo santo, es discutible la gloria.

Cada día aumenta el resplandor de aquellas maravillosas, geniales audacias... En todo el mundo castellano es el día 12 de Octubre señal y ocasión de festejos... Confiamos en que está cercana la fecha en que los españoles de la descubierta y de la evangelización sean estimados como los primeros hombres, los más gloriosos.

Isabel Bonilla

MCDXCII



PRIMERA EXPOSICION INTERNACIONAL DE PINTURA Y ESCULTURA BILBAO

AGOSTO - SEPTIEMBRE 1919

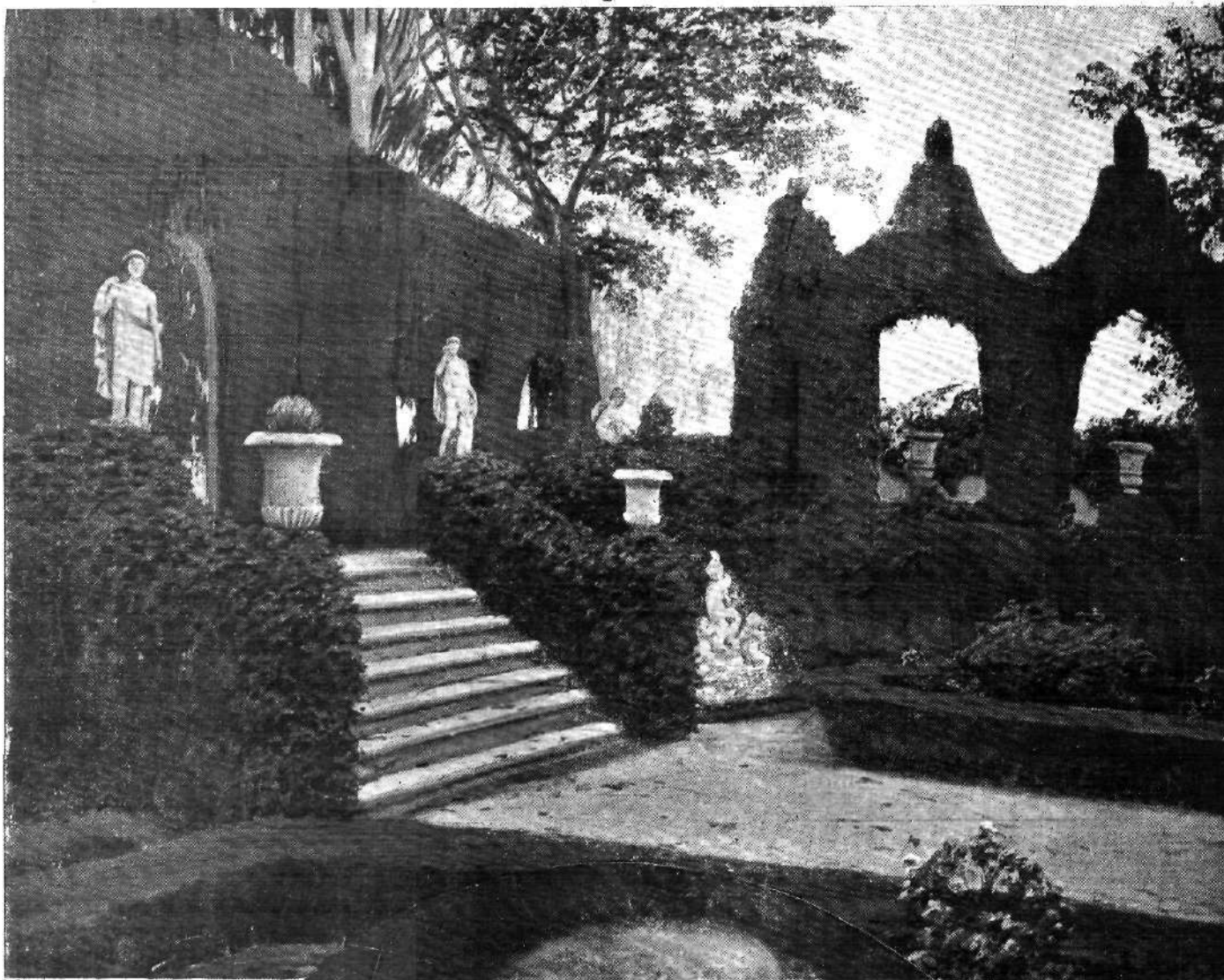
ASOMADA por las rutas del mar a todos los caminos de la tierra; hincados sus cimientos, como garras, en la entraña de un suelo que vale su peso en oro; despierta a la vida moderna con insaciables anhelos, al servicio de los cuales pone una laboriosidad y una energía sin ejemplo; a un tiempo recia y ágil; inflexible y única en su carácter, y multiforme y desconcertante en sus aspectos; toda vigor, al par que toda pensamiento, Bilbao no es ya, tan sólo, una capital de provincia española... Bilbao pertenece al mundo, y su ría es un eje y su labor una rueda, un engranaje dentro del mecanismo universal de nuestro tiempo.

Pero Bilbao es algo más. La vida de la inteligencia, que necesita de la vida del músculo, y que guarda con ella paralelismo y proporción, abandona las ciudades muertas o adormecidas sobre un remoto pasado de gloria, y va hacia los pueblos animados por la inquietud y la generosidad de una sangre nueva.

Bilbao no es ya, tan sólo, una mano de gigante que forja y labra tesoros; sobre esa mano se inclina, hacia todas las bellezas del mundo, una frente gigantesca también: una frente que el cielo ilumina con los más altos y más nobles destellos de ideal.

Había, por lo tanto, razones para esperar que la primera Exposición Internacional de Pintura y Escultura de Bilbao constituyera un acontecimiento artístico de importancia extraordinaria.

La realidad no ha respondido a la esperanza. Premuras de organización y errores de criterio han limitado este concurso, privándole, no sólo de su carácter internacional, sino también de aquella amplitud artística, libre de particularismos, sin la que un certamen de esta índole no puede llamarse ni siquiera nacional.



Santiago Rusiñol

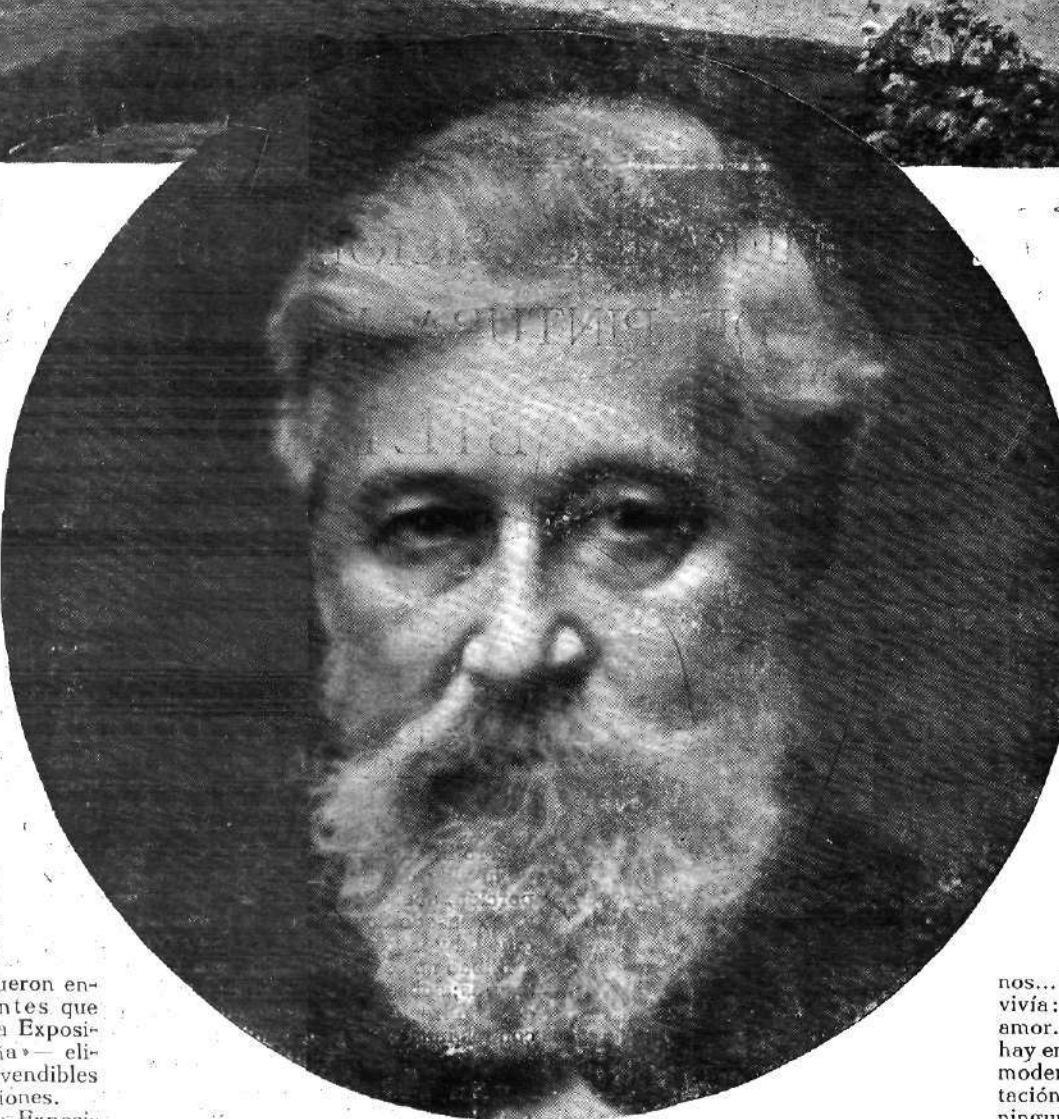
«Jardín de Monforte»

Bilbao, la ciudad que por las rutas del mar se asoma a todos los caminos de la tierra, la ciudad vigorosa y comprensiva, la ciudad universal, no puede ser, y no será indudablemente en futuras ocasiones, campo brindado a las piruetas del *snobismo* y a las audacias de esos cacicazgos titulados intelectuales que, realmente, nada tienen que ver con la intelectualidad.

La pintura extranjera, representada en la Exposición de Bilbao por un centenar de obras, suplía con la cantidad a la calidad... Los cuadros de este grupo fueron enviados por marchantes que sin duda por ser la Exposición «cosa de España» eligieron las más invendibles *cróutés* de sus colecciones.

Comenzaba pues la Exposición en las salas españolas, con notorio predominio, tanto en pintura como en escultura, de los artistas vascos y catalanes. Dispusieron de salas propias Zuloaga, Regoyos, Anglada y Echevarría.

De Zuloaga ¿qué decir?... Cuando el artista se impone, no ya en su



patria sino en el mundo; cuando la obra fecunda, original y fuerte, ha sido admirada por todos los públicos, la crítica, y especialmente la crítica del país de origen, lo mismo si alaba que si censura, no puede parecer cosa mejor que una inocente pedantería provinciana.

La Sala de Regoyos constituía—después de la obra de Zuloaga—elemento más importante de la Exposición. Era, además, un homenaje a la memoria de un gran artista muerto, y para ese homenaje cedieron los cuadros de sus galerías particulares no pocos coleccionistas bilbaínos... Regoyos pintaba como vivía: honradamente y con amor... Honradez y ternura hay en todos sus lienzos, muy modernos, sin ninguna afectación; muy originales, sin ninguna malicia; y tan impregnados por la emoción de

la vida y del paisaje, que glosado cada uno de ellos, y reunidas esas glosas, quedaría escrito el poema español de la tierra, del cielo y del mar...

Juan Echevarría presentó muchos cuadros. Goza el Sr. Echevarría



Manuel Benedito: «Mis sobrinas»

Antonio Guezala: «Elito»

de gran prestigio en la región vasca, y fuera de esa región despierta un interés muy merecido. Pero indudablemente se ha concedido a su obra, en la Exposición, una importancia exagerada. Hay cuadro, como el retrato titulado «Pinki», en que el señor Echevarría prescinde del dibujo hasta tal extremo que los brazos de la figura no parecen de la misma persona. Quizás lo mejor de la obra expuesta por el Sr. Echevarría sean sus «naturalezas muertas»... En la pintura de este artista, el acierto se halla en razón inversa de la vida y de la expresión de los modelos.

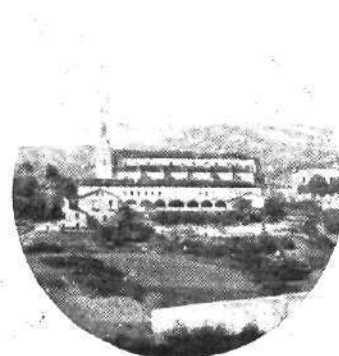
Anglada es el de siempre, discutido siempre con igual pasión... De sus alardes de color, cuando el tiempo justiciero pase sobre ellos, ¿qué podrá quedar?...

El maestro Rusiñol llevó a Bilbao sus últimos señoriales y poéticos jardines, llenos de luz, de paz, de aro-

mas y de prestigios; vivos, en suma, con la serena vida, siempre joven, de su admirable autor...

Borrell-Nicolau, uno de nuestros primeros escultores, muerto Julio Antonio, presentó sus bellas «cabezas de mujer».

Y en fin, a la Exposición fueron los tres grandes, sinceros y sólidos artistas del retrato: Fernando Alvarez de Sotomayor, Manuel Benedito y Eugenio Hermoso, los que han de subsistir en la Historia de la pintura nacional, cuando en la distancia



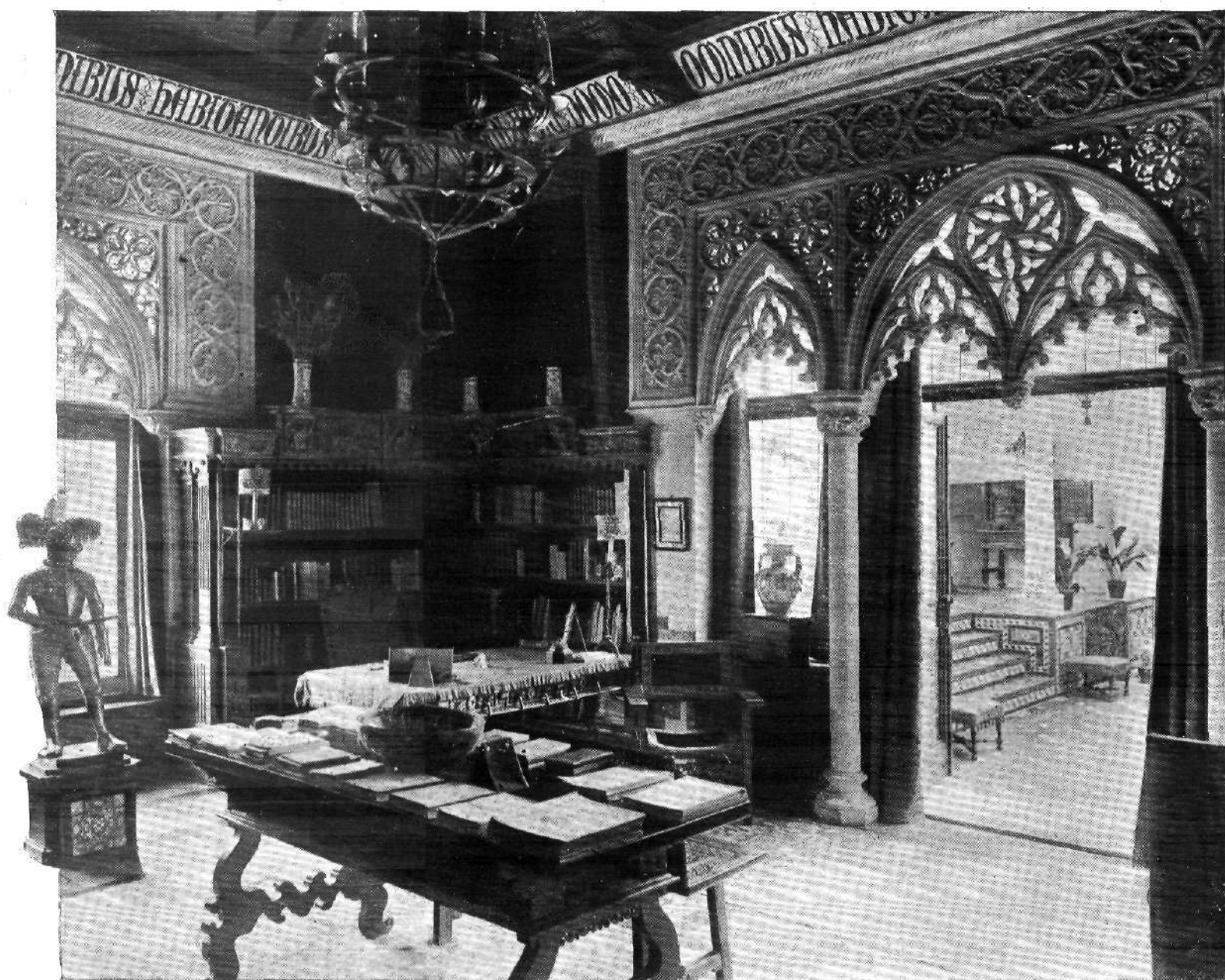
quede la verdad sola y evidente, libre del farrago de mentidos prestigios contemporáneos que a nuestros ojos la rodean y oscurecen.

ANTONIO G. DE LINARES



(Fots. Linker)





MANSIONES ESPAÑOLAS

LA RESIDENCIA ② ② ② DE LOS CONDES DE CASAL



Puede considerarse esta mansión de próceres españoles, como el más acabado conjunto de las diversas formas y tendencias del Arte Civil Privado Español en sus culminantes manifestaciones, desde el típico arte mudéjar hasta la brillante época eminentemente española del siglo xvii y principios del xviii.

Es en su arquitectura interior, fiel trasunto de los palacios de nuestra nobleza castellana en el siglo xvii. Recia portada barroca, coronada por gran escudo; rejas y balcones compuestos con balaustres de hierro forjado; puertas de cuarterones claveteados.

En su interior se hermanan en estrecha compenetración el Arte, impreg-



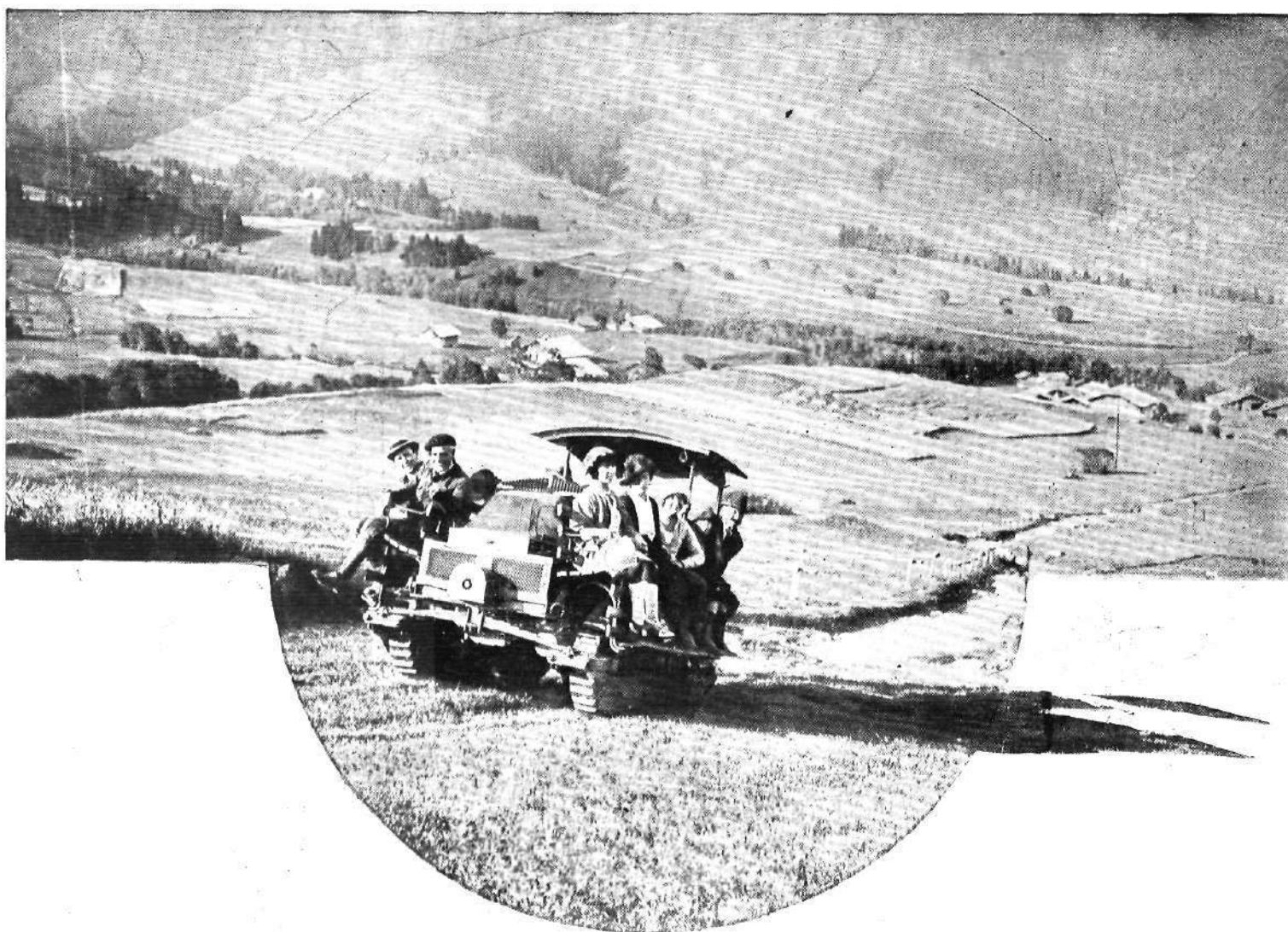
nado en cordial expresión de amabilidad acogedora, y la Historia de nuestra Pintura y Escultura, en tablas, lienzos y mármoles de los grandes maestros, desde el siglo xv hasta los retratos modernos del insigne maestro Sorolla.

Vitrinas con piezas selectas, pregonan la perfección de la cerámica española de Talavera, Alcora, Retiro, Moncloa, Capo di Monti, y la rejería toledana evoca la primorosa orfebrería de Juan de Arfe.

Habitación de acierto singular es el patio cubierto, en el que se coordinan columnas, bóvedas y ventanales; artesonados, azulejos, fuentes y plantas, dando la sensación más acertada de la interpretación, en una vivienda moderna, de los elementos más castizos de épocas tan distintas: el Mudéjar y el Barroco, nuestros dos estilos verdaderamente españoles.

Esta tendencia de franca afirmación patriótica, debería ser cauce que, recogiendo de nuestros monumentos y nuestras artes esencias y elementos de composición, sirviese en la vivienda española, desde el palacio a la modesta habitación, para revivir y desenvolver en nosotros, por el familiar contacto, nuestra personalidad, nuestro carácter; siendo indudable que lo contrario, el medio ambiente exótico, debilita y entibia afectos, hábitos y aspiraciones que redundan a la postre en menoscabo del carácter español, de la familia y de la raza.





DEPORTES

LOS «TANQUES» Y EL ALPINISMO

La guerra que desde 1914 hasta 1918 ensangrentó a Europa y desquició al mundo, fué, ante todo, eso que los técnicos definen con esta frase: «una guerra de material...» Guerra de máquinas, de artificios, de ardides, de todos los recursos y progresos de la ciencia puestos al servicio del dolor y del mal.

La paz incompleta— llena de amenazas, de rencores y de incertidumbres — puso fin, en parte, al conflicto; y recogió esa terrible herencia de invenciones y de ingenios dispensadores de la muerte.

De todo ese material, con cuya destrucción absoluta y completa soñamos en vano un día, sólo podrán ser utilizadas para obra de paz las máquinas que vuelan y las que se arrastran: los dirigibles, los aviones y los «tanques».

En lo que hace a las aeronaves, la mayoría de ellas han sido transformadas para aplicarlas al servicio de pasajeros, correos y transpor-

te rápido de mercancías ligeras. Con los célebres carros de asalto, los «tanques», se llevan a cabo, en este momento, experiencias muy intere-

santes, encaminadas a utilizar para la tracción fuera de camino, para la labranza, y en fin, para la cómoda ascensión de las montañas, esa facultad de rodar sobre todos los terrenos y de salvar todos los obstáculos que, durante la guerra, hizo de estos artefactos los más temibles instrumentos de combate.

En las fotografías que ilustran esta página, aparecen algunos «tanques» franceses convertidos en vehículos de excursión, y trepando por las laderas de las montañas. El «tanque» es lento y exige de sus viajeros una gran calma y ninguna prisa en llegar al término de la carrera. Aplicado al alpinis-



mo, es el coche indicado para las personas a quienes la edad, el temperamento o la falta de hábito, impiden subir a las cumbres a pie.

EL BOLCHEVIQUE



Es un hombre, pero no lo parece. Es un cerebro, pero se diría la obra de una entraña bestial. Es un hijo de Adán, pero hay que suponer que lo es de la Sierpe Engañadora.

¿Cómo ha nacido? Se dice que las iniquidades sufridas por muchas generaciones le han engendrado. No es así. El dolor engrandece y eleva, la injusticia humana convierte al Perseguido en Santo. Las mayores tropelías han sido la base de las mayores abnegaciones.

El Diablo y la Hiena yacieron sobre las zarzas... Poco después nació el bolchevique...

La sombra de ese engendro monstruoso comienza a dibujarse en los claros horizontes del solar español. Aquí donde hasta el crimen fué pocas ve-



Casa de Ekaterinburgo, donde fueron asesinados por los bolcheviques el Zar Nicolás II y su familia. — Bolcheviques prisioneros de las tropas inglesas que operan en Rusia. — El almirante Koltchak pasando revista a sus soldados, en el frente de Perm.

(Fots. Central-News).

ces cobarde, y aún remedió actitudes caballerescas en los «bandidos generosos», hoy clava sus hierros en maternas entrañas.

Pero es tal la virtud de la mujer española, que en la tragedia de Santurce, típica muestra del bolchevismo en acción, el rasgo de la heroína hace olvidar a sus verdugos. La sangre de Laura Reding de Meyers, nos redime de la deshonra de ese crimen. Conforta saber que, si en España dió la hiena su fruto, hay corazones de madres y de esposas capaces de afrontar las garras de los hijos de las hienas...



UNA VISITA A LA CASA DE FAMILIA

Quiero hablarte, lectora, de algo muy hermoso que debes conocer, y que por ser también muy nuevo, tal vez ignoras todavía. Si estás fatigada de pesimismo, conflictos y problemas pavorosos, y quieres descansar, refrescar tu espíritu y que tus ojos vean siquiera un rayo de luz y de esperanza, olvida por un momento las nebulras del horizonte, y entráte conmigo por las puertas de la Casa de familia; que si entras en ella, tengo por seguro que has de seguirme encantada hasta el fin de la visita, pues verás mil cosas dignas de interesarte y conmoverte.

La Casa de familia se fundó hará un año próximamente, en Marzo de 1918, estableciéndose en varias viviendas de una casa para obreros, modelo en su género, grande, soleada, construida con todas las reglas de la higiene, y estrenada recientemente en la calle Diego de León, número 25.

Penetremos en ella, y guiadas con amable bondad por algunos de sus nobles protectores, veremos como supieron ellos reconstituir el hogar cristiano para los pobres muchachos huérfanos o abandonados, en esa edad crítica y decisiva en que han de comenzar la lucha por la vida; y darles el refugio, la protección, el amor de la familia, que acaso no conocieron nunca hasta ahora, y ayudarles a preparar un porvenir honrado y feliz.

La Casa de familia se constituye muy sencillamente: un matrimonio obrero, honrado y cristiano, sin hijos propios, toma por suyos a unos cuantos muchachos, huérfanos procedentes de asilos, o de familias muy pobres, de los que hubieran arrastrado su juventud vagando al azar, sin pan, ni hogar, ni amor de madre, mendigando acaso, desde luego sin dirección ni protección moral de ningún género. Fundada la familia, y libre de todo apremio y ansiedad por el pan de cada día,

pues seguro lo tiene, gracias al patrocinio generoso que la ampara, el jefe de ella, sin embargo, como verdadero padre, contribuye a la

vida y al bienestar común con el fruto de su trabajo; y a ejemplo suyo los muchachos practican en distintos talleres el aprendizaje de sus oficios respectivos, y hay en la casa mecánicos, tipógrafos, ebanistas, pintores, plateros, etcétera, que ganan ya todos su jornal, aunque modesto. La mitad de este jornal se emplea en los gastos indispensables del vestido y aseo personal de este muchacho, y si sobra algo se le permite satisfacer con ello algún económico e inocente capricho. La otra mitad se invierte en cartillas de la Caja Postal de Ahorros que lo serán mañana del Instituto Nacional de Previsión. Y aunque estas cartillas representan todavía cantidades poco importantes, suponen todas el mérito inmenso de un hábito ya adquirido de orden, de perseverancia en el trabajo y en el ahorro. Sólo alguno de los muchachos tiene reunida ya una cantidad relativamente considerable, y pregona orgulloso como un capitalista la cifra de sus ahorros. Pasarán los años, y llegarán los aprendices de hoy a poseer con perfección los secretos de su oficio, y ya su trabajo les dará medios de vida independiente; mas no por ello dejarán de tener su hogar en la Casa de familia. Vivirán en ella, si es su voluntad, contribuyendo ya como es justo al gasto general con el fruto de su trabajo, mientras llega para ellos la hora de establecerse y de fundar por su cuenta una nueva familia cristiana. Y aún entonces seguirán perteneciendo a la casa, no sólo por el cariño y la gratitud, como hombres bien



nacidos, sino estrechamente unidos en Asociación obrera cristiana con todos sus hermanos, hijos de esta casa y de otras semejantes que sus fundadores se proponen ir estableciendo.

La madre se emplea en todos los oficios y trabajos de la mujer en el hogar obrero. Levantada al rayar el alba y cumplida la misión, no siempre fácil, de poner en pie a la juvenil colonia, y la de entonar y reparar las fuerzas de cada uno, antes que marchen a su cotidiano trabajo, pocos minutos sobrarán a la activa y concienzuda mujer de su casa, que se afana en sus múltiples faenas, con la ilusión de que a la vuelta del trabajo, sus chicos se sientan felices, se encuentren a gusto en el hogar humilde, pero limpio, alegre y hospitalario.

Ya a mediodía, el clásico y sustancioso cocido reunió a muchos en torno de la mesa familiar; pero a otros impidió llegarse a ella el lejano trabajo, y por la tarde es cuando verdaderamente se encuentra en casa la familia completa. Uno por uno van llegando: primero los más jóvenes, los chichuelos, que pasan, sin detenerse, a la cocina, porque saben que allí les aguarda el refrigerio indispensable: un *five o'clock* primitivo, a base de agua cristalina y sendos trozos de blanda y esponjosa libreta, que no cambiarían ellos por todas las delicadezas de los tés a la moda. Poco a poco van llegando también los mayores, los hombreritos, con el padre y jefe de la pequeña grey. Y allí es la alegre charla, y las francas risas, y el contar cada uno los menudos sucesos de la jornada. Cuando es la noticia o el dicho agudo; cuando una de las mil curiosas ocurrencias del Madrid callejero; cuando el encuentro inesperado con alguna persona amiga. Quién llega una tarde gozoso con un aumento de jornal; quién ufano y satisfecho con una lista de instrumentos de su oficio que le mandan comprar, porque ya su aprendizaje va adelante y necesita herramienta propia. Doblemente ufano y satisfecho viene el muchacho: por su avance en el oficio, y porque esa herramienta, sin apuro ni problema, va a adquirirla con sus propios ahorros. Y se le ve impaciente, soñando con la mañana del domingo, en la que muy tempranito, después de misa, se irán alegremente su padre y él a hacer las compras. También de cuando en cuando, en el grupo juvenil, se repiten especies oídas a compañeros levantiscos, y surgen discusiones y hasta pequeñas disputas; pero allí están los padres con su cariñosa autoridad, y con su apreciación justa y cristiana de la vida y de las cosas. Y allí está también alguien más, porque no es el tiempo de los jóvenes para desperdiciarlo, y burla burlando, pasó esta hora de contento y descanso, y llegó la hora de entrar en clase. El final de la tarde se dedica al estudio en la Casa de familia, pues todos sus hijos aspiran a ser un día obreros distinguidos e ilustrados, honra de su clase. También es esta la hora elegida por los caritativos protectores para hacer a la casa frecuentes visitas, encaminadas a conservar el cariñoso trato y la confianza de los muchachos, a seguir paso a paso sus progresos y sus necesidades morales y materiales, haciendo, en una palabra obra de verdadera y santa democracia cristiana. Gran auxiliar tienen en el sacerdote de la vecina parroquia que dirige la clase con inteligencia admirable y en otro muchacho que no serán muchos los años que le separen de algunos de sus alumnos; pero se le ve llevarlos a un tiempo con autoridad y con alegría, e imponerse a ellos por ese sentimiento, rara mezcla de confianza y respeto, que hace dueño al maestro de las voluntades de sus discípulos. El mozo que ya hombría y presume de personaje avisado y sagaz, y el chichuelo tímido en cuyos ojos se reflejan todavía los asombros y las tristezas de su niñez solitaria y desvalida; el formal y laborioso muchacho, de corazón de oro, modelo de aprendices y de estudiantes, y el benjamín con su carita risueña de pequeñuelo preferido y mimado por todos los de la casa, pendientes de los labios del maestro, reciben la sencilla cultura intelectual que su condición y su juventud admiten; las divinas lecciones de fe y moral cristiana y las sanas enseñanzas para la práctica de la vida: economía, honradez, amor al trabajo, conformidad y alegría en su humilde condición, porque fe cristiana, hogar, ambición santa de ser útiles a sus semejantes y a su patria, esas son las verdaderas riquezas, y esas pueden ellos como el que más, enorgullecerse de poseerlas.

Después de la clase, hemos de visitar la casa entera. En los ventilados y amplios dormitorios nuestra mirada respetuosa se fija un momento en el crucifijo y el rosario, pendientes a la cabecera de todas las sencillas camas de hierro, cubiertas con blanquísimas ropas. Entramos después en el cuarto de los padres, santuario de los íntimos recuerdos, y se nos permite curiosear los secretos del inmenso armario, donde con orden admirable guarda la hacendosa ama de casa el equipaje completo

de los trece muchachos. Todo nos lo enseña ella misma, encantada y satisfecha de oírnos alabar calurosamente su actividad y su buen gobierno. Y sucede entonces una pequeñez, algo que podrá parecer pueril a muchos, y que a nosotros nos inspira profundo interés y simpatía. Nuestro guía y compañero de visita, el gran señor, el hombre de mundo refinado y distinguido, es llamado a consulta sobre detalles ínfimos de la indumentaria juvenil. Y bondadoso, afable, con la misma seriedad y atención que si se tratara de un asunto de alta política, examina el caso, y falla sobre él. A nosotros este detalle, entre otros muchos, nos revela porqué hay nombres que vienen sin cesar a los labios de los moradores de la Casa de familia con acentos de veneración y sincero cariño.

Pero no sólo hemos admirado en nuestra visita la labor del ama de casa inteligente y activa y la llaneza y caridad del caballero cristiano. Nuestra emoción más honda la hemos sentido al oír en labios de la humilde mujer del pueblo sus proyectos, sentimientos, temores y esperanzas, verdaderamente maternos, y para la dirección moral de sus hijos, todo un programa de obrera y madre cristiana, expuesto en dos palabras, con breve y sublime sencillez: «Dios y el trabajo». Nos habla del hijo pródigo, porque la casa de familia tuvo también su hijo pródigo. Era un muchacho despejado, afectuoso, alegre, que inspiraba en la familia viva y especial simpatía. Y sin embargo su instinto aventurero y vagabundo pudo más que todos los consejos y todas las ternuras. Lloraron largamente la madre y él, al despedirse, pero al cabo se decidió a marchar, con la ilusión loca de ser más dichoso corriendo el mundo, «viendo tierras», como él decía. Supieron de él, más adelante, que había llegado a la frontera, y que se internó en Francia; y más tarde, solo

y enfermo en un hospital de Irún, escribió él mismo a la Casa de familia, sintiendo entonces la nostalgia de los días felices que viviera en ella.

Contando la madre y oyendo nosotros con sincera emoción la triste historia, ha llegado la noche, y con ella otra vez la hora de la reunión y del descanso. Ocupa el padre la cabecera de la gran mesa familiar, y cada muchacho su puesto alrededor de ella. La madre se dispone a repartir sendas y abundantes raciones del único, pero sustancioso plato que constituye la cena. Esta noche hay además una sorpresa: un envoltorio enorme (regalo de una amable dama que viene en nuestra compañía), que intriga vivamente la curiosidad de los jóvenes comensales. Pero nadie se llega a tocarlo, hasta que todos en respetuoso silencio han escuchado la voz infantil

que dice gravemente la bendición de la mesa. Entonces ya hay permiso: se deshace el envoltorio, y con gran regocijo, se procede al reparto equitativo del opíparo banquete. Y acabada la cena, nadie deja su puesto. Vuélvense las miradas hacia la venerada imagen de la Divina Familia obrera de Nazaret, y la misma voz infantil que bendijo la mesa, inicia las paces del Rosario.

Decíamos, lectora, que esta visita nos haría concebir esperanzas consoladoras, y que en ella recibiríamos impresiones de las que no se borran tan fácilmente, de suave y honda emoción. Y no sólo por el hecho hermosísimo que hemos presenciado, pues bien se te alcanza que no se limita a él únicamente la obra de la Casa de familia. Este que hemos visitado es el ensayo y el modelo de otras muchas que sus fundadores aspiran a ir estableciendo con el favor de Dios, para redimir hoy de la miseria y la ignorancia a los pobres huérfanos abandonados, y para llegar a introducir mañana en las masas obreras elementos y organizaciones profundamente cristianas, garantía de paz, de fraternidad y de amor. Esta obra eminentemente social y cristiana tiene su complemento natural en la fundación de casas de familia para obreras jóvenes, más necesitadas aun que el hombre de protección y de amor; sobre todo si además pensamos que la mujer es el camino más seguro y más rápido para llegar al corazón de la sociedad, ya que, según frase expresiva de un elocuente orador sagrado, «quien educa un hombre, educa un individuo, pero quien educa una mujer, educa una familia.» No tienen estas pobres líneas la pretensión de ser iniciadoras de la idea, tal vez por otros concebida y meditada ya; pretenden sencillamente sumar una voz más, aunque humilde, a las muchas que ensalzaron de esta obra lo que hoy existe, revelarlo a los que lo ignoran, y hacer votos por que las mujeres cristianas, las que persiguen altos ideales de dignificación de la mujer, de regeneración de la sociedad por su conducto y por su medio, se apresuren a tomar iniciativas generosas en esta empresa, digna de sus ideales y de sus entusiasmos.

INÉS AGUIRRE

(Fots. Larregla.)





EL TRABAJO DE LAS LAVANDERAS ¿QUÉ HARÁ EL MUNICIPIO?

La canalización del Manzanares plantea un problema grave que, a pesar de su inminencia, el Municipio de

Madrid no ha afrontado todavía. Dentro de unos meses, tan pocos que no llegarán al año, tendrán que desaparecer los lavaderos ahora instalados a orilla del río. Trabajando en ellos hallan el medio de vivir muchos centenares de mujeres humildes, que no se han dado cuenta del peligro de paro forzoso que las amenaza, ni de la incomprensible negligencia del Ayuntamiento madrileño, que ve el hambre proyectarse sobre una parte de la población y no muestra signo de preocupación alguna. Hemos hablado con las pobres mujeres, mientras obteníamos las fotografías que acompañan a estas líneas.

—No es posible que se supriman los lavaderos —nos han dicho—, sin que el Ayuntamiento busque el medio de reemplazarlos. En alguna parte será preciso lavar la ropa.

Lo cierto es, sin embargo, que todavía no se ha pensado en la urgencia de atender a esta necesidad apremiante. No ya por caridad, para que esos centenares de pobres mujeres y sus familias no se vean privadas de ocupación y de pan, sino hasta por conveniencia del Municipio mismo, debe pensarse en la rápida construcción de lavaderos que sustituyan a los que van a desaparecer. Lo que se recauda en ellos, constituye uno de los más saneados ingresos municipales. Por consiguiente, ninguna dificultad financiera puede haber para levantarlos. O bien el Municipio, emitiendo obligaciones pagaderas con esos ingresos, obtiene el capital necesario para las nuevas construcciones, o bien puede arrendar ese servicio a una Compañía, que construirá los lavaderos en las condiciones higiénicas y de



ornato que deben tener los de una capital como Madrid, a semejanza de los de muchas ciudades españolas de provincias. Porque, ya que se han de construir de nueva planta, es indispensable que los lavaderos pierdan el carácter africano que tienen los actuales, ribereños del Manzanares. Es necesario que las lavanderas puedan trabajar resguardadas de la intemperie. Los nuevos lavaderos deberán ser techados, dispuestos de manera que se hagan difíciles, sino imposibles, las mezclas de aguas sucias, tan peligrosas para la pública salud, y dotados de calderas de agua hirviente, que puedan esas modestas obreras utilizar en ocasiones, cuando lo exija la calidad de las ropas o lo haga necesario la temperatura glacial de los días crudos del invierno. Y algo más importante todavía; precisa que se distribuyan los lavaderos por los diferentes sectores de Madrid, de suerte que no se imponga a los que en ellos han de ocuparse, un trabajo suplementario, cual es el de caminar largas distancias hasta llegar al lugar de su cotidiana tarea.

No hay dificultades económicas para esta modesta obra de renovación local. No hay más que la incompetencia de los concejales, a quienes les viene ancho, por falta de cultura especial — el panorama administrativo de una población como Madrid. Pero este problema, que revestirá carac-



teres angustiosos en poco tiempo, reclama ya pronta solución. Después de lo que hemos indicado ¿podrá decirse que no la tiene?

Y puesto que nadie habla en favor de estas obreras humildísimas, todavía en gran parte ajenas al peligro que se cierne sobre ellas, puesto que nadie trae a cuento la urgencia de evitar una crisis de trabajo que sería vergonzosa para todos los habitantes de Madrid, nosotros queremos hacerlo desde esta tribuna de VOLUNTAD, que a la defensa de la mujer consagra sus entusiasmos más fervientes.

Nos dirigimos, por lo tanto al público en general, pero muy especialmente a nuestras lectoras: a las damas cristianas para quienes la piedad y la misericordia son altos deberes y noble placer a un tiempo. Hasta esas damas elevamos nuestra súplica, para que ellas dispensen, en su día, el necesario amparo sin el cual vivirían días de angustia y de miseria extremas las pobres obreras del Manzanares; y también para que, entre tanto, las mujeres a quienes su alta posición social permite una influencia eficaz, usen de ella en demanda de una solución rápida para el problema que nos ocupa logrando que antes de que desaparezcan los lavaderos viejos estén los nuevos en condiciones de ser utilizados.

JUAN PUJOL.

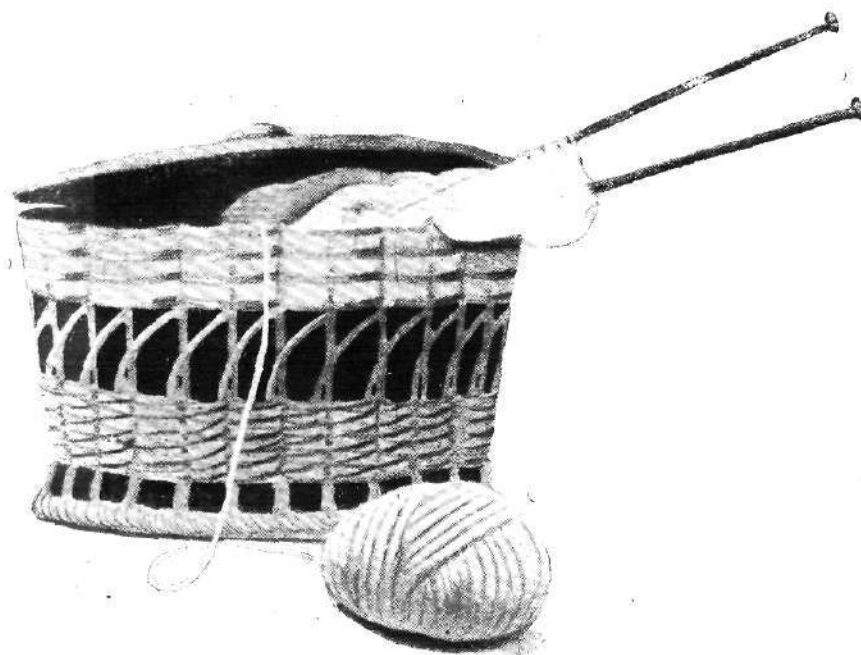
Fots. Larregla.



LABORES FEMENINAS



PAÑUELO DE TRES PICOS



CADA vez se siente más el deseo, y aun la necesidad, de recurrir a los estilos, costumbres y trajes peculiares de nuestro país, porque ellos se adaptan mejor que ningún otro a nuestra naturaleza y a nuestros sentimientos.

Además, pocas naciones pueden, como España, ostentar una tan maravillosa y espléndida diversidad de artes aplicadas al decorado y ornato de las habitaciones y al realce de la belleza femenina. Y son acertadas estas corrientes, especialmente en cuanto se refiere a la mujer española, pues ella, por su laboriosidad y destreza, puede ejecutarlas y nadie como ella, sabe lucirlas, por el gracioso y refinado modo de llevarlas.

Hora es ya de que acatemos con menos diligencia lo extranjero, y adaptemos al gusto y necesidades modernas lo que es típico de nuestra patria; afortunadamente así se va realizando, aunque no con todo el entusiasmo que nosotros deseamos.

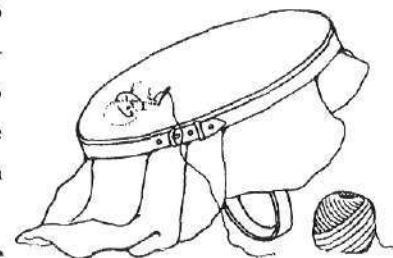
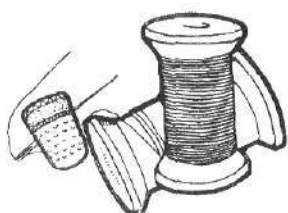
Una de las prendas femeninas españolas que más tiende la moda a imponer es el pañuelo de tres picos en sustitución del mantón de Manila, prenda, aunque muy usada en España, de fuente menos nacio-

nal, pues sus bordados y tipos son más bien japoneses. El pañuelo de tres picos tiene mayor diversidad de usos que el mantón de Manila; a este se le ha dado casi exclusivamente un carácter de adorno para fiestas ostensibles, usándolo para ir a las corridas de toros, verbenas y disfraces, y al verlo puesto no nos podemos sustraer al recuerdo de tales ocasiones.

Para las comidas de confianza, para el jardín, para salida de teatro, en fin, para todas cuantas veces se sienta la necesidad de un pequeño abrigo o un adorno coquetón que no pese sobre los hombros y sirva para aumentar las gracias femeniles sin estropear, aplastando con un peso excesivo, el vestido, está indicado el pañuelo de tres picos.

Puede ser ejecutado en varias clases de tules, sedas, gasas, encajes, mallas, etc., según el gusto de cada una. Por ejemplo, nuestro primer modelo puede ser hecho con tul un poco grueso, pero flexible, de un color amarillo oro con flecos de oro antiguo, y a manera de cenefa un flequito de seda negro.

También puede hacerse



sobre el mismo tul bordado con trencilla de color café, sustituyendo el bordado al flequito negro.

Otro procedimiento, que daría un resultado encantador, sería empleando un tul negro, poniéndole dos flecos de plata, colocado uno al borde y el otro a unos veinte o veinticinco centímetros del anterior; en este intermedio se puede bordar una orla tejida en el tul con hilillo de plata. Esta orla debe estar inspirada en nuestros maravillosos bordados nacionales, para darle un carácter netamente español.

El último dibujo, que representa el pañuelo de tres picos abierto, es para bordarlo sobre crespón gris perla, con sedas azul Talavera los tallos y hojas, y las flores de un amarillo naranja. En el borde deberá ser adornado con tres flecos de seda superpuestos, de veinte centímetros el primero, que será del color de las flores; el segundo de quince centímetros, del tono del crespón, y el tercero de diez centímetros, del azul Talavera. Estos flecos deben ser muy poco tupidos para evitar un peso excesivo.

Otro pañuelo de tres picos muy lujoso, resultaría haciéndolo con un tisú de oro labrado en negro y poniéndole un fleco muy amplio de oro superpuesto a otro de seda negro, del mismo tamaño. También puede hacerse en tisú de plata.

PAÑUELO DE ENCAJE HECHO CON TRENCILLAS.—Pueden hacerse dos combinaciones: una de ellas poniéndole a un tul es-

peso una cenefa de encaje hecho con trencillas; y la otra haciéndole todo él de dicho encaje y poniendo el centro de los florones de seda de colores.

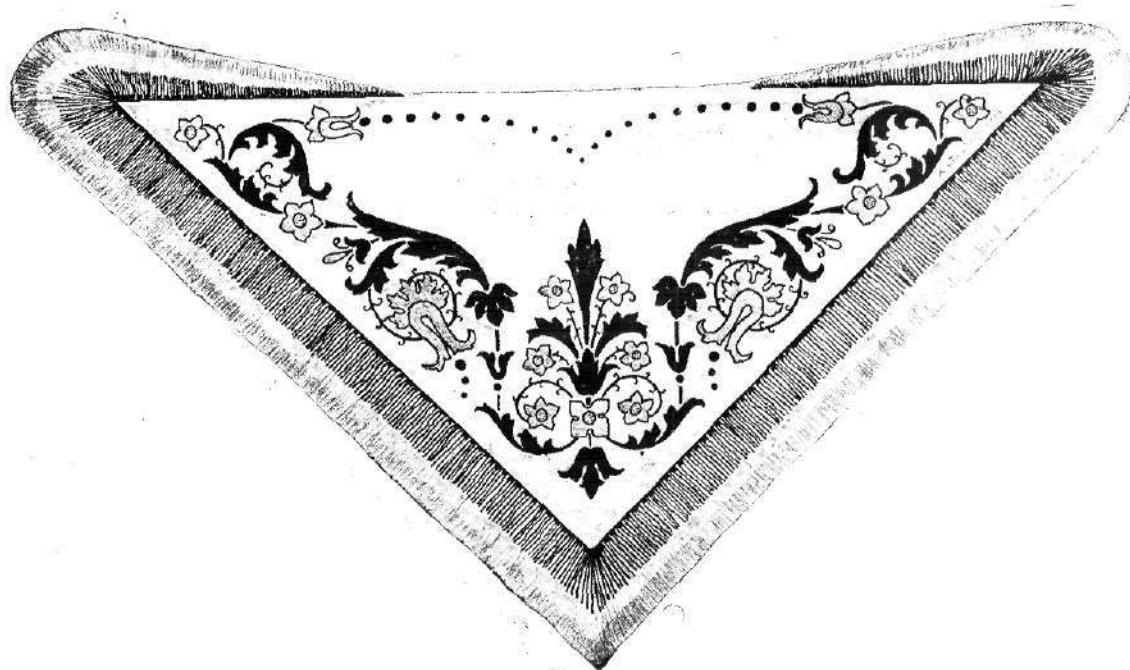
Vamos a indicar dos modelos para jovencitas. Uno puede hacerse de gasa blanca, con dos o tres cenefas de pluma o marabú. Las plumas o el marabú pueden ser blancos o de colores, según el uso y persona a que se destinen.

El otro modelo para jovencitas se hará con tul blanco o color hueso, ligeramente bordado con flores sobrepuestas, de un color fuerte, en seda o lana, según el tipo de bordados de la Alcarria. Estas flores deberán ser bordadas de lentejuelas doradas.

Al gusto e imaginación de nuestras lectoras, se les ocurrirán otras muchas combinaciones, que podrán convenir para el uso a que se destinen, al traje con que han de usarse y aun al color de la cara y pelo para que entonen mejor con ellos.

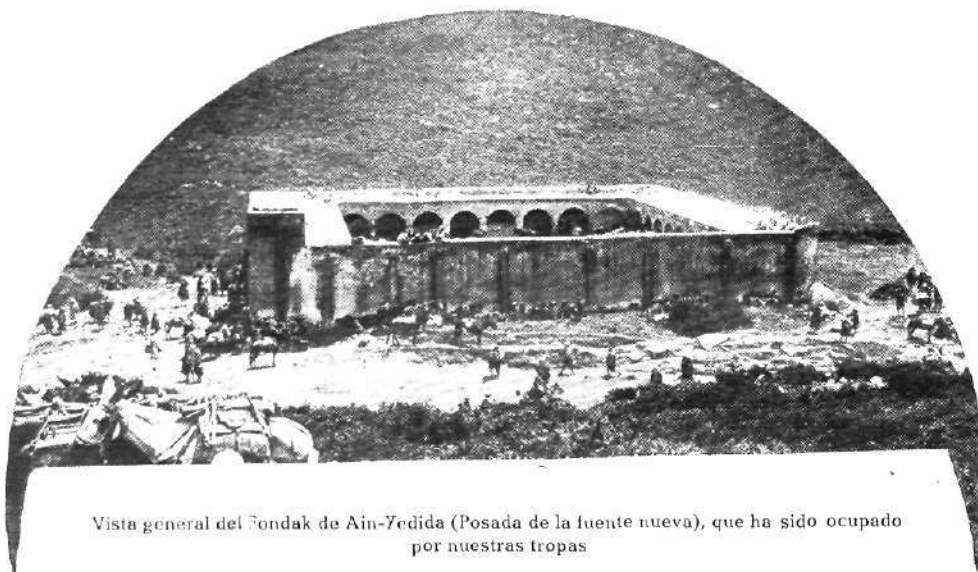
Otros muchos modelos y modos de hacer y ejecutar podemos indicar; y daremos gustosos cuantos informes y datos soliciten nuestras amables lectoras.

AURORA Y TOMÁS GUTIERREZ LARRAYA



ESPAÑA EN MA- RRUECOS

UNA EMPRESA NACIONAL



Vista general del Fondak de Ain-Yedida (Posada de la fuente nueva), que ha sido ocupado por nuestras tropas



El Raisuni, en marcha, escoltado por sus harqueños

Las brillantes operaciones llevadas a cabo por nuestro ejército en Africa, dieron ya por resultado la toma del célebre Fondak de Ain Yedida, el *Parador de la Fuente Nueva* que durante largos años fué a manera de centro en derredor del cual ejerció su absoluta soberanía, imponiéndonos condiciones, ese cabecilla marroquí prestigioso, artero y hábil que es el Raisuni.

El Fondak no es una fortaleza, ni siquiera un reducto; es lo que su nombre indica: un parador, un refugio para los hombres



El Raisuni pasando revista

y las bestias, en terreno frágil y despoblado. La toma del Fondak no significa pues otra cosa que no sea la ocupación por nuestras tropas de una zona difícil de conquistar, y cuyo dominio efectivo era indispensable para asegurar las comunicaciones entre Tetuán, Tánger y Larache.

Esta ocupación es un hecho, y el acierto con que fué planeada y efectuada por el Alto mando ha evitado que España pagara por ella, en sangre, un precio demasiado caro.

(Fots. Lázaro)



LA CUMBRE MÍSTICA

INTRODUCCIÓN

LA VIDA SENSIBLE

LA VIDA MÍSTICA

LA VIDA INTELECTUAL



LA MÍSTICA LA CUMBRE de nuestra Raza, la suma exaltación de su entendimiento y su voluntad, el aletazo de pujante albedrío con que rompe los quicios de la tierra y se remonta al cielo, más ávida que nunca de conocer y de querer. Por esto el siglo de oro de la Mística es, cabalmente, el siglo militar en que España,

después de prodigar su sangre con despilfarro juvenil por todos los caminos del mundo, abriendo con las quillas de sus naos y las espadas de sus héroes los mares incógnitos y las selvas vírgenes; luego de arder gloriosamente en las lumbres intelectuales del Renacimiento, aspira a mayores triunfos, a más puras contemplaciones, a forzar con las llaves de la Fe las puertas de lo sobrenatural.

No le bastaban al genio español, templado en caldas de vida eterna, los señoríos temporales, ni aún los laureles inmarcesibles de la razón; era poco todo ello al apetito de inmortalidad, siempre manifiesto, anhelante y quereloso en los senos profundos del alma; le era necesario rasgar las tinieblas del Misterio, descubrir la fuente de *las aguas vivas* y apagar allí la sed abrasadora de la voluntad, de esta endiosada y plena Voluntad española que *no se contenta con menos que con lo Infinito*. La vida mística es el ápice de los hombres enérgicos, de las razas potentes y

maduras, de las almas reales que tienen algo del águila y del león.

A los hombres flacos y a los pueblos niños les basta y les sobra con el mundo visible, que, en apariencia, tan grande y espacioso, tan bello y deleitable se les ofrece. Inclínanse con ardor a la naturaleza, la imitan y retratan; ceban los sentidos en sus lozanas y garridas formas, en los alegres y rutilantes colores, en los sonidos armoniosos; bastan a su placer las delicias de la carne, el sabroso manjar, el blando sueño, la risa de la luz y de las aguas... ¿No parece el mundo entero un palacio maravilloso, un edén creado para el amor y para el goce? ¡Oh, qué dulce vegetar en el amante, en el fecundo seno de la naturaleza, como los niños, como las aves, junto a las fuentes y las flores, entregados con ignorancia y alegría a los sólos y fáciles deleites de la vida sensible!

Pero el Dolor acecha en la penumbra de la selva y conoce todos los senderos; hay un peligro en cada remanso y una espina en cada rosa; la Muerte va con su guadaña al hombre segando vidas y flores, sin fatigarse nunca. Y al sentir el dolor, al contemplar la muerte, al descubrir la estrechez, la vanidad, la condición mudable y perecedera de cuanto vemos y alcanzamos, se nos abren de par en par las puertas de la Ciencia. ¿Por qué se sufre? ¿por qué se llora? ¿por qué se muere? Responder a estas preguntas, de cualquier modo que sea, es interpretar al mundo, es insinuar un sistema científico. El primer *porqué* del hombre ya le dió acceso a la vida intelectual.

Bendiga Dios la ciencia humana, blasón de nuestro divino linaje, templo de la sabiduría, jardín de la experiencia,

fruto de la inteligencia y del corazón, leal amiga del ingenio, madre de peregrinas invenciones, corona de los siglos y espejo de la cultura. Gracias a ella nos arrancamos a la ciega esclavitud de las fuerzas naturales, dominándolas con apacible señorío; educamos nuestra bárbara condición, limando su aspereza y crueldad; perfeccionamos la vida, la hacemos cada vez más dulce, más cómoda, más clara; descubrimos en ella nobilísimos deleites, recreaciones indecibles, modos nuevos y curiosos de bienestar, regalos para el cuerpo y acicates para el alma.

Pero, con todo: ¡qué poquita cosa, qué ruin es esta pobre sabiduría de que tanto nos envanecemos! Ved su impotencia precisamente allí donde suele mostrarse más orgullosa y galana: en los laboratorios de la ciencia experimental. Las más agudas invenciones, los más audaces descubrimientos, no logran ni lograrán nunca esclarecer la íntima naturaleza de los fenómenos. Las esencias puras permanecen innaccessibles en las entrañas de las cosas; sólo alcanzamos a sorprender su cáscara, su apariencia, sus conexiones, sus efectos, y no todos sino algunos cuya presencia y actividad podemos a duras penas percibir. Después de estudiar un tratado de mecánica, de electricidad, de magnetismo; cuando creemos haber agotado esas fuerzas y conocerlas totalmente, aún ignoramos lo esencial: sus cualidades substantivas. De esta Casa prodigiosa del mundo, de este inmenso Palacio de la naturaleza cuyas puertas queremos abrir, sólo conocemos la fachada, el semblante, el pórtico. Las investigaciones más delicadas y sutiles, ¿qué traen sino la convicción de nuestra profunda ignorancia? Al cabo de mil experiencias no conseguimos sino entrever el abismo insondable que nos separa de lo esencial, de lo absoluto.

La ciencia positiva es un vasto repertorio de hechos y nombres, de teorías y de leyes; pero nosotros, varones de deseos, aspiramos a saber algo más; queremos saber las realidades íntimas de esos fenómenos, su contenido inasequible. ¿Qué son la luz, el calor, la gravedad, el éter; qué son, en suma, las energías naturales; qué principio se esconde en la maravillosa actividad de las células; qué son esos misterios de la fecundación; el dinamismo de los órganos; qué es el sueño; qué es la muerte; qué es la vida, en fin? La ciencia nos abruma con definiciones y encasillados a todo trance; nos declara la ley, el orden, la relación en virtud de los cuales se manifiesta todo ello; cómo y cuándo aparece y obra; pero jamás responde al *porqué* angustioso de nuestro anhelante corazón. Aquí se acaban las explicaciones etiológicas; aquí se cierran bruscamente los libros de la Ciencia experimental.

Pero se abre el horizonte inmenso de la Metafísica. Merced a la razón nos elevamos de las cosas visibles a los conceptos intelectuales, de la experiencia sensible al conocimiento discursivo. Las ideas, los conceptos puros, son como espejos de tenue cristal donde se reflejan las luces de lo alto, representaciones del más allá rasgos, vislumbres y parpadeos de lo invisible. ¡Cuán generosa y prócer es esta facultad del entendimiento; cuán bienaventuradas y amables las ideas, puras y candidísimas palomas de lo sobrenatural, vivas y claras centelluelas de la infinita luz! ¡Qué nobles y acendrados los deleites que el pensamiento procura, pues nos levanta de la corteza y vanidad de las cosas! Pero ¡Cuán engañoso también; cuán limitado y triste el conocimiento racional; qué fragmentaria y angosta nuestra pobre filosofía! Apenas alzamos el vuelo de la razón, tiende las alas en un abismo de sombras; el silencio, un silencio universal nos espanta; un oleaje de tinieblas nos azota; vamos con dolor y angustia que no podemos

salir de esta *profunda caverna del sentido*; todo nos advierte con pesadumbre que la voluntad sobrepaja al entendimiento, que el apetito es superior a nuestro ser. Cautivos somos de la carne, desterrados de la luz inmortal; y esos centelleos que alumbran nuestra Noche, si son espuelas de la fe, son asimismo dardos que punjen las entrañas del espíritu y avivan la conciencia de nuestra ruda esclavitud. Y ¡cómo escuece en las almas ardorosas y elegidas el deseo vehementísimo de conocer; qué inefable tortura la de esa aspiración jamás realizada, siempre anhelante, vacía siempre como el tonel de las Danaides!

Pero no es en los caminos de la razón donde esa lucha reviste caracteres más trágicos, sino en las hoces profundas y misteriosas de la voluntad. No en la Ciencia, en el Amor es donde más agudamente padecemos la pesadumbre de la carne. ¡Cuán cerca y cuán lejos nos hallamos aquí de los seres queridos! Si mi yo, la realidad de mi yo, con ser tan cierta y fundamental no se me ofrece por su propia substancia, sino mediatamente, esto es, por sus actos; si soy un prisionero de mí mismo y sólo puedo conocerme al colocarme fuera de mí, en el aire extraño de la objetividad, en la línea de las otras realidades forasteras... — ¡oh seres a quienes amo! — las ansias que yo siento por poseer vuestras almas y daros la mía, locas ansias de amor, sublime demencia, ¿son, pues, tan inútiles como el deseo angustioso de conocerme a mí mismo, como el afán dislocante de encender un rayo de luz en esta caverna interior condenada en vida a la más espantosa lobretegué?

El amor es el esfuerzo supremo del alma para elevarse a lo absoluto; es el sello de nuestro origen, la prueba más alta y preciosa de la inmortalidad de nuestro ser. El amor aspira a lo infinito, tan naturalmente como el gas al cielo, como la carne a la tierra. Quien ama con plenitud, pugna por verse libre, por desgarrarse de los lazos mortales y unirse al Amor de donde todo amor procede. Pero las cadenas de la vida temporal le sujetan y oprimen; sufre la dolorosa contradicción entre sus fuerzas flacas y sus aspiraciones infinitas.

Aún el amor humano, si es pasión de alma, padece estas sutiles congojas. Imaginad dos almas próceres, dos criaturas vehementes que se amen así: pues también aspirarán al punto a salir de sí mismas para ayuntarse no sólo con los vínculos groseros de la materia, sino más alta y divinamente, con las entrañas del espíritu. Pero en tanto que vivan en el mundo pugnarán como águilas enjauladas, tropezando siempre con los hierros de su cárcel, siempre cautivas, siempre deseosas, impotentes para romper el muro de barro que las envuelve y separa. Ni aún en las horas felices de más profunda intimidad, de más ardiente posesión, conseguirán apenas otra cosa que rozar la epidermis de sus mortales apariencias y concebir en unos minutos de embriaguez otra criatura, cuyo espíritu les será con el tiempo tan extraño, tan inasequible, sustancialmente, como los suyos entre sí, como los suyos para sí mismos. No habrán logrado sino añadir a la vida otro nuevo dolor, otro grito, otro deseo insaciable, codicioso de amor hasta la muerte. Y mayores serán, más hondas, estas penas, cuanto más nobles y escogidas fueren las almas, pues así comprenderán con mayor lucidez el conflicto desgarrador en que viven.

Pero en esta lucha no le faltan al amor consolaciones, ni siquiera al amor humano: la conciencia de su propio esfuerzo, la esperanza de su inmortalidad, la gloria de su dolor, y algo también de sabrosísimo deleite, de recreación inefable, presentimientos e intuiciones del codiciado más allá...

Nadie como los Místicos, puros maestros del sumo Amor, del ansia espiritual, han dibujado las angustias y los goces de la pasión amorosa. ¡Con qué ansiedad desean la muerte y aguardan que se rompa el vaso de arcilla, el muro de carne, la envoltura corruptible que agobia, que aísla nuestro verdadero Ser! ¡Cómo lloran, cómo se quieren, cómo *mueren porque no mueren!*

Pues si el amor de los hombres tiene tanto de dolor ¡qué no tendrá de amargura la ausencia del inmortal Amado! ¡Cuántas tribulaciones, sequedades y hieles; cuántos esfuerzos angustiosos hasta llegar a las alturas de la divina contemplación! Mas una vez allí...

Si recordamos los instantes más claros y felices de nuestra existencia, las horas de gozo sin remordimiento ni hastio, las más puras y hondas fruiciones que hayamos podido gustar en el mundo: el primer ensueño de amor, el primer triunfo en la vida, la ternura de nuestra madre, el alborozo de una dichosa nueva, el regreso a la patria después de largo destierro, el abrazo de la amada ausente, la alegría del primer hijo, una satisfacción de la conciencia, un halago estético, un regocijo intelectual; si todo ello lo juntamos en una sola emoción y la ponemos en un solo minuto, y lo exaltamos y lo subimos a la cumbre de la mayor idealidad y refinamiento; si a este sumo y concentrado placer, tal como lo concebimos y podemos sentir en nuestro valle de lágrimas, le añadimos, aún, cuanto puede discurrir la inteligencia, querer la voluntad, fingir la imaginación, todavía con tan alto y enorme deleite nos hallaremos tan lejos de comprender los de la mística felicidad, como distancia y abismo hay de nuestras almas solitarias y prisioneras, que lloran en los presidios de la carne, al alma libre y desnuda que en los brazos de Dios, y levantada sobre el humano sentido, sube de golpe a la inmensidad de la gloria y *conoce* y disfruta, al cabo, los manantiales de la belleza, las fuentes vivas del amor y de la gracia, el bien absoluto, la plenitud de la verdad.

Porque en la *vida mística* se cumple y se goza lo que en vano perseguimos en la *vida sensible* y en la *vida intelectual*. Sin la vida mística, estaríamos perdurablemente condenados a la *Noche obscura*, a la *caverna del sentido*, a la lucha trágica del deseo, en el mundo de las sombras, en el mundo de las apariencias; seríamos perpetuamente

los galeotes del antro, según la alegoría de Platón, los tristes reos encadenados e inmóviles, siempre de espaldas a la luz; nuestra razón sería la *razón pura* de Kant, la pobre cautiva sentenciada a no salir jamás del tumulto y hervor de los fenómenos; contemplaríamos a lo sumo abstracciones yertas y pálidas, ideas y conceptos vagarosos, pero nunca las realidades; buscaríamos por todos los siglos de los siglos bienes soñados y eternamente inaccesibles.

Pero el hombre ha nacido para amar, ha nacido para conocer. Todas nuestras potencias afectivas están enfermas de ternura, padecen hambre de amor. Todas nuestras potencias intelectuales tienen un ansia loca de belleza, una *ardentísima sed de la verdad*, un *anhelo de resplandor* y de luz. El hombre ha nacido para comprender, ha nacido para contemplar. Criado fué para entender la Realidad suprema, criado fué para servir y gozar a Dios. Hasta el catecismo lo dice; un niño lo sabe. Los bienaventurados verán a Dios cara a cara, no ya conociéndole por discurso ni amándole por fe, sino *viéndole* por intuición y *abrazándole* por caridad. He aquí la altísima promesa, la promesa inefable.

Nuestras aspiraciones de infinito no son vanos y estériles sueños. El muro opaco de la carne se rompe y nos liberta con la muerte; quien sea digno conocerá el origen de las cosas, aprenderá la ciencia de la Esencia, el arte sumo del Amor; la voluntad y el entendimiento alcanzarán su propio fin.

Es más: aún sin salir de la tierra, sin romper los lazos de la vida presente, es posible el conocimiento intuitivo de escondidas verdades, de profundos e impenetrables misterios; hay un camino, un *camino real* por donde las almas que saben de amores y dolores van a las cimas de la pura contemplación y gustan allí gloriosos antecipos de la muerte, ansiosos tragos del licor divino... Sólo allí se abre de par en par la *ventana del entendimiento* y se ve, siquiera sea por breve espacio, la *clara luz* de lo invisible; sólo allí se revelan los secretos de esa ciencia trascendental en vano perseguidos por la razón y presentidos por el deseo fuera del orden soberano de la vida mística.

RICARDO LEON



CANCIONES ESPAÑOLAS

ASTURIANA

MANUEL DE FALLA

Andante molto tranquillo

Canto

Piano

dolce espr

2 Ped. sempre

por ver si me con-so-la--ba

Ped.

Ped.

a-me-me--me semp--no ver--de for

pp

Ped.

Ped.

ver si me con-so-la--ba

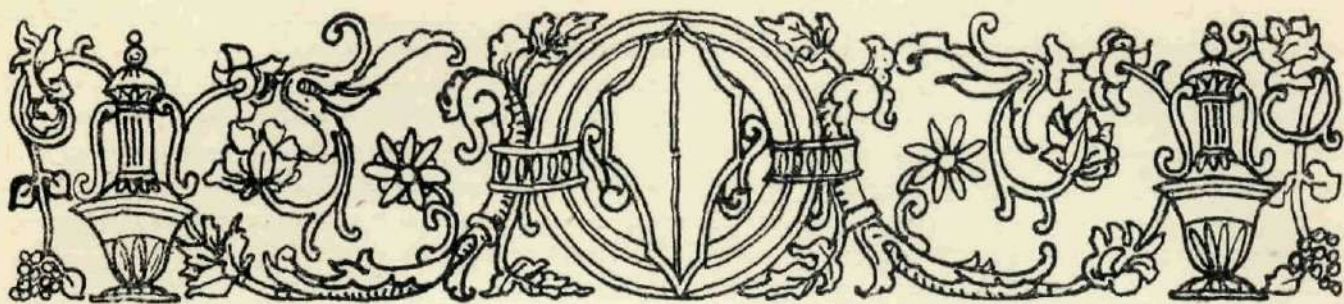
Ped.

Ped.

Ped.

por ver-me llo-rar, llo-ra-ra-ra-ra
 el pi-no, co-mo-e-ra ver-de, por
 poco rit a tempo
 ver-me llo-rar, llo-ra-ra-ra!
 colla voce
 Manuel de Falla

Prohibida la reproducción.
 Copyright by Manuel de Falla-1919



VIAJE PALEOGRÁFICO

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA ➤ BAÑARES
SAN FORMERIO ➤ LA DUQUESA DE NÁJERA



EN LA RIOJA UNA REGIÓN de abolengo indefinible; por su carácter semeja castellana, sus paisajes indican las proximidades de Navarra, ciertos rasgos parecen de Aragón y los nombres de algunas localidades como Bandarán, Herramelluri y Ezcaray son puramente vascos. Quede a filólogos y lingüistas la

ruda tarea de estudiar los límites de la vetusta Cantabria o los dominios de la antigua Vasconia. En tiempos menos brumosos, un ermitaño de vida ejemplar estableció alberguerías en una mansión del camino romano para solaz, descanso y refrigerio de los caminantes o peregrinos que iban a Santiago de Compostela a visitar el sepulcro del Apóstol. Creció luego alrededor de las posadas y junto a la Calzada romana una población. Santo Domingo, su fundador, obtuvo la protección del Rey, y en la llanura se alzó una iglesia. Sus ábsides pequeños, adornados con la forma característica de grotescas figuras envueltas en extravagante follaje, nos trasladan hoy, como por ensalmo, al siglo XII y creemos oír en las cercanías el piafar de los bridones y el estruendo de las huestes del conquistador de Toledo.

El sepulcro de Domingo se halla en una capilla de la catedral y frente al mausoleo se divisa un espectáculo inusitado para aquel sitio; en una jaula con barrotes de hierro están un gallo y una gallina auténticos, que de vez en cuando acompañan a los oficios divinos con su armónico cantar.

Aquellas aves se encuentran allí en remembranza de un milagro del Santo, y como testimonio del hecho la tradición popular entona la siguiente cantilena:

En Santo Domingo de la Calzada
Cantó la gallina después de asada.

La historia documentada de la población comienza en muy remota fecha y de ella hay pruebas fehacientes en su archivo catedral. D. Angel Manso, culto canónigo y modelo de bondad, simbolizado en su nombre y apellido, nos franqueó los secretos del riquísimo depósito confiado a su custodia.

Unas monjitas bernardas conservan los preciosos pergaminos del extinguido monasterio de Erce; con solícita amabilidad permitieron que escudriñásemos en unos saquitos de tela blanca donde cuidadosamente guardaban los antiquísimos diplomas de reyes, obispos y magnates.

Hay algo en la ciudad que habla de luchas civiles, de guerras y contiendas. Sus murallas son de la época del Rey Cruel; esos muros traen el recuerdo de Beltrán Duguesclin y las Compañías Blancas que el bastardo D. Enrique lanzara contra el legítimo soberano D. Pedro de Castilla. No en vano es Santo Domingo la población predilecta del fraticida; en ella rindió el último suspiro y en ella reposa el corazón del Trastámara, sepultado en un nicho del claustro catedral, junto al palacio donde ese mismo corazón, sediento de venganza, acumularía rencores contra el hermano, o acaso años después llorase entristecido por los agudos remordimientos de la noche de Montiel.

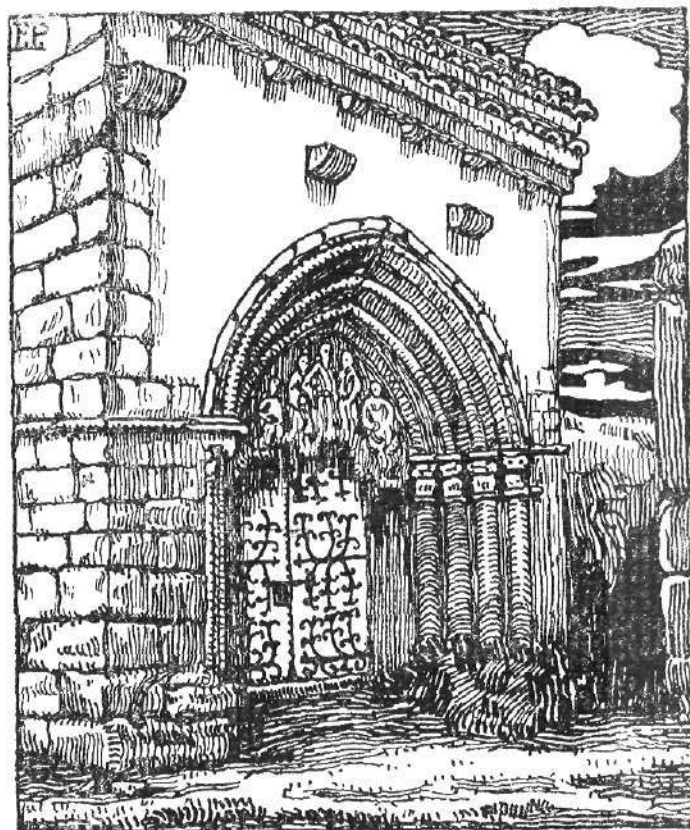
La civilización ha unido por los rieles donde se desliza elegante ferrocarril las ubérrimas tierras rojizas y las verdes huertas de la Calzada con los viñedos de Haro. Desde Santo Domingo se ve a distancia de media legua un pueblecillo pintoresco denominado Bañares. Lo componen una iglesia moderna y unos restos románicos rodeados de un miserable caserío.

La piedad de Bañares se concentra en el culto del santo patrono; una talla encantadora representa a un bello joven, casi un niño; es San Formerio, el pastorcillo santo a quien rezan los devotos conmovidos al recordar su martirio. Las terribles persecuciones del Imperio segaron la mies elegida del Señor; apóstoles, pontífices, legionarios, patricios, vírgenes y tiernos ni-

ños entregaron su vida por Cristo. Las Actas de los mártires consignan detalles hermosísimos de su vida y nos informan acerca de su heroica muerte. Sin embargo, de algunos apenas se guarda memoria; héroes ignorados se confunden en una colectividad gloriosa como los mártires de Zaragoza, o han legado a la posteridad tan solo un nombre, una profesión y la noticia de su muerte. De estos últimos es San Formerio; la tradición nos habla del pastorcillo mártir y el arte perpetúa su imagen con el cayado y el zurrón reproduciendo sus rasgos por la visión fervorosa de la fe. Algunos autores lo creen extranjero y relatan la traslación de sus reliquias; nosotros creemos que fué hispano. Sus restos, por extraño contraste, se hallan encerrados en un arca misteriosa, quizás construida por manos musulmanas. Los

afortunados mortales que lograron ver esta joya, en el siglo XVIII, dicen estaba cubierta de chapas de metal, con esmaltes, armas y figuras. Hoy está vedado contemplarla por expresa disposición del prelado que teme, con razón, la codicia mercantilista de los rebuscadores de tesoros artísticos. Sospechamos su procedencia mahometana: tal vez sea una de esas maravillosas arquetas árabes de inestimable valor, obra de los artífices del Califato.

A través de las mudanzas del tiempo solo queda en Bañares un piadoso resto arquitectónico de la época medievoal; enhiesta, arrogante se alza una portada románica, deleite de los ojos y recuerdo perdurable de aquel gusto sencillo, infantil y candoroso, paradoja singular del férreo carácter de una raza. Es en realidad sorprendente que D. Pedro Madrazo al trazar, con galana pluma, el cuadro artístico de la Rioja haya prescindido de un monumento tan notable como la Iglesia moderna de Bañares. Si la fábrica exterior no presenta un gran atractivo en cambio al penetrar en el templo sorprende el hallarse frente a un altar mayor con majestuoso baldaquino y severo retablo, ambos de ricas maderas labradas en purísimo estilo Churriguera, pero constituyendo un rococó simplista y sugestivo sin recargos ornamentales, ganando en belleza por su misma sencillez y sobriedad. Probablemente el artista dejó inconclusa su obra; su intención sería el dar más visualidad a las maderas con los reflejos del oro, pero la ausencia de éste imprime severidad al conjunto y produce, en nuestro sentir, efecto estético más intenso.



Subió de punto nuestra curiosidad cuando supimos que allí hubo una colegiata compuesta de un pequeño cabildo de beneficiados. El archivo contiene pergaminos eclesiásticos en su mayoría del siglo XV. Con la interrogación en los libros llegamos a la casa del cura y el buen sacerdote nos solucionó el enigma al explicarnos cómo aquel pueblo y sus contornos habían sido propiedad señorial de los Duques de Plasencia y de Béjar.

Aquel pobre cura, sustrayéndose a la rusticidad de sus feligreses, dirigía una mirada al pretérito de Bañares y cual sagradas reliquias escondía en modesto cartapacio dos cartas de una ilustre dama del siglo XVII. Estas dos cartas son reflejo de otra edad, documentos gloriosos de un siglo en que España intervenía activa-

mente en los negocios de Europa. Las misivas de puño y letra de la Duquesa de Béjar están dirigidas al abad y cabildo de Bañares. No publicarlas en esta circunstancia sería para mí ocasión de eterno remordimiento. En la primera, la noble señora comunica al abad la partida del Duque en el ejército de Hungría. Las transcribo a continuación fielmente, con la ortografía de la época.

«Haviendo el Duque
»que Dios guarde ejecu-
»tado su Jornada al exer-
»cito de Hungría, para
»hallarse en las opera-
»ciones que se ofresie-
»sen en él, esta presen-
»te Campaña. Doy a
»Vuesa merced esta no-
»tisia por ser mi primera
»obligación pedir a Vues-

»sa merced le encomiende a Dios y que le tenga muy
»presente en sus oraciones para que su Majestad le
»conceda los favorables sucessos que mis hijos y yo le
»deseamos como el que Vuesa merced dé ocasiones
»en que yo manifieste mi agradecimiento y Voluntad.
»Que Dios guarde a Vuesa merced muchos años.—
»Madrid y Mayo 29 de 1686.»

LA DUQUESA DE BÉJAR.

«Sr. Abad y Caildo demi Villa de Bañares.

• Antes de tres meses la Duquesa participaba al Cabildo una terrible desgracia y lo hacía en términos tan sentidos y conmovedores como juzgará el lector.

«Con el dolor que Vuesa merced puede considerar
»partisipo el desconsuelo en que me hallo con la
»muerte del Duque (que santa gloria haya) originada
»de un mosquetazo en el asalto de una brecha en la
»plaza de Buda, donde siendo el primero que se puso
»al riesgo firmó con su sangre i confirmó con su muerte

»el zelo que le llevaba i en que cada día crecía de la
 »defensa y propagación de nuestra Santa fee. Hirie-
 »ronle el día 13 de Julio i llebosele Dios el día 16
 »por la mañana en la
 »Santa festividad del
 »Triunfo de la Cruz i de
 »Nuestra Señora del Car-
 »men de quien era cor-
 »dialísimo deboto. Re-
 »ziuió el Santísimo Bea-
 »tico y confesole i asis-
 »tíole asta espirar el pa-
 »dre fray Marcos de
 »Abiano capuchino,
 »aquel santo religioso
 »por quien en Flandes i
 »otras partes, a obrado
 »Nuestro Señor muchos
 »milagros. Murió el Du-
 »que con la confianza,
 »humildad y exerzio de
 »virtudes que suelen pre-
 »ceder a los fallezimien-
 »tos de los que nuestro
 »dios parece tiene seña-
 »lados para el zielo y
 »que quedan en tan San-
 »ta y Catholica deman-
 »da. Con esta indibidua-
 »lidad lo aviso a Vuesa
 »merced para que me aiude a dar grazias anuestro Se-
 »ñor porque fué seruido de Crusificarme con este suze-
 »so i a un tiempo aliuiarme con la esperanza de tener
 »en el zielo tal marido, el cual tuvo mui presente Vue-
 »sa merced como lo acostumbra, no tengo que en-
 »cargar el cuidado de los sacrificios, sufragios y ora-
 »ziones por el alma del Duque porque de su virtud de



»Vuesa merced no se puede dudar la memoria ni el
 »cumplimiento de su obligación para con el difunto i
 »con los bibos. Dios guarde a Vuesa Merced muchos
 »años.— Madrid 24 de
 »Agosto 1686.

LA DUQUESA DE BÉJAR.

»Al Abad i Cauildo
 »Eclesiástico de mi villa
 »de Bañares.»

Los espesos encinares
 que rodean el pueblo de
 la Duquesa de Béjar fue-
 ron antaño testigos de
 proyectos bélicos; en
 ellos, refiere la tradición,
 se reunieron el bastardo
 D. Enrique y su auxiliar
 el bretón Duguesclín pa-
 ra fraguar los planes de
 la batalla de Nájera don-
 de habían de ser venci-
 dos los partidarios de
 Trastámara por el valero-
 so *Príncipe Negro* que
 apoyaba los derechos de
 Pedro I. Esos mismos
 encinares son hoy pro-
 piedad de una princesa

muy española; el corte de la madera de los bosques
 de Bañares constituye parte de las cuantiosas rentas
 de la Emperatriz Eugenia, la noble dama andaluza
 que en su larga existencia contempla la ruina de los
 que derribaron su trono.

ANTONIO BALLESTEROS Y BERETTA

(De la Real Academia de la Historia.)





ROMANCE DEL PAJARERO

TARDES DE MAYO FLORIDO

*Dulces son al buen amor;
Las retamas de la sierra
Vivas como fuego son;
Cantuesos y tomillares
Los aires llenan de olor;
Los manzanos de las huertas
Ramos han, e linda flor;
Los grillos hacen el coro
Al ministril Ruiseñor;
Allá en los sotos del río
Recostado está el garzón,
Paje del Rey, muy amado,
Que cuidaba del su azor;
Cazando está pajarillos
Con redes que les tendió;
Cimbeles ha puesto, y liga
De las fuentes en redor.
Una niña está a su vera
Más hermosa que no el sol;
Mirando estaba la caza,
La caza y el cazador;
Para no espantar las aves*

*Callados están los dos,
En su torno las abejas
Hacen un sordo rumor;
Una tórtola ha bajado
A beber en el charcón,
El paje, cuando la ha visto
La ballestilla tomó.
«Pajecico, no la mates,
No arrojes la flecha, non,
Que aunque hieras a uno sólo
Los muertos han de ser dos,
Uno muerto de la herida,
Otro muerto del dolor;
Mancebo que tal hiciese,
Non será buen amador».
Estos decires, la niña
Decía con mansa voz;
Tiró la ballesta el paje
Y en los ojos la miró;
¡Amor, que sabe de burlas,
Ha flechado al flechador!*

EL MARQUÉS DE LOZOYA





LAS ALAS ABIERTAS

Iba Soledad a cerrar para siempre la casa, resto de su menguado patrimonio campesino. Quería que permaneciera silenciosa como una tumba, quieta y vacía como un corazón que ha perdido la última gota de su zumo.

Fué andando por las solitarias habitaciones, de puntillas, lo mismo que si alguien durmiese, y entornando las ventanas con trémula solicitud, como quien cierra los ojos a un cadáver.

Después se sentó en la tarima que formaba una pequeña altura en la alcoba del niño, y quedóse escuchando la silente voz del misterio, acongojada por el desfile de las tremendas evocaciones: la muerte y la vida le dijeron en aquellos minutos una multitud de palabras crueles y agudas, cuyo sentido escapaba en parte a la conciencia entumecida de la pobre mujer.

Recordaba la terrible equivocación de su boda, la sorpresa lamentable con que volvió a la realidad desde el limbo de las ilusiones, casada con un hombre malvado, perdida para siempre la huella de un destino apacible.

Y ancho surco, lleno de luz, se abría luego en las trágicas memorias al recibir la imagen placentera del hijo soñado; el consuelo, la esperanza que florecían de pronto en la desolación de la ruta: dar al niño el jugo de la existencia y el calor del alma, fueron desde entonces para Soledad un supremo gozo.

La fuga cobarde del marido, dejándola únicamente los rezagos de la hacienda, mostró a la despojada un nuevo aspecto de la liberación: podía consagrarse al hijo con benigna tranquilidad, y no temía la escasez de los bienes en tanto que abrazase el tesoro de su amada criatura.

Se le hizo leve el peso de la cruz; un aura de entu-

siasmo le ciñó la frente como una corona, y comenzó a vivir con regocijo sereno, mientras Arcángel se criaba.

Llegó el nene a contar seis años; era hermoso y dulce; lucía

la guedeja rubia y los ojos sombríos, la sonrisa pronta, el aire gentil; preguntaba todas las cosas con una profunda expresión de curiosidad, y tenía mucho empeño en conocer el camino invisible por donde las almas puras suben al cielo.

Una noche...

Soledad se irguió estremecida en la penumbra de la alcoba: el dardo punzante de aquel recuerdo la hería con espantoso dolor. Cerró los ojos huyendo de la tímida claridad que llegaba por el gabinete desde el balcón entornado... Y siguió viendo en toda su desgarradora pesadumbre la incurable dolencia del niño, su extenuación, su agonía, el roce helado de la muerte sobre la carne virgen, aquélla última hora en que las sienes de Arcángel se tiñeron con un vago resplandor azul, hasta que le tembló en los labios un soplo frío, se le apagó en los ojos la remota lumbre de una estrella y quedó yerto, mudo, sonriente, surcando en la sombra el camino de las almas puras que suben a Dios...

La madre tiende alucinada los brazos al sitio donde estuvo el lecho. Aún cree percibir la fragancia de las rosas primaverales que se marchitaron sobre el inocente, ese olor inconfundible de cirios apagados y despojos de jardín, que trasciende de la estancia de los muertos como un perfume sepulcral.

Unos pasos importunos resuenan en el callizo silencioso, y temiendo que alguien turbe su despedida sa-

grada, la señora se apresura por el corredor, arrancándose del recinto familiar con dolida prontitud. Al impulso de su mano temblona, clama la cerradura con un largo sonido que parece una queja, y Soledad se detiene en el huerto y le atisba anhelante, bajo la nube amarga de su llanto, a la luz mortecina del crepúsculo.

Unos parientes de la dama, que han de guardar la menuda finca, esperan allí para recoger las llaves y acompañar a la viajera a la estación. Porque va Soledad a recluirse en un convento lejano, admitida fuera de la orden por un favor especial, y con propósito de permanecer siempre en el generoso refugio.

Vuelve la madre su turbia mirada al abandonado rincón. Todo yace muerto en él; se anegan ya en la sombra los desvaídos perfiles del jardín, acosados por las primeras ráfagas del otoño, huídas las flores de los planteles, rota la espesura de las lindes: los árboles, casi desnudos parecen más crecidos, y las hojas al caer semejan lágrimas de fuego.

La casita clarea un instante al través de las ramas oscuras.

Soledad posa los ojos en el ciego camino, y la noche sin la luna se queda velando junto a la cerrada pared.

Pasan los años y la madre, olvidada por el mundo, vive en su voluntario retiro conformándose a las leyes de Dios, recreándose con morbosa tristeza en el pensamiento egoísta de la casa y el jardín clausurados para siempre en homenaje a un recuerdo; fríos y silenciosos como una tumba.

Va a cumplirse un nuevo aniversario de la muerte de Arcángel, y a la dama le seduce con tenaz obsesión el deseo de volver al paraje de su amor y su desventura, de llorar, otra vez, en la alcoba solitaria y en el huerto asolado.

Hasta que un día se pone en camino. Quiere presentarse de incógnito en la aldea y cumplir su visita dolorosa con solemne recogimiento, como quien rinde peregrinación a un santo lugar.

Llega al anochecer, y desde la estación del ferrocarril necesita andar un largo trayecto, cruzar un río, atravesar un bosque, subir una loma, vencer un alcor.

Nada la detiene: ya enardecida al contacto de los ambajes conocidos, se impacienta por hundir la mirada aquella misma noche en los contornos del triste hogar.

Y camina bajo la dulzura de Mayo, a esa hora extraña en que la brisa se apodera de los versos divinos cerca de las nubes y los va cantando por el mundo sin saber lo que hace.

Desborda la vida su densidad en todos los senderos; estallan los capullos en el corazón inflamado de las rosas; jadea el bosque, loco de inquietud: sobre cada nido hay un ave con las alas abiertas, y la sombra se inclina sobre el cielo en las mudas cumbres del espacio.

Soledad recorre, estremecida de asombro, el valle amigo que le parece nuevo; cruza, sobre una pontezuela temblorosa, la corriente, de las aguas febriles, y arriba a los lindazos de su antiguo vergel.

Se queda inmóvil de estupor: la casa resplandece con los balcones iluminados y abiertos; la casa vive y suena ceñida por la corona odorante del jardín; surten dentro la voz de un hombre, la risa de un niño, el cantar de una mujer.

Los guardianes de la vivienda la han arrendado,

creyendo que su propietaria no volvería nunca. Y Soledad, ahora, descubre de improviso que habitan allí la juventud y el amor.

Empuja la cancela del huerto y se adelanta, bruscamente herida en sus más entrañables memorias.

Un rapaz sale a recibirla, hermoso y rubio lo mismo que Arcángel.

—¿Quién es usted?—pregunta con ardiente curiosidad.

—¿Quién eres tú?—balbuce como en sueños la viajera.

—Soy Querubín.

Ella le abraza con ansioso trasporte, le contempla con enloquecida expresión, y descubre en los ojos cándidos de la criatura el ascua remota de una estrella, el fulgor de una mirada inolvidable, mientras oye cómo el murmullo de lo infinito palpita en la oscuridad.

La madre de Querubín se asoma solícita a buscarle, y al ver al niño entre el manto de luto de una desconocida, acude con los brazos abiertos como alas.

—No le hago ningún daño—murmura Soledad—. Se le entrega a la mujer feliz, y añade con ferviente actitud:

—¡Que os bendiga Dios!

—¿Quién es usted?

Pero la viajera no atiende a la nueva pregunta;

sube la mirada a la ceniza luminosa de los astros, traspone el huerto, le cierra con un respeto humilde, y se aleja pensando que al día siguiente otorgará la casa en propiedad a Querubín, para que la memoria de su hijo quede más encendida que nunca en el aldeano rincón.

Porque sabe, entonces, de una manera conmovedora y providencial, que jamás se extinguen los lumineros del Señor en las cimas oscuras de las nubes ni en los ojos muertos de los niños; que ninguna huella humana perdura con tan fuerte virtud como la que lleva consigo el eterno influjo de la caridad. Le parece oír cómo el fino rodaje de las cunas levanta en los campos de la existencia un eco augusto de esperanzas, por encima de las fosas: la vida y la muerte dicen a la pobre mujer, en aquella hora rara de comprensión, muchos graves secretos consoladores.

Y emprende su camino de retorno con tranquila mansedumbre, bajo las alas abiertas de los cielos...

CONCHA ESPINA



LA SIBILA LIBICA DE MIGUEL ANGEL

MERCED A LA AMABILIDAD DE D. AURELIANO DE Beruete, su poseedor, nos ha sido posible ofrecer a los lectores de VOLUNTAD la reproducción del dibujo original de Miguel Angel que acompaña a estas páginas, y que sirvió al glorioso maestro renacentista para su estudio de la Sibila Libica que ejecutó en la Capilla Sixtina.

Este dibujo —del que se han hecho críticas y análisis minuciosos, que fatigarían por su sequedad a quienes no sientan hacia la técnica más que un interés secundario— tiene una enorme fuerza de evocación, en su sencillez gigantesca.

Es la Libica la más femenina de las Sibilas que Miguel Angel llamó a la inmortalidad en la bóveda de la Capilla Sixtina. Mientras la Eritrea, en efecto, conserva su actitud solemne, alegórica, y la de Cumas recuerda a las gitanas viejas y vagabundas que todavía practican el arte adivinatorio aprendido por misteriosa tradición de su raza, la Libica tiene una gracia de mujer del Renacimiento, una flexibilidad femenina que, por encima de la dureza muscular, se revela en la actitud de su cuerpo joven y de sus brazos extendidos para transportar el libro abierto que levanta en ellos.

Cada uno de estos estudios de Miguel Angel es, entre las relativas novedades del arte moderno, como una rama de árbol secular, capaz de echar raíces y florecer aun, si se la ahinca en almas fecundas a la emoción de la belleza. Hasta en los trazos de un dibujo así, se adivina la mano prodigiosa a cuyo impulso iba saliendo del caos el mundo de las formas plásticas. Y amortiguada la evocación por la certidumbre del transcurso de los siglos, todavía maravilla la sensibilidad creadora del hombre aquel, cuya vida culminó, aun en su tiempo, sobre tantas otras vidas próceres.

Para un espíritu capaz de caminar sin tropiezo por la senda de las intuiciones, es este dibujo de la Sibila Libica —como todos los de Miguel Angel— puerta por donde asomarse y asombrarse de la profunda honestidad de aquel alma ciclopea. De todos los grandes maestros del Renacimiento, es acaso Miguel Angel el que sostuvo lucha más obstinada contra la adversidad, no en la vida cotidiana, que pronto le fué fácil, sino en aquel grandioso sueño de arte, para cuya realización tantos obstáculos encontró en su camino. Los viajes forzados, la involuntaria participación en las guerras de Italia, las interrupciones en el mausuleo de Julio II, las obligadas suspensiones en el trabajo de la misma Capilla Sixtina —que le llenaban de indignación y de amargura, por la necia incompreensión de los que creían protegerle—, no alteraron nunca la serenidad de su visión de la Naturaleza, que estudiaba con apasionado amor, y en la que se reflejaba la propia magnífica serenidad de su espíritu...



APROPOSITO PARA UNA FIESTA DE CARIDAD

PERSONAJES:

CASTAÑUELA, arbitrista.

CLEMENTE GÓMEZ, ciudadano adinerado y caritativo.

ROSA, doncella.

La acción en Madrid... o en cualquier parte donde haya pobres. Despacho lujoso y elegante en casa de Clemente Gómez. Es por la tarde, en Mayo.

(Clemente, sentado, lee un periódico. Sale Rosa. En la mano trae una tarjeta que en tiempo fué blanca.)

ROSA.—Señorito.

CLEMENTE.—¿Qué quieres?

ROSA.—Otra vez este hombre.

CLEMENTE.—¿Cómo?

ROSA.—Este hombre otra vez. (Le da la tarjeta).

CLEMENTE.—¡Caramba, qué pelmazol! ¡Dichoso Castañuela de Dios! Dile que he salido.

ROSA.—¡Si me ha dicho que le ha oído a usted estornudar!...

CLEMENTE.—¡Pues dile tú que quien ha estornudado es otro!

ROSA.—Es que ha visto salir a toda la familia.

CLEMENTE.—¡Pues habrá estornudado el perro! ¡Qué pesadez de hombre! Nada, que se ha propuesto que le reciba y lo va a conseguir.

ROSA.—¡A mí me da más lástima!... Viene el pobrecito como para cogerlo con unas tenazas y echarlo a la basura.

CLEMENTE.—Y, sin embargo, se anuncia por tarjeta.

ROSA.—Porque será de buena familia.

CLEMENTE.—Anda, dile que pase. Lo despacharemos en dos minutos.

ROSA.—¡Infeliz! (Váse por Castañuela).

CLEMENTE.—¡Un sablazo más! ¡Como si lo estuviera viendo!

(A poco se presenta Castañuela, nuestro héroe, derrotado aunque no indecoroso.)

CASTAÑUELA.—¿Da usted su permiso?

CLEMENTE.—Adelante.

CASTAÑUELA.—Muchas gracias. ¿Tengo el honor de hablar con D. Clemente Gómez?

CLEMENTE.—Servidor de usted.

CASTAÑUELA.—Usted ya sabe quién soy yo por mi tarjetita.

CLEMENTE.—Castañuela, arbitrista, dice.

CASTAÑUELA.—El mismo. *Donnez-moi la carte.*

CLEMENTE.—¿Cómo?

CASTAÑUELA.—Que me dé usted la tarjetita, porque es la última que me queda, y un ciento vale seis reales.

CLEMENTE.—Tómela usted.

CASTAÑUELA.—Gracias.

CLEMENTE.—Y usted me dirá qué desea.

CASTAÑUELA.—Sí, señor. Usted, señor Gómez, es una de las personas de más talento que hay en Madrid.

CLEMENTE.—¡Por Dios, señor de Castañuela!

CASTAÑUELA.—No es adulación. ¡Pero yo tengo cincuenta veces más talento que usted!

CLEMENTE.—¡Caramba!

CASTAÑUELA.—Así como suena: cincuenta veces más talento que usted.

CLEMENTE.—No lo dudo un instante; sino que le luce a usted muy poco.

CASTAÑUELA.—¡Ah! Consecuencia de haber nacido en tierra ingrata.

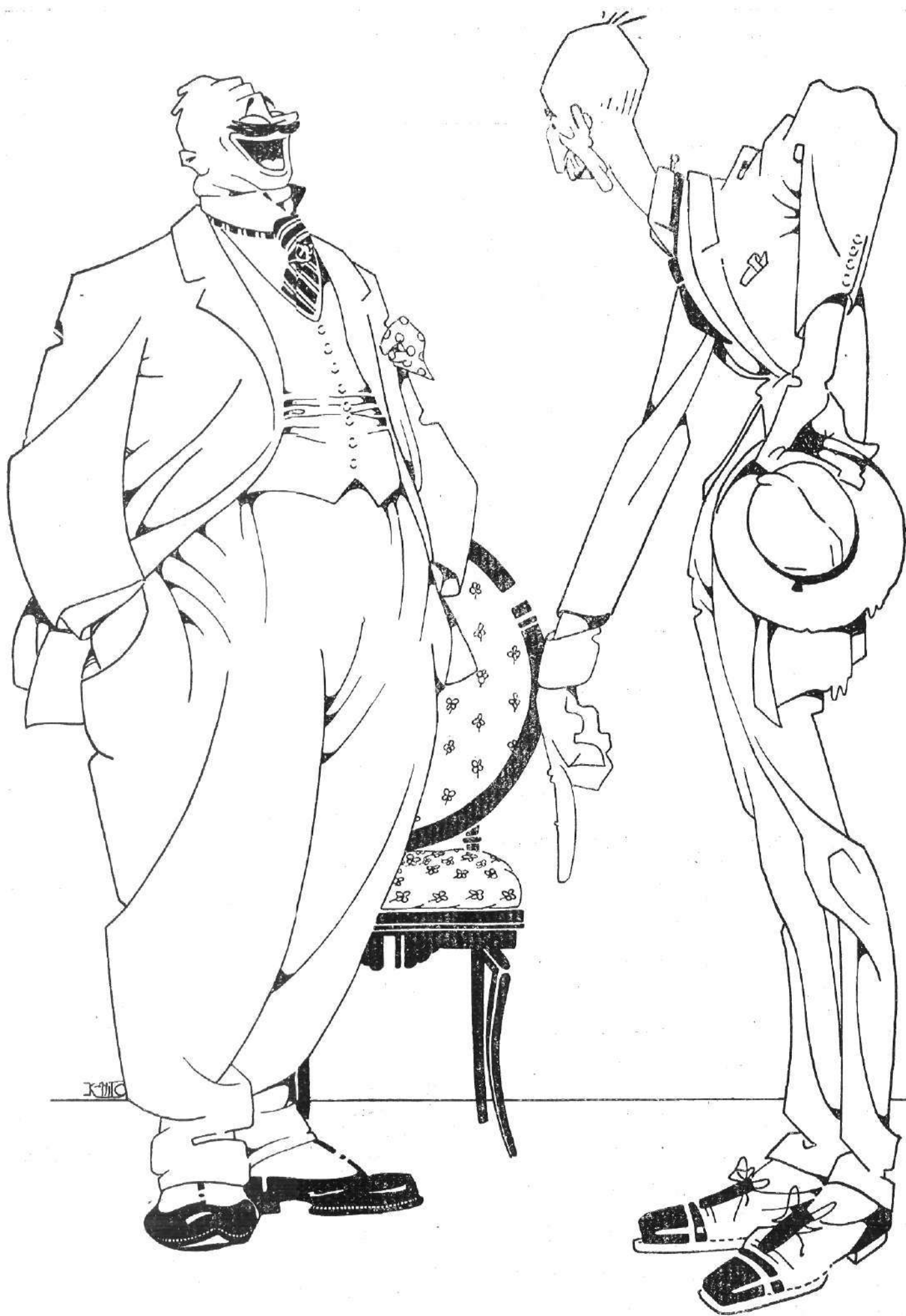
Ya usted conoce aquello de

... que Cervantes no cenó
cuando terminó el Quijote.

O lo otro de

... para todos fuiste madre
y madrastra para mí.

CLEMENTE.—¿Es usted malagueño?



CLEMENTE.—¿Y ha tenido usted hijos?
CASTAÑUELA.—Yo, no; mi señora.

CASTAÑUELA.—No, señor: yo nací en una diligencia, entre Tembleque y Algodor. Mi patria es el camino. Desgraciado, ignorado, como tantos hombres de mérito. Vea usted qué pelaje. Cuando me quito estos pantalones... se arrojan solos. La americana la voy a colgar y echa a correr la percha. Y este sombrero —mírelo— era hace quince años un precioso jipí... y hoy apenas es un jipí. ¡Con la maravilla de cabeza que lleva debajo! ¡Jesús! ¡Valiente injusticia!

CLEMENTE.—Pero, bueno, dígame usted ya —porque empiezan a impacientarme sus alabanzas propias— en qué consiste ese gran talento que Dios le ha dado a usted.

CASTAÑUELA.—¿Nos sentamos?

CLEMENTE.—¿Va a ser muy larga la conferencia?

CASTAÑUELA.—Hasta que usted se canse. Molestarlo no quiero ni tanto así.

CLEMENTE.—Sentémonos, entonces.

CASTAÑUELA.—Gracias.

CLEMENTE.—Y usted dirá.

CASTAÑUELA.—De esta sesera que usted ve, señor Don Clemente, han salido y salen arbitrios a montones, capaces de salvar a España.

CLEMENTE.—¿Hola?

CASTAÑUELA.—¿Qué talento tengo! Y sin embargo, nadie me conoce todavía. Yo sé que usted, como corazón generoso, se preocupa de las atenciones de la caridad.

CLEMENTE.—Evidentemente.

CASTAÑUELA.—La caridad es una boca insaciable.

CLEMENTE.—Justo.

CASTAÑUELA.—Siempre falta dinero: no bastan funciones, rifas, ni donativos particulares...

CLEMENTE.—No bastan.

CASTAÑUELA.—¿Y sabe usted por qué? Porque esos recursos son muy limitados. Son fuentes que se secan. Es menester buscar el agua de los ríos y de los mares, que no se acaba nunca. Usted se está riendo para dentro. Riase usted para fuera, que yo no me enfado.

CLEMENTE.—¿No?

CASTAÑUELA.—¿Qué disparate! ¡De Colón se rieron en todas las cortes de Europa, y allí estaba el otro Mundo para él! A lo que iba: es preciso discurrir distintos recursos; salirse de la vulgaridad. Yo le voy a hablar a usted de dos impuestos extraordinarios de mi invención, que como se implanten en Madrid, se acabaron los pobres.

CLEMENTE.—Eso habría que verlo.

CASTAÑUELA.—Con probarlo basta. Escuche usted. Mis impuestos son los siguientes; impuesto sobre el *disgusto evitado*, uno; e impuesto sobre la *alegría súbita*, el otro. No aguante usted la risa.

CLEMENTE.—No, no la aguanto; ya ve usted que me río con naturalidad. ¿Conque impuesto sobre el disgusto evitado?

CASTAÑUELA.—¿Parece broma, eh? Pues hay que fijarse. ¡Una millonada se recaudaría! Porque no habrá persona de conciencia que no contribuya. Eso sí: mis impuestos se fundan en la conciencia. Si no hay conciencia estoy perdido. Parto de la base de que, todo el que tiene, quiere aliviar al menesteroso.

CLEMENTE.—Así es.

CASTAÑUELA.—Así debe de ser por lo menos. Impuesto del disgusto evitado. Para que usted lo comprenda bien, vayan dos ejemplitos: Un caballero se fuma todos los días seis puros de a peseta, y el médico le ha dicho que fume menos, y así no le dolerá la cabeza, ni se le estropeará el estómago, ni originará la arterioesclerosis; pues en lugar de fumarse seis puros se fuma tres, y las tres pesetas de dife-

rencia las deja para la caridad todos los días. El estómago y la cabeza buenos, las arterias más... más *souples*, disgusto evitado... y la caridad satisfecha. ¡Y ahora sume usted fumadores a los que les hace daño el tabaco! ¡Y eche usted pesetas.

CLEMENTE.—Sí, señor: es verdad. Muy bien, muy bien.

CASTAÑUELA.—¿Se va usted penetrando? Lo que digo del tabaco no lo digo del vino, para que no se asuste usted de la recaudación. ¿Hay chispa o no hay chispa?

CLEMENTE.—Hay, hay chispa.

CASTAÑUELA.—Ejemplo del disgusto evitado, en algo más modesto, pero también considerable. Una señora que pesa ciento veinte kilos tiene la manía de pesarse una vez por semana, a ver si pierde peso. Como en lugar de perderlo lo gana, cada vez que se pesa se lleva un disgusto. Pues que se pese nada más que una vez al año, y las perras gordas de la báscula que las eche en los cepillos de la caridad. Así no tendrá más que un disgusto cada doce meses... en beneficio de los pobres. ¡Y piense usted al punto en la cantidad de señoras que hay que quieren pesar menos! ¡Un dinerall!

CLEMENTE.—Amigo Castañuela, choque usted esos cinco.

CASTAÑUELA.—Con mucho gusto. ¡Pero le advierto a usted que no he empezado todavía! ¡Esos son dos casos entre millares! Oiga usted, oiga usted. Este impuesto del disgusto evitado tiene un capítulo para recaudar una fortuna.

CLEMENTE.—¿Cuál?

CASTAÑUELA.—La contribución de los solteros. ¿Eh? ¿Qué hay de esta chirigota?

CLEMENTE.—¿La contribución de los solteros? ¿Y eso pertenece al disgusto evitado?

CASTAÑUELA.—¿No ha de pertenecer? ¿Usted sabe los disgustos que se evitan los que no se casan?

CLEMENTE.—¡Ja, ja, ja! ¿Usted es casado, Castañuela?

CASTAÑUELA.—Yo no: mi señora.

CLEMENTE.—¿Cómo su señora?

CASTAÑUELA.—Porque yo era viudo cuando contraí segundas nupcias.

CLEMENTE.—¿Y eso, qué?

CASTAÑUELA.—Nada; que en la cédula de vecindad me sigo poniendo viudo... para hacerme ilusiones.

CLEMENTE.—¿Y ha tenido usted hijos?

CASTAÑUELA.—Yo no: mi señora.

CLEMENTE.—¿También su señora! ¿Y suegra, tiene su señora.

CASTAÑUELA.—Esa la tengo yo. Por cierto que con ella no me vale mi impuesto: los disgustos son inevitables. Pero no perdamos el hilo. Contribución de los solteros, por evitarse los del matrimonio. ¡Eso es de justicia pagarlos! ¿Usted quiere tener la comodidad de mirar a unas y a otras sin que nadie le dé un pellizco? ¿Usted no quiere pasear por las afueras a su costilla cuando la costilla necesita de esos paseos? ¿Usted quiere disfrutar de un sueño beatífico y que no se lo turbe ningún rorro echando los dientes? ¿Usted no quiere echar las muelas buscándoles zapatos y vestidos a la esposa y a los retoños, etc., etc.? Pues aquí de mi contribución. Soltero de veinticinco años: una peseta al día para la caridad. Soltero de treinta: dos pesetas al día. Soltero de cuarenta: tres. Soltero de cincuenta: cuatro. Hay que ir apretando los tornillos gradualmente. A más años de soltería mayor contribución.

CLEMENTE.—¿Y hasta qué edad impondría usted esas contribuciones?

CASTAÑUELA.—Hasta los sesenta. ¡Porque el que se casa a los sesenta las paga todas juntas!

CLEMENTE.—Señor Castañuela: le reconozco complacido el gran talento de que se jacta usted.

CASTAÑUELA.—Es enorme: no me deja dormir. Y vivo en la sombra. Y este proyecto de la contribución sobre la soltería como tantos otros que arden en mi calete, vendrán el día menos pensado con el marchamo del extranjero y todo será entonces abrir la boca de admiración. Y lo plantea el pobre Castañuela arbitrista, y gracias a que usted lo elogie. Pero verá usted como el gobierno no me llama. Adelante.

CLEMENTE.—¿Cuál es el otro impuesto extraordinario que ha ideado usted?

CASTAÑUELA.—De ese estoy, si cabe, más orgulloso; porque es más delicado, más poético. ¿Dónde se ha visto nunca un impuesto poético? Pues este mío lo es.

CLEMENTE.—¿Cómo le llamó usted, que no recuerdo?

CASTAÑUELA.—Impuesto de la alegría súbita. ¿No lo comprende usted?

CLEMENTE.—La verdad, si usted no me lo explica...

CASTAÑUELA.—Para este impuesto es necesario establecer cepillos profusamente en todas las calles de la población y aun en todas las casas, a fin de que cada cual pueda depositar su óbolo donde la alegría súbita le sorprenda.

CLEMENTE.—¿Qué entiende usted por alegría súbita?

CASTAÑUELA.—Esa emoción imponderable que no se paga con oro en el mundo y que no hay nacido que no experimente. Señor; ello lo dice: la alegría súbita. Una mocita está cosiendo a la ventana de su casa, pensando en su novio que debe llegar de fuera al día siguiente. Y de pronto, ¡zas! el novio que anticipó el viaje. Alegría súbita: perra gorda al cepillo. Un estudiante se examina con el fundadísimo temor de que le van a dar calabazas. Le extienden la nota, y aprobado: alegría súbita: perra gorda al cepillo. Va usted por la calle con un amigo tebarroso, deseando quitárselo de encima, y consigue usted disimuladamente darle un esquinazo: alegría súbita: perra gorda al cepillo. Le sale a usted un negocio mejor que soñaba; le regalan a usted un jamón o una caja de vino; le toca a usted la lotería; se le pone a usted bueno de repente el chiquillo que estaba malo; llueve después de una sequía pertinaz; ve usted a ella en el paseo con el sombrerito que a usted le gusta; se le va a usted su suegra inopinadamente a un balneario; pasa usted una peseta falsa, ¡alegrías súbitas! ¡O la humanidad es perversa e ingrata, o no hay cepillos que basten para tantísimas limosnas! ¡Oraciones acuñadas en calderilla! ¡Bravo! (*Tocándose la frente y el corazón*). Aquí hay algo señor Gómez.

CLEMENTE.—No, no sólo hay algo, señor de Castañuela, sino mucho.

CASTAÑUELA.—Mucho, mucho: esa es la verdad. Aquí, y aquí. ¡Lástima que me perjudique también mi ropa; mi pelaje! Si yo me presentara con un chaqué de corte rápido, botines tórtola y monóculo, otro gallo me cantarían. Continúo. El impuesto de la alegría súbita, aplicado a la que tantas veces sienten las mujeres bonitas, daría también un resultado fabuloso. Dicho se está que todas las bonitas saben que lo son y están acostumbradas a ello; pero cada vez que se miran al espejo y lo recuerdan y confirman, no se cambian por nadie. Alegría súbita: contribución al canto.

«¡Cómo me brillan hoy los ojos!»... Perra gorda. «¡Con qué buen color he amanecido!» Perra gorda. «¡Qué salado está mi lunar esta mañana!» Perra gorda. «¡Ay qué bien me he puesto la mantilla!» Perra gorda. «¡Qué graciosa estoy cuando me río!» «¡Qué filita de dientes enseñó!» Dos perras gordas. Y así hasta lo infinito; porque no me voy a poner a contar las estrellas del cielo. ¡Una mina! ¡Claro que hay caras como para arruinar a fuerza de perras a los papás o a los maridos!

CLEMENTE.—¡Admirable, insigne Castañuela, admirable! Es usted genial.

CASTAÑUELA.—¿No se lo dije a usted?

CLEMENTE.—Me encantan sus proyectos, por absolutamente originales; y ese de la alegría súbita merece un diploma de honor. ¿Será usted tan amable que me los envíe por escrito?

CASTAÑUELA.—¿Cómo no, señor Gómez? ¡Usted me hace feliz! ¡Ya encontró este nuevo Colón a su padre Marchena! Recibirá usted una exposición detallada de los dos impuestos, el del disgusto evitado y el de la alegría súbita, con todas sus derivaciones. Y para darle mayor solemnidad la escribiré en papel de a peseta.

CLEMENTE.—No hace falta.

CASTAÑUELA.—A mí si me hace falta. Dicho sea con perdón, me parece más serio. En papel de a peseta, sí. Y calculo que invertiré seis o siete pliegos entre todo.

CLEMENTE.—¿Seis o siete pliegos?

CASTAÑUELA.—Sí señor; total, seis o siete pesetas. Pero deme usted cinco nada más, y meteré la letra un poquillo.

CLEMENTE.—Como guste. Tómelas usted.

CASTAÑUELA.—Un millón de gracias. A estar ya establecido el impuesto de la alegría súbita, ahora mismo echaba yo en el cepillo cuatro perras gordas.

(*Vuelve Rosa, con cara de júbilo.*)

ROSA.—Señorito.

CLEMENTE.—¿Qué hay?

ROSA.—Que le llaman a usted por teléfono.

CASTAÑUELA.—¡Le deseo a usted una alegría súbita!

CLEMENTE.—Pues le pagaré con una limosna; yo se lo fío... ¿Y tú por qué te ríes, muchacha?

ROSA.—¡Porque acabo de hacer las paces con mi novio!

CASTAÑUELA.—¡Alegría súbita! ¡Los pobres van a hacerse ricos!

CLEMENTE.—Por lo menos bien podrían dejar de ser pobres.

AL PUBLICO

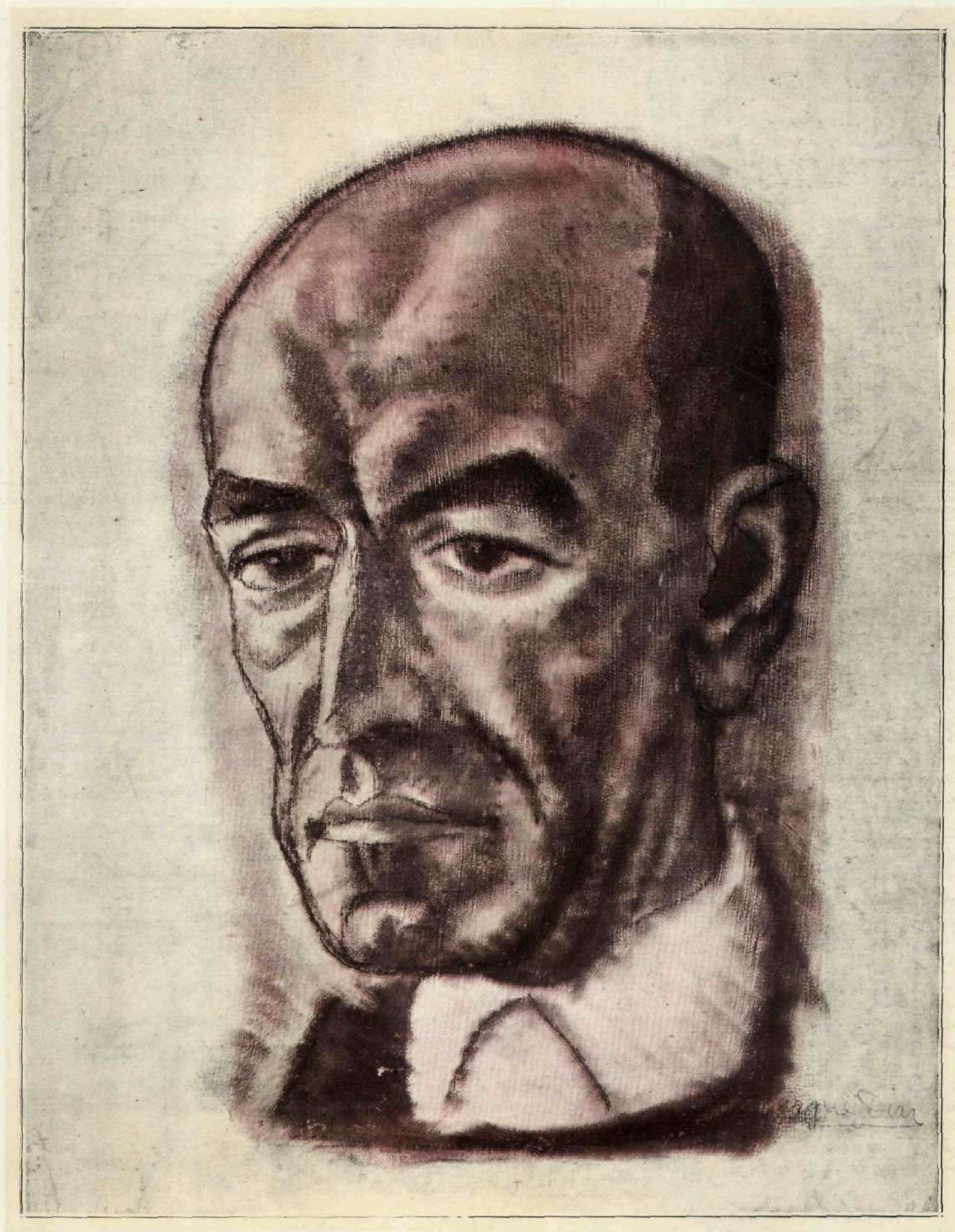
*Se presentó Castañuela
con carácter de humorista,
mas debe fundar escuela
tan peregrino arbitrista.*

*Aprovechad lo escuchado,
y dad limosna inmediata
tras el disgusto evitado.
y tras la sorpresa grata.*

FIN

S. y J. ALVAREZ QUINTERO

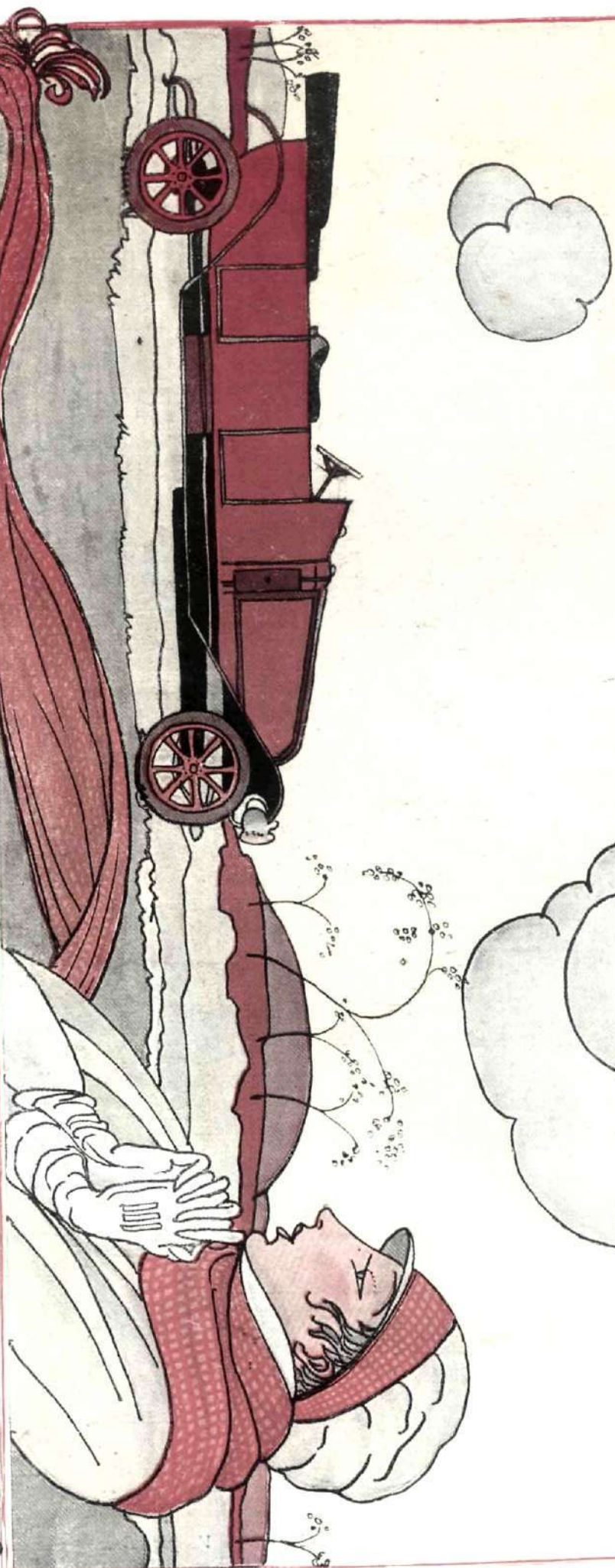




RETRATO DEL MAESTRO FALLA

Dibujo de Vázquez Díaz

J. G. E.
Automobiles *Pennault*



MA BELLE AUTO!

AVENIDA DE LA PLAZA DE TOROS 8.
TELÉFONO - 1404 - J. MADRID.



MUEBLES Y DECORACIÓN
LISSARRAGA
&
SOBRINOS.
MADRID.

MOYA DEL PINO

PARA ENFERMEDADES
DE estómago e intestinos

GASTROL

— MIRET —
PROBARLO ES CURARSE

LABORATORIO M. MIRET
Diputación 205 Barcelona



De venta —
— EN TODAS PARTES

REJERIA
Y
APARATOS
DE
LUZ

HIERROS DE ARTE
JULIO PASCUAL
TOLEDO

FORJA
Y
CINCELADO

LA ELECTRO - MECANICA - IBERICA

Ronda de Atocha, 32-34. MADRID

Ascensores OTIS PIFRE

— Calefacción : Maquinaria —

J. H. MAUMEJEAN, H. ^{NOS}

Paseo de la Castellana, 64 — MADRID



VIDRIERAS ARTISTI-
CAS — MOSAICOS
: VENECIANOS :



Fábricas en MADRID
y SAN SEBASTIAN

LOS DENTÍFRICOS ONYX

NO TIENEN RIVAL

PASTA DENTÍFRICA

1. - 1/25 Ptas. tubo de 100 grs.

1/50 Ptas. tubo de 50 grs.

2.00 Ptas. tubo grande

POLVOS DENTÍFRICOS

1. - 25 Ptas. tubo de 100 grs.

ELIXIR DENTÍFRICO

1. - 50 Ptas. tubo de 50 grs.

2. - 50 Ptas. tubo grande



Carmen de Pablo

Modes

Alcalá, 66.

Teléfono M. 4590



LA COCINA

Gran Vía, 28.—BILBAO

Novedades en utensilios de Mesa y Cocina propios para regalos de viaje

— LOZA, PORCELANA Y CRISTAL —

Completo surtido en vajillas y servicios de mesa y tocador. Juegos de té, café, cerveza, refrescos, etc., etc. :—: BATERIA DE COCINA de todas clases. Máquinas y utensilios para la COCINA MODERNA; sartenes para patatas huecas; instrucciones. :—: Especialidades en artículos de MADERA y de ALAMBRE para la cocina y pastelería. :—: CUBIERTOS y CUCHILLOS de mesa y cocina. :—: Azulejos y mosaicos nacionales y extranjeros. :—: Exposición de cerámica antigua.

LOZA ARTISTICA DE TALAVERA

SORTIJEROS DE ALABASTRO

Para regalar los dulces de boda, bautizos y
:: :: :: cruzamientos, creación de :: :: ::

LA DUQUESITA

Fernando VI, 2 ■ Teléfono 2218 M.

MARMOLERA INDUSTRIAL (S. A.)

DIRECTOR GERENTE

A. ESTRADA Y RAMOS

MADRID

Jorge Juan, 31 y 33
Teléfono 64 S.

JOHN Roberts CALLE ALCALA 4
EL UNICO SASTRE INGLES EN MADRID

RIVACOVA Y GARCIA

FERRETERÍA ESPECIALIDAD EN BATERÍA DE COCINA
:: HERRAJES PARA CONSTRUCCIONES ::
Herramientas, clavazón, tornillaje, alambres
SERRANO, 16. - TELEFONO 958 S.

RIVAS GARCIA

QUESOS, MANTECAS Y COMESTIBLES FINOS
Peligros, 10 y 12. :—: Teléfono 678
MADRID

